

Miss Smile



Maldito diluvio



Maldito diluvio

**Miss Smile**

*A nuestras familias,  
por ser los dueños de nuestras sonrisas.*

[Contenido](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos.](#)

## Capítulo 1

### *Noah*

«¡Maldita ducha!», grité desesperado.

El día no podía haber empezado peor.

Si no bastaba con tener que madrugar un domingo para ir a trabajar, la falta de agua caliente hizo que mi humor pasara de estar de color naranja al rojo más intenso. Mi rostro era como ese emoticono diabólico que pones cuando estás tan enfadado que no consigues relajarte ni contando hasta diez, ni respirando hondo.

Estaba seguro de que Sean, mi septuagenario casero, me había engañado. Le había avisado decenas de veces de que la caldera no funcionaba bien, y él me aseguraba una y otra vez que el fontanero ya había solucionado el problema; pero estaba convencido de que no era verdad. Sean era tan tacaño y tenía una cabeza tan alocada que, en el extraño caso de que se hubiera acordado de llamar al fontanero, habría decidido finalmente no hacerlo para ahorrarse el dinero. Le habría echado cuentas a lo que suponía la mano de obra y el desplazamiento y, probablemente, le habría salido un sarpullido o cualquier tipo de reacción alérgica de consecuencias catastróficas. Así era él. Podía imaginármelo con su caja de herramientas de la Segunda Guerra Mundial, su ropa —que parecía sacada de un contenedor de basura— y una desorbitada seguridad en sí mismo, fruto de la edad y la experiencia, intentando arreglar la caldera. Lo haría del mismo modo que lo habría hecho con un coche o un televisor: llave inglesa en mano, le daría un par de golpecitos al aparato en cuestión por si, de manera divina y mágica y con fe ciega en la providencia, comenzaba a funcionar por obra y gracia del Espíritu Santo y de un destornillador fabricado para los mecánicos del ejército nazi.

«¡Maldito, casero! Va a tener que vérselas conmigo», renegué entre dientes para que no se me escapara el veneno de cobra que guardaba en el interior de mi boca.

Envolví la parte más preciada de mi anatomía con una toalla, que arranqué del toallero de la ducha, y me fui en dirección al piso de arriba.

Calvin se había quedado dormido en el sofá, con uno de sus aparatejos tecnológicos entre los brazos como un niño que se aferra a un peluche para que le proteja de los fantasmas y monstruos que quieren apoderarse de sus sueños cada noche.

Calvin y yo nos conocíamos desde niños y era una de las mejores personas que conocía: generoso, trabajador, noble, leal, buen cocinero, organizado y muy ordenado; además de ser un brillante programador informático. El compañero de piso ideal. Sólo tenía un defecto: la tecnología era algo más que una pasión para él: era una auténtica adicción.

Cerré la puerta con cuidado porque no quería despertarlo. Sean y la caldera eran cosa mía.

A cada peldaño que subía, el sonido de la música clásica que atravesaba las paredes era cada vez más alto, y cuando llamé al timbre no confié en que Sean pudiera escucharme con semejante volumen. No reconocía la música que atronaba nuestro pequeño edificio. No era muy ducho en música clásica y sólo era capaz de identificar la *5ª Sinfonía* de Beethoven, su *Para Elisa* y la sintonía de *Dragon Ball Z*.

Tuve que aprovechar un pequeño silencio entre pieza y pieza para volver a timbrar y aporrear la puerta, como si un incendio estuviera a punto de dejarnos sin vivienda.

—¿Qué ocurre? —preguntó relajado, como si lo hubiera poseído un espíritu zen.

—¡Abre de una vez! —Estaba tan enfadado que habría tirado aquel pesado trozo de madera abajo.

—Menuda acritud. Necesitas una tila —dijo aún detrás de la puerta porque, a pesar de mis gritos y mi enfado, Sean estaba tomándoselo con mucha calma, demostrando que su inquilino no le importaba en absoluto. Probablemente, su casa también le traía sin cuidado, y aunque un tifón amenazase con llevársela por delante, él seguiría tumbado en su sillón de cuero, disfrutando de sus piezas preferidas de Tchaikovski o cualquier compositor de la Prehistoria.

Sin embargo, esa mañana Sean aún no había dado su golpe de gracia, y desinteresadamente iba a obsequiarme con la imagen más horripilante que hubiera visto jamás. No fue él quien me abrió la puerta, no... Sino su cuerpo desnudo, que no podía disimular el paso de largas décadas de vida bohemia, dedicada a su propio disfrute.

—Ven, pasa, necesitas relajarte un rato —dijo, esforzándose por ser un gran anfitrión.

—No, lo que necesito es que arregles la maldita caldera.

—¿Has oído hablar de los beneficios del agua fría para la piel y la

circulación...? —preguntó sin ningún tipo de ironía ni sarcasmo. Seguramente él llevaba años sin ducharse con agua caliente.

—¡Por el amor de Dios, ponte algo encima! No puedo discutir contigo si veo eso colgando entre tus piernas.

Era una imagen aterradora y no podía dejar de mirarle la entrepierna.

—¿Tú no tienes? Ahora entiendo porque siempre tienes esa cara de pasar todo el día chupando limones —dijo, señalándome con orgullo su colgajo.

—Quiero que arregles la caldera, ¡y que lo hagas ya!

—Querido Noah, ¿ya? Es domingo. ¿Pretendes alterar el descanso de un feliz fontanero sólo porque no te apetece disfrutar de una revitalizante ducha fría?

—Para algo existen los fontaneros «24 horas», querido Sean.

Aquel hombre era imposible.

—Bueno, si no quieres respetar el descanso de un humilde trabajador lo llamaré ahora mismo.

—Sí, ¡ya!

—Pero ¿qué alboroto es este? —gritó una voz desde la planta baja. Era mi amigo Marcus—. ¿Se puede saber qué pasa aquí?

Nadie le respondió y él continuó su camino hasta la segunda planta. No entendía por qué seguía siendo su amigo, a veces era peor que una garrapata.

—¡Oh, no! —exclamó con desagrado cuando llegó al rellano—. ¿Qué hacéis los dos sin ropa? Noah, no me esperaba que tú... ¡Puaj!

¿Qué quería dar a entender el muy imbécil?

—¿Y tú qué demonios haces aquí a estas horas de la mañana?

—Nicole no me deja entrar en casa —declaró Marcus con cara de perro apaleado.

—¿Y qué diablos le has hecho ahora?

Siempre había una razón.

—Bueno... —fingió duda—, fui a tomar una copa con unos amigos... y una pelirroja se interpuso en mi camino —reconoció sin el más mínimo arrepentimiento.

No entendía cómo su mujer no lo dejaba de una vez por todas. Ella no sólo era preciosa sino que, además, era una gran persona y muy trabajadora. Una mujer 10. Y él era infiel por naturaleza. Y un mentiroso compulsivo.

—No puedo más, me voy a trabajar.

Lidiar con Sean ya había sido suficiente para mí; aguantar el drama matrimonial de Marcus no entraba en mis planes.

—Pero... —mi amigo parecía contrariado—. ¿No vas a dejarme dormir en tu casa?

—Quédate con Sean. Él te dará una tila y te pondrá música clásica. Dormirás como un bebé.

—Pero... —no le permití continuar y rápidamente bajé las escaleras para cambiarme y, por fin, irme a trabajar. Lo que no sabía aún era que mi día iba a empeorar, ¿o no?

## Capítulo 2

### *Gigi*

«¡Maldito despertador!» maldije aun en sueños. ¿Cómo era posible que aquel pequeño circulito de color fucsia y rosa y números digitales, aparentemente inofensivo, pudiera emitir un sonido tan infernal?

«¡Pipipipipipipipi...!» Tenía que poner en mi lista de pendientes tirar aquel castigo matinal a la basura o, como mínimo, llevarlo a un colegio de modales para que me despertase con mayor dulzura.

Llevé mi mano hasta la mesilla, pero estaba tan torpe que no fui capaz de dar con el botón del silencio perpetuo.

—¡*Santa Madonna!* Deja de pitar, maldito despertador. A Dios pongo por testigo de que algún día te haré lo mismo para que veas lo que se siente — volví a maldecir con la voz pastosa, y los párpados casi tan pegados como las sábanas lo estaban a mi cuerpo.

Tener que madrugar siempre me ponía de muy malhumor, especialmente si tenía que hacerlo en domingo. Era el único día de la semana que me quedaba para disfrutar de algunas horas más de sueño, pero en aquella ocasión mi queridísima madrastra, Libby, me había liado cual bruja embaucadora y yo, ingenua de mí, me comprometí a llevar al pequeño Neil, mi hermanastro, al Zoo. Y juro decir la verdad, y nada más que la verdad, en aquel momento fue otra voz: la de hermana entregada y responsable, la que habló por mí y no yo.

Porque vamos a ver, ¿he tenido yo alguna vez vocación de Mary Poppins? ¿Qué se suponía que debía hacer con él? ¿Comería de todo? ¿Qué debía hacer si se perdía? ¿Y si lloraba? ¿Necesitaría pañales?... Aquéllas fueron algunas de las decenas de preguntas que colapsaron mi mente antes de que me llegara a despertar del todo. Afortunadamente recordé que Neil ya tenía seis años, y él solito era capaz de sujetarse la colita y hacer diana en la taza del váter (casi siempre). Pero ¿llevarlo al zoo a ver bestias salvajes llenas de pelos y malolientes? ¿Cómo me había dejado engañar de esa manera? Si nunca me habían gustado los animales. Aunque... si lo pensaba bien, ir al zoo no debería ser muy distinto de ir al *gym*, con toda esa faunaapestosa deseando echarte la zarpa. ¡Puaj!

¿Qué me llevó a aceptar semejante planazo? ¿Drogas? No noté ningún sabor raro, ni en la comida ni en la bebida. ¿Hipnosis? Libby, la lianta de mi

madrastra (vuelvo a matizar), era decoradora de interiores y podría ser que hubiera hecho algún curso sobre «Cómo hipnotizar a un cliente para que acepte el estucado veneciano», y con total seguridad puso en práctica sus malas artes conmigo. No me extrañaría, además; si me hubiera sobornado me acordaría.

*Dos semanas atrás...*

—Gigi, ¿te das cuenta de que casi no tienes relación con tu hermano? Sólo lo ves los domingos que vienes a comer a casa; y no todos, por cierto —me reprochó Libby con el tonito de Mamá Drama que tanto me repateaba.

—Estoy súper liada en el trabajo, no tengo tiempo ni para salir con adultos... —No mentía, era la pura y cruel realidad.

—Siempre tienes alguna excusa. Antes fueron tus interminables sesiones de *running*, después las de *bodypump*, las de zumba, luego el *spinning*; y que no se me olvide el pilates y los cursos de nutrición; y cuando, por fin, dejas de lado el *corpore sano*, llega el turno del trabajo... —esta vez fue Jack, mi padre, quien me increpó con un retintín insoportable.

—Papá, sé que no tengo excusa. —No podía engañarme ni engañarles. Era verdad. ¡Era la peor hermana mayor del mundo!—. Además, ¿qué puedo hacer con Neil? Es pequeño, y a esa edad sólo comen, duermen y hacen sus cositas...

No sabía cómo confesar que le tenía miedo a ese ser tan pequeñito e indefenso.

—¡Gigi, por Dios, que ya tiene seis años! —me recriminó mi padre.

—Es verdad, también habla... —quise poner una nota de humor—. ¡Es broma! —maticé al ver que a nadie le había hecho gracia.

—¡No me lo puedo creer! ¿No te has dado cuenta de que ya no es un bebé? —Libby volvía a la carga, y aunque mantenía la dulzura en la voz que tanto la caracterizaba, dejaba entrever cierto enfado.

—Perdona mi ignorancia total en etapas infantiles, me perdí todos los programas de *Supernanny*. —No sabía cómo salir de aquella situación, y cada vez que hablaba empeoraba. Estaba molesta con mi madrastra, con mi padre y conmigo misma.

—Por una vez tienes razón, pero deberías empezar a ejercer de hermana mayor —me recomendó mi padre.

—¿Y por dónde empiezo? —Acababa de caer en su juego, y justo en ese

instante aquella encerrona comenzó a olerme a chamusquina.

—Estaría bien compartir tiempo con Neil, haciendo cosas que os gusten a los dos; pero, dada la diferencia de edad, va a ser difícil, así que mejor será que te adaptes antes tú a sus gustos que él a los tuyos. No veo a mi pequeño paseando por New Bond Street, recorriendo *boutiques* —dijo Libby, observando con gran cariño cómo su retoño veía tranquilo los dibujos, sentado inmóvil sobre el sofá.

—Tú dirás.

Definitivamente aquello olía a trampa en estado puro y yo me dejé caer.

—Déjame que piense... —fingió Libby que aquello era algo espontáneo, sin premeditación ni alevosía—. Cine, teatro, parque, ZOO...

No acababa de hablar Libby cuando su retoño salió de su letargo, cual diablo de Tasmania, después de haber escuchado aquella palabra mágica de tres letras, y vino corriendo hacia nosotros.

—¡Al Zoo! Gigi *podfi, podfi, sedé* muy bueno —pronunció con su lengua de trapo.

—Eh... ¿Ir al zoo? ¿Rodeada de...? —comencé a decir cuando mi adorable hermanito se aferraba a uno de mis muslos, poniendo carita de cordero degollado. ¡Ya empezaba a ver animalitos por todas partes!

Y llegó el momento clave: Neil haciendo pucheritos *made by Libby* que, sumados mi mala conciencia de hermana mayor, fueron la fórmula mágica para dar como resultado un: «Vale, cariño, iremos al zoo».

—Venga, Gigi, ponte en marcha. ¡Que nos vamos al zoo! ¡Viva! —me animé a mí misma para levantarme de la cama y dirigirme a la ducha.

Mientras iba hacia el baño sonó mi móvil: un mensaje de *whatsapp*. Cambié de dirección y fui a por él. Vivía siempre pendiente de mi teléfono. No era que tuviese móvildependencia, pero por mi trabajo tenía que estar constantemente conectada, pues si no lo hacía, mi vida se convertía en un auténtico caos. La única noche en que mi teléfono se quedó sin batería, al reanimarlo a la mañana siguiente se volvió a fundir por culpa de todos los mensajes que me llegaron. ¡Una locura total! Era ejecutiva de cuentas en una empresa de publicidad, y de doce a seis de la madrugada era normal que los clientes, *influencers*, *bloggers* o demás seres del inframundo de la publicidad tuvieran que comentarme sus ideas más brillantes; y sólo a mí se me ocurría,

como simple mortal, dormir. ¡Qué mala costumbre!

Una vez con el móvil en la mano, vi que eran mensajes de mi grupo de *whatsapp* favorito: *Lovely* GRRR, formado por cuatro «loquitas» que nos conocimos hace más de diez años en un concierto de los Backstreet Boys. ¡Qué mala era la adolescencia en cuanto a gustos musicales! Y desde entonces *Lovely* se había convertido en nuestro nombre de guerra, junto a nuestras iniciales.

Abrí la conversación. Mis chicas no solían ser tan madrugadoras, así que intuí que alguien aún no se había ido a dormir.

Ralphy-cosmopolitan: *Hello, darlings!*

Gigi-ntonic: ¡Qué madrugadora!

Ralphy-cosmopolitan: Aún no me he acostado.

Rona-gimlet: Oh, alguien ha sido muy mala.

Rina-sexonthebeach: *OMG!* Que es domingo...

Ralphy-cosmopolitan: Chicas, estoy *in love*.

Gigi-ntonic: ¡Oh, vaya novedad!

Ralphy-cosmopolitan: ¡Petarda!

Rina-sexonthebeach: ¡Chicas!

Rona-gimlet: Ralphy, cuéntanos todos los detalles. Tú, ni caso a Sor Gigi, que hace mucho tiempo que no... Tú ya sabes.

Gigi-ntonic: ¡Perdona! Paso de vosotras. Me voy a la ducha, que tengo una cita en el Zoo.

Ralphy-cosmopolitan: ¿En el zoo? ¿Una cita? ¿Tú?

Rina-sexonthebeach: No entiendo nada.

Rona-gimlet: *OMG*, ¡tanto celibato no es bueno!

Gigi-ntonic: ¿No os alegráis por mí?

Rina-sexonthebeach: Gigi, así de repente, nos ha pillado por sorpresa.

Ralphy-cosmopolitan: ¡Por Gucci, qué poco glamour! ¿Una cita en el zoo, rodeada de bichos?

Rona-gimlet: El zoo puede ser un sitio romántico, ¿no?

Gigi-ntonic: Ya os contaré, *ladies*, que no llego a mi cita. ¡Os quiero!  
*Ciao, bellas.*

Regresé al baño, pero antes silencié el grupo. Ya leería después las barbaridades y perlas de mis queridísimas amigas.

Por fin me metí bajo la ducha e hice repaso de mis tareas pendientes. Tenía que llamar a mi *nonna* Gia; hacía más de una semana que no hablaba con

ella. Seguramente estaba de viaje, o quizá las musas la habían visitado y estaba en pleno proceso creativo. Cuando pasaba demasiado tiempo sin verla o sin charlar con ella, sentía que a mi vida le faltaba algo. Ella me completaba. Desde que me independicé, ella había vuelto a vivir. Tener que criar a una nieta después de haber perdido una hija no le había dejado mucho tiempo libre y había llegado el momento en que todas las horas del día le perteneciesen sólo a ella.

Gracias a ella, y por supuesto a mi padre, sigo manteniendo vivo el recuerdo de mi madre; y para *nonna* fue un consuelo tenerme cerca, pues sentía que de ese modo su hija no se había ido del todo. Siempre me decía que era el vivo retrato de mi madre, aunque mi rebelde melena pelirroja y mi fuerte carácter fueran cosa suya. ¡Sería la vena italiana! Pero mis ojos eran igualitos a los de mi padre: de un azul intenso que podía variar según nuestro estado de ánimo. Se oscurecían si se acercaban nubarrones y se aclaraban si nos sentíamos felices.

Inmersa en mis pensamientos salí de la ducha, y la maldita toalla no estaba en su lugar. «Esto mejora por momentos», me dije, asqueada. Fui corriendo hacia mi habitación, mojando el suelo, muerta de frío. Estaba segura de que era el karma, últimamente estaba muy negativa e irritable. Mis amigas tenían razón: necesitaba darme una alegría para el cuerpo, a ver si de ese modo conseguía relajarme un poquito. Ya ni me acordaba de cuándo fue la última vez. Probablemente la falta de sexo, además de irritabilidad, causara pérdida de memoria. «¡Ay, madre! —pensé asustada—, soy un claro caso de mujer joven independiente sin sexo, desmemoriada y con tendencia a la irascibilidad. ¿Qué vendrá luego? ¿Los gatos?». Tenía que solucionar aquello cuanto antes, pero primero tenía que vestirme antes de coger una pulmonía, luego ir al zoo, cumplir con mis obligaciones fraternales y, por último, convocar a las *Lovely GRRR* para una terapia de choque.

Ya vestida, salí de mi habitación cuando sonó el móvil de nuevo. Esta vez era una llamada. Neil estaba al otro lado del teléfono.

—Hola, Neil. Ya salgo.

—Gigi, en la tele dicen que va a *lloved*. —Al zoo y con lluvia. ¡Planazo total!

—¿Quieres que lo dejemos para otro día? —Le pregunté con la vana esperanza de que dijera «sí».

—¡No! Sólo te llamaba *pada* que cojas un *padaguas*.

¡Qué majo era el peque, siempre estaba en todo!

—¿Estás seguro, Neil? Igual con la lluvia no dejan salir a los animales de sus jaulas, se pueden constipar. —No quería presionarlo, pero tampoco ser la causante de que decenas de animales enfermaran. No podría vivir con ello sobre mi conciencia.

—¡Los animales no se ponen malitos! —me dijo entre risas, como si pensara que su hermana mayor era tonta de remate.

—Cojo el chubasquero y el paraguas. En media hora nos vemos, peque. *Ciao*, Neil. —Seguramente, pasar un rato a solas con aquel mocoso adorable era lo mejor que me iba a suceder en semanas, meses e incluso años.

—*Ciao*, Gigi.

Y al salir de casa pude ver cómo un ejército de nubes, grises y electrizantes, se acercaban. Como si fuera *Supergirl*, intenté paralizarlas con el poder de mi mente, pues ir al zoo diluviando era demasiado para cualquier ser humano.

Pero si necesitaba emociones fuertes, el día sólo estaba a punto de mejorar.

## Capítulo 3

### *Noah*

Por fin estaba en mi coche, de camino al trabajo. Lejos de Marcus, de mi casero y de mi estresante ducha de agua fría. En aquel momento deseaba estar en el zoo, a años luz de cualquier ser humano. Había días, la mayoría, en que deseaba poder estar siempre rodeado de animales. Cuidar de ellos me proporcionaba más satisfacciones que relacionarme con un tipejo como Marcus, o tener que tratar con un viejo loco como Sean.

El cielo estaba tan gris que parecía que la noche iba a llegar antes de hora y era muy probable que acabara descargando una gran tormenta. Y no me gustaban las tormentas. Los animales, al igual que los seres humanos, se muestran más nerviosos e irritables de lo habitual. Y ya en el coche supe que me esperaba una jornada laboral muy movidita.

Puse música para tener mi pequeño momento de relajación, pero todas las emisoras, cuál astros malvados, se confabularon en mi contra y me recordaron una y otra vez que aquel día no iba a mejorar. La primera canción que escuché fue *Purple rain*, y aunque no niego que fuera un temazo, «la lluvia púrpura» de Prince lo único que consiguió fue apagar todavía más mi estado anímico. Cambié de cadena y, ¡toma ya!, *It's raining men*. Odiaba esa canción y recordé uno de los principales motivos de mi odio. Una noche de sábado, entre copas y risas, sonó esa canción y Marcus intentó ponernos en situación como si aquel himno femenino pudiera hacerse realidad. Hombres entrados en kilos, sudorosos y de extraño pelaje, cayendo sobre nosotros, aplastándonos, impidiéndonos respirar, uno sobre otro, uno sobre otro... ¡Puf! Tuve que volver a cambiar de emisora y sonó Mika cantando, ¿cómo no?, *Rain*. Aquello no podía estar pasándome de verdad. Y otra vez Marcus apareció con claridad y nitidez en mi mente. Otra noche de copas, hasta el amanecer, se estuvo metiendo sin cesar conmigo porque decía que con el pelo largo parecía Mika, y sólo me faltaban los tirantes rojos y el *foulard* para ser como la estrella del pop. Fue tan pesado, e hizo tanta mella en mi subconsciente, que desde aquel día llevo barba para parecerme lo menos posible al dichoso cantante. ¡Vamos, hombre! Como si el tono de mi piel, o mis rasgos marcados, tuviesen algo que ver con él.

Afortunadamente, al ser domingo había poco tráfico y no tardé en llegar

al zoo. Con toda seguridad, las previsiones de mal tiempo habían dejado en sus casas a los domingueros a quienes les gustaba pasar el día entre animales, así que la raza humana ya no iba a alterar mi día, ni el de las pobres bestias.

Nada más entrar en mi lugar de trabajo, que hacía al mismo tiempo las funciones de despacho y consulta, apareció Melanie: mi ayudante, para informarme de que Peppa, nuestra cerdita, se había puesto de parto. Así eran de originales en el zoo: para no romperse demasiado la cabeza bautizando a sus habitantes les ponían nombres de personajes infantiles. Además, de ese modo, se aseguraban de ganarse a los niños que tenían la oportunidad de ver a *Peppa Pig* en carne y hueso. Luego comenzaban los problemas porque los niños son pequeños e inocentes, pero no tontos y se dedicaban a bombardear al personal del zoo con preguntas tales como: ¿Y dónde está mamá Pig? ¿Y cuál de todos los cerdos es George? ¿Por qué Peppa Pig no lleva un vestido rojo? ¿Y por qué se revuelca en los charcos de barro en lugar de saltar sobre ellos?... Y al final de la jornada, los niños volvían a sus casas con su propio mundo patas arriaba porque la realidad resultaba no ser como ellos imaginaban.

—Igual deberíamos traerla a la consulta, está empezando a llover con mucha fuerza y nos vamos a empapar —propuso mi desconsiderada ayudante.

¿Cómo era posible que trabajara en el zoo una persona con tan poca sensibilidad hacia los animales?

—No, cogeré mi maletín e iremos a asistir su parto, dejándole su lugar y espacio. Peppa no nos necesita para parir.

¿Aquella mujer sabría algo sobre animales?

Melanie no entendía que aquella cerda pudiera enfrentarse a un parto sin nosotros, pero nuestro único papel era velar por que todo fuese bien desde la distancia. Sólo intervendríamos si surgía alguna complicación que pusiera en peligro la vida de Peppa o alguna de sus crías.

Cuando salí del despacho, con Melanie pegada a mi espalda cual garrapata pesada, tuve la tentación de pedirle que se alejara de mí y me dejase respirar. Reconozco que la chica era muy servicial, pero a veces me atosigaba. Y aunque era bastante atractiva, todo el atractivo se le iba al traste con su actitud de perrito faldero que tanto detestaba yo. A veces me desconcertaba. No estaba seguro de qué esperaba.

¿Quería robarme el puesto o el corazón?

Al abrir la puerta maldije al Dios de la lluvia por lanzar toda su furia

contra la tierra en ese preciso momento. Hacía tiempo que no veía llover de ese modo. Era el maldito diluvio. Pensé en dar la vuelta para coger un chubasquero, pero los lechoncitos de Peppa no podían esperar.

Corrí hacia el hábitat de los cerdos. El zoo estaba vacío. Aunque no en su totalidad.

Dos personas venían corriendo hacia mí. Una de ellas iba más adelantada, y por su estatura o era un niño o era Tyrion Lannister. Llovía tanto que no podía verlo con claridad.

—*Doctó, doctó*, hay un *cedo* que no *pada de llodá*. Está muy malito.

Una mano infantil se agarró con fuerza a mi batín verde y empapado.

—No te preocupes. No está malita, va a tener hijitos. Y no deberías estar aquí o serás tú quién se ponga malito. —¿Qué tipo de madre insensata se queda en el zoo en pleno diluvio? No tardé en averiguarlo porque, segundos después, apareció una pelirroja estirada, jadeando como si acabara de correr una maratón.

—Perdona, pero no quiere marcharse hasta que el cerdo esté sano y salvo —dijo con la respiración alterada.

—Deberíais resguardaros de la lluvia o acabaréis con una buena pulmonía —mi voz sonó seria y muy tajante.

—Pero es muy terco y no quiere marcharse.

Aquella mujer no tenía ni idea de cómo tratar a un niño.

—Eres su madre. Haz lo que sea que hagan las madres para convencer a sus hijos.

¿No podía sacar de su bolso una piruleta para chantajearlo, o el móvil para narcotizarlo?

—Pero... —la dejé con la palabra en la boca y retomé apresurado mi camino.

Llegué a la cuadra de los cerdos y descubrí con estupor que aquella loca pelirroja y el renacuajo habían seguido mis pasos. La miré inquisitivamente, recriminándole que el niño estuviera empapándose por culpa de su irresponsabilidad. Y ella, avergonzada, levantó sus hombros como si no le quedase más remedio que estar allí. Y otra vez Marcus volvió a mi mente, y recordé todas sus teorías acerca de las pelirrojas: que son unas auténticas fieras en la cama, y en ese instante mi mente estaba tan dispersa que no presté la debida atención a mis pasos y pegué un tremendo resbalón a la entrada de la cuadra, cayendo de espaldas sobre un gran charco de barro y estiércol.

—*Dese pisa, la cedita lloda* mucho —dijo el niño, preocupado por la futura mamá.

Melanie me ofreció su mano para ayudarme a levantarme, y una vez arriba no pude evitar dirigir mi mirada a la mujer con el pelo de color zanahoria, porque se reía con sonoras carcajadas. Le lancé dardos envenenados a través de mis ojos y me centré en lo realmente importante: Peppa. Ya dentro de la cuadra, vi una de esas imágenes que nunca me cansaré de contemplar: el maravilloso milagro de la vida. Peppa había tenido diez crías, y ella y sus retoños se encontraban perfectamente.

Recogí mis bártulos, y mis perseguidores seguían apostados en la valla de madera que separaba la cuadra de los visitantes. Estaban calados hasta los huesos y expectantes.

—Pero, ¿qué hacéis aquí? ¡Madre de Dios! Venid conmigo. Intentaré encontraros algo de ropa seca.

Tenía ganas de abofetear a la pelirroja. ¿Cómo podía ser tan insensata?

—*Quiedo ve* a los *ceditos* —pidió el niño, como si nada en el mundo le importara más que las crías de Peppa. Era adorable.

¿Cómo podía tener una madre tan odiosa? Sin duda, había salido al padre.

—Ahora no puede ser. Tienen que estar tranquilitos con su mamá; pero no te preocupes, yo me encargaré de que seas el primero en conocerlos.

—¿Sí? —preguntó entusiasmado.

—Sí, te lo prometo.

Los grandes hombres nunca fallan a su palabra.

—*¡Gacias!* —exclamó emocionado.

Llegamos a mi consulta y le pedí a Melanie que fuera a por un par de camisetas y pantalones de los que se les proporcionaba a los empleados, mientras yo buscaba unas toallas.

—No creo que tengamos de su talla —dijo como si no le importara lo más mínimo que el niño estuviese a punto de sufrir una hipotermia. ¿Qué tipo de líquido insulso corría por las venas de aquella mujer?

—No te preocupes. Trae la talla más pequeña y ya nos apañamos.

¡Qué poca creatividad o imaginación tenía la chica! Por su bien deseé que no fuera así en otras facetas de su vida.

Instintivamente me acerqué al pequeño e intenté darle calor con mi propio cuerpo.

—Ha sido bastante irresponsable dejar a su hijo empaparse de este modo. No le extrañe si tienen que irse directos a urgencias —regañé a la pelirroja.

—No es mi mamá, es mi *hemana*. —La revelación no me sorprendió. Aquel comportamiento tan imprudente no era propio de una madre.

—Pues ella parece la hermana pequeña y tú el hermano mayor.

—*Gacias*, ya lo sé —dijo orgulloso.

—¿Y cómo te llamas, pequeño?

—Neil, ¿y tú?

—Noah.

—Es una broma, ¿verdad? No me lo puedo creer —dijo la pelirroja, como si le pareciera lo más divertido que había oído en su vida. Sería gili...

—No, y no entiendo qué te hace tanta gracia —proclamé con gran dignidad. Pero, ¿de qué iba aquella niñata?

—Noah... —Carcajadas—. Noé... —Más carcajadas—. Los animales... El diluvio... ¿Dónde has guardado tu arca? —preguntó socarrona.

Aquella pelirroja estirada era una auténtica bruja. ¿Cómo se atrevía a reírse de mí de ese modo? Me juré que tarde o temprano me las pagaría. Aquella pija de rasgos fríos y superficiales, pero de encantadora sonrisa infantil, iba a arrepentirse de convertirme en el objeto de sus risas.

## Capítulo 4

### *Gigi*

No recordaba dónde había aparcado el coche. ¡Menuda novedad! Cada día me pasaba lo mismo, ¿sería otro síntoma de pérdida de memoria? ¿Necesitaría un empotramiento divino de la muerte para recuperarla? Después de dar varias vueltas por mi barrio, Notting Hill, recordé que lo tenía al final de la calle. ¿Y qué dirección había tomado yo? Por supuesto, ¡la contraria! Di marcha atrás y allí estaba mi *Cherry Car*. Así había bautizado Ralphy a mi *Mini Hatch* de color rojo. Era una placer conducirlo y me sentía *súper cool* al volante, igual que Charlize Theron en *The Italian Job*.

Ya por fin en el coche, decidí poner algo de música. Entre que Notting Hill parecía el barrio fantasma y que el cielo iba a caerse en cualquier momento, necesitaba animarme un poco. Pasando del *Spoty*, decidí poner la radio. ¡Oh, sorpresa! Sonaba *It's raining men*. La canción de las *Lovely GRRR*, nuestro grito de guerra y el de casi todas las mujeres. Dejándome llevar por la música, empecé a imaginar lo genial que sería que llovieran hombres. Podía visualizarlo: David Gandy, Noah Mills, Nick Bateman, Andrés Velencoso... ¡Madre mía! Estaba peor de lo que pensaba.

De vuelta a la realidad, llegué a la casa de mi padre y allí, en la puerta, estaban esperándome Libby y Neil. Bajé corriendo cuando, a lo lejos, sonó un trueno. Aquello era el preludio de lo que estaba por venir.

—Libby, creo que lo del Zoo no es buena idea... —no había acabado de hablar cuando me interrumpió mi madrastra:

—¡Qué exagerada! Si son sólo cuatro nubecillas. Seguro que es una pequeña tormenta eléctrica y luego: nada de nada

Pero, ¿a quién pretendía engañar aquella mala pécora?

—¡No me lo puedo creer! ¿La mamá leona va a dejar que me lleve a su pequeño *Simba* cuando se está armando *La tormenta Perfecta*? No quiero ser responsable de que Neil se ponga malito, no podría vivir con algo así sobre mi conciencia...

Pero no pude continuar. Esta vez fueron los pucheritos de Neil los que me interrumpieron:

—Toma la sillita de Neil y venga, poneos en marcha. Os lo vais a pasar fenomenal, ¿verdad, Neil?

¿Qué tenía que hacer Libby para querer librarse de su hijo de esa manera? Estaba pasando totalmente de mí y de mi «momento drama».

—Sí, mami, *espedo poded ved* a Peppa Pig —dijo Neil

—¿Peppa Pig? —pregunté, ignorante de mí.

—Neil, sube al coche y, de camino, le explicas a tu hermana quién es Peppa Pig.

Y allí estábamos los dos: de camino al zoo. El cielo parecía cada vez más negro, la tormenta cada vez más cerca, y Neil explicándome quién era aquella cerdita. Llegamos al zoo en tiempo récord y aparcamos en la puerta. ¡Claro, cómo no! Éramos los únicos locos que se habían atrevido a ir. Crucé los dedos por si, confiando en mi fortuna, el zoo estaba cerrado. Pero ¡qué va! Una señora con muy malas pulgas y cara de necesitar *All Bran* nos dio las entradas.

Nada más entrar, ¡zas! Un olor inmundito nos envolvió y, para rematar, las gotitas de minutos atrás dejaron paso a auténticos goterones que empezaron a calarnos. Corrimos hacia la zona donde estaban los cerdos, a ver si, con un poco de suerte, veíamos a Peppa Pig y nos largábamos enseguida. Pero ¡qué mala idea! Neil llegó primero y se puso a gritar como un loco.

—Gigi, Gigi, *code*, hay un *cedo* malito y *lloda* mucho.

—Igual tiene hambre, o le asustan las tormentas —dije cuando llegué y vi un enorme cerdo estirado en el suelo, berreando.

—No, Gigi, está malito. Tenemos que *haced* algo, *buscademos* ayuda, *¡podfi, podfi!*

No acababa de hablar cuando, a lo lejos, vimos que se acercaba un hombre y corrimos hacia él. Neil llegó primero y le explicó qué estaba pasando. Cuando los alcancé, aquel desconocido resultó ser el veterinario del Zoo. ¡Por fin algo de suerte! Empapados como estábamos, no podíamos dejar en mejores manos al cerdo berreante. Pero Neil no quería irse y allí fue donde empezó el problema. El veterinario, un proyecto de *hipster* con aires frikis, nos explicó que el cerdo gritón en realidad era una cerda que estaba de parto, y sin más empezó a reprocharme haber traído al niño con el diluvio que estaba cayendo y a decirme que era mala madre. ¿Yo, mala madre? ¡Friki gruñón! No me dejaba hablar, ni mucho menos defenderme. Me estaba recriminando justo lo que YO le había dicho a Libby, y tenía parte de razón. Avergonzada y enfadada a partes iguales, seguí al friki gruñón al interior de la cuadra de los cerdos, y desde el cielo alguien se apiadó de mí. Menudo resbalón se pegó el

pseudo-*hipster*. Lo mejor fue cuando cayó encima de un charco de un color marrón muy sospechoso, que desprendía un olor nauseabundo: a caquitas de cerdo. Pero tuvo que aparecer Miss Veterinaria 2015 para dar por terminado mi gran momento de Justicia Divina. Ella lo ayudó a levantarse, aunque por mí podía haber seguido nadando en ese charco maloliente, rebozándose en excrementos de cerdo, mientras seguía lanzándome miradas envenenadas.

¡Qué horror de hombre!

Si estuviera allí Ralphy, seguro que se lo merendaba en un abrir y cerrar de ojos.

Aunque, pensándolo bien, era muy poco probable que mi chica viniese al zoo con este olor a *eau fétide*.

Una vez incorporado, el veterinario apestoso desvió su atención hacia la recién estrenada mamá, que había dejado de gritar como una posesa. Su rostro se dulcificó y pasó de ser el «friki gruñón» a ser el «friki tierno», ¡pero qué poquito le duró!

Se acordó de que estábamos allí, caladitos hasta los huesos, y nos ofreció ropa seca. ¡Oh! Después de todo, tenía su corazoncito y se apiadó de nosotros. Aunque estaba segura de que Neil, mi adorable hermanito, le gustaba y no le suponía ningún esfuerzo ser amable con él.

Volvimos a seguirlo. Aquello se estaba convirtiendo en una fea costumbre.

Llegamos a su consulta, apareció de nuevo Miss Veterinaria 2015 y, según indicaciones del veterinario, fue a buscar ropa y toallas para secarnos. Neil y el friki gruñón seguían hablando, y cualquier excusa era buena para atacarme. ¡Qué sufrimiento de hombre, *porca miseria!* Y en cuanto pudo, Neil le aclaró que yo era su hermana, pero ni por esas dejó de culpabilizarme y torturarme.

¡Por Dior, Gucci, y el espíritu de Versace! Sin darme cuenta, estaba invocando a los dioses de Ralphy para que el friki gruñón me diera una tregua, y justo en ese momento escuché su nombre: Noah. No sé si fue la tensión acumulada, estar mojada hasta las bragas o las miradas y comentarios del veterinario, que empecé a reírme como una loca. Se llamaba Noé, como el del Diluvio y los animales. Sé que era una tontería, y reírme de ese modo empeoraba lo que pensaba de mí el friki gruñón, pero ¿a quién le importaba? A mí no, desde luego; tenía que soltar la tensión que me agarrotaba por dentro, y era mejor reírse que decirle a la cara lo grosero, maleducado e

injusto que había sido conmigo.

Después de media hora conseguí sacar a rastras de allí a Neil, bajo la promesa de volver para ver cómo estaban los cerditos y mamá cerda y, por supuesto, para devolver la ropa que nos habían prestado. Noah se despidió de Neil con un enorme abrazo, y de mí con un gruñido. Tampoco esperaba más de él, ¿o sí?

Salimos del zoo. Cogimos el coche y, como aún era pronto, decidí llevarme a Neil al McDonald's. Sabía que a Libby no iba a gustarle; ella odiaba la comida basura, pero si tenía que establecer lazos con mi hermanito, ¿qué mejor manera de conseguirlo que consintiéndolo un poquito, y de paso tener un secreto que esconderíamos para siempre?

¡Lo que une el McDonald's que no lo separe un mamá histérica!

Nos dirigimos al McAuto porque, con las pintas que llevábamos, no era cuestión de que alguien nos viera y nos confundiese con unos «sin techo». Neil estaba feliz pese a que no había visto a Peppa Pig. Su nuevo amigo, Noah, podía haberle explicado que no existía, o haberle dicho que estaba en otro zoo. Pero no importaba, para eso estaba su hermana mayor.

Ya con la comida, y de camino a mi casa, recibimos una llamada: la súper mamá daba señales de vida. Podíamos haber muerto ahogados o ser llevados por una riada, sufrir una hipotermia o que un tsunami nos hubiera engullido. Y nos llamó justo cuando comenzaba la calma. Decidí dejar de lado mis desvaríos, conecté el dispositivo de manos libres y acepté la llamada.

—Hola, Libby, ¿qué tal? ¿Cómo lo llevas desde el calorcito del hogar? Nosotros mojados hasta los huesos, por cierto.

—¡Ay, mi bebé, pobrecito! Seguro que está muerto de frío y no para de llorar, preguntando por su mami.

¡Qué ilusa!

—Libby, mira que eres Mamá Drama. Relájate, aunque no lo creas soy una mujer de recursos. —Mentí como una bellaca—. Ahora vamos a mi casa a comer, mientras pongo la ropa en la secadora. Neil está muy contento y sequito, ¿verdad, cielo? Habla con mamá, que está con el manos libres.

—Mami, ¡hola! —obedeció el pequeñajo.

—¡Hola, bebé! ¿Cómo está mi príncipe?

¡Puaj, qué asco! No podía con Libby cuando hablaba en modo mamá empalagosa.

—Mami, ha sido *suped* chuli. No he visto a Peppa Pig, *pedo* su tía ha

tenido *ceditos* pequeños, y Noah nos deja *volved* otro día a *vedlos*.

—¿Noah? ¿Quién es ese, Gigi? —Ya estaba la señorita Marple en acción—. ¿No habrás intentado liarte con alguien en el zoo?

¿Liarme yo con Noah? Era tan probable que tuviera un lío con aquel friki gruñón como que lloviesen hombres. Literalmente.

—Mami, Noah es el *doctod* de los animales y mi amigo. De Gigi, no. — No podía estar más de acuerdo con Neil.

—Ok, ¿y qué vais a comer?

Miré por el retrovisor a Neil y le guiñé un ojo.

—Sándwich con mucha *veddura* y pollo, y luego una manzana o *yogudt*, ¿*veddad*, Gigi?

¡Qué orgullosa estaba de mi hermanito! Lo había clavado.

—¿Te parece bien, Libby? A media tarde ya lo acerco a casa.

—No te preocupes, cielo; luego pasamos a buscarlo nosotros, así ves a tu padre.

—Perfecto, entonces; nos vemos luego. Besitos.

Eran las seis de la tarde cuando pasaron a buscar a Neil. Después de todo, no pude ver a mi padre porque había tenido que salir de urgencia por un viaje de negocios. ¿Y él me recriminaba que yo trabajara demasiado? Al menos, yo no tenía una familia que me echase de menos a diario. Algún día llegaría ese momento, y estaba segura de que conseguiría conciliar la vida familiar con la laboral. Pero ¿qué me estaba pasando? ¿Yo pensando en tener familia? ¿Desde cuándo tenía esos pensamientos? Empezaba a hiperventilar cuando sonó el timbre.

¡Salvada por la caballería! Mis chicas estaban allí. A punto estuve de ponerme a llorar de alegría al verlas. Las necesitaba, y ellas habían venido a rescatarme; mis amigas, mis Divinas, mis *Cuores*, mis... Se notaba que estaba desesperada y ellas, a través de la telepatía exclusiva de las grandes amigas, habían escuchado mis lamentos.

—¿Loquita, qué te pasa? Nos estás asustando, ¿se te ha acabado el rímel? ¿No sabes con qué combinar tus Louboutin? ¿Los *Brangelina* se han separado? Habla, por Coco Chanel.

Esa era mi Ralphy teatrera.

Sin más empecé a explicarles mi aventura en el zoo, mis pérdidas de memoria, los pensamientos que últimamente estaban acechando a mi subconsciente y, sobretodo, mi encontronazo con el friki gruñón.

—Neni, después de todo lo que nos has explicado, sólo nos queda celebrar una terapia de choque urgente. Sé que es domingo y mañana toca madrugar. ¿Alguna tiene algún problema en quedarse a dormir?

Esta era Rina, la mayor de las hermanas. Rona había nacido cinco minutos más tarde.

Eran gemelas idénticas: las dos rubias, impresionantes, con ojos azules y cuerpazos de vicio. Tenían veinticinco años, como yo, regentaban un *Beauty&Lovely* donde hacían cambios radicales de imagen. Llegabas allí como Betty la Fea y salías como Giselle Bündchen. Podía parecer exagerado, pero no lo era. Eran unas magas de la belleza; sabían cómo sacarles partido a todas las personas que pasaban por su local, estaban a la última en cuanto a cosméticos, peluquería, tratamientos, etc. Y si alguien lo requería, proporcionaban asesoramiento a la hora de vestir, y aquí era donde entraba en escena Ralphy.

Había nacido chico hacía veintiséis años, pero desde que tenía uso de razón se sentía y comportaba como una mujer; para nosotras era una más, en muchos sentidos era la más femenina de las cuatro. Sus padres la habían apoyado desde pequeña. Él, un hombre de color de casi dos metros, la adoraba; y ella, una escocesa guapísima, no se quedaba atrás.

Había crecido rodeada de mucho amor y apoyo incondicional, y desde que formamos las *Lovely GRRR*, nadie osaba meterse con ella; también era verdad que su casi metro noventa y cinco de estatura ayudaba mucho. Ralphy era diseñadora de moda y un gurú de la moda. Aparte de tener su propio estudio de diseño, ayudaba a Rona y Rina en los asesoramientos que incluían *Personal Shopper*. Formaban un trío perfecto: moda, peluquería y maquillaje. Yo era la oveja negra, pues me dedicaba al mundo de la publicidad.

Éramos un cuarteto perfecto que se complementaba a las mil maravillas. Estaba la loca, la sensata, la cómica y la histérica. Habíamos madurado juntas... o estábamos en ello. Desde fuera mucha gente nos veía superficiales, pero era pura fachada; sólo unos pocos eran los afortunados que sabían que, detrás de esa apariencia llena de *glamour*, se escondían cuatro chicas sencillas que buscaban la felicidad, y en un futuro no muy lejano el Amor de sus vidas.

—Cuquis, yo no puedo. Mañana, a primera hora, tengo que entregar unos diseños para la súper-mega boda del año. —Nuestra grandullona siempre se apuntaba a un bombardeo, pero debía ser responsable con su trabajo—. Y

esto, más que una terapia, necesita un plan. Y ya que estamos todas, vamos a poner en marcha la operación *Save to Gigi*

—*OMG*, Ralphy. Tú y tu manía de ponerle nombre a todo —se quejó Rina, la más sensata de las cuatro.

—¡Pero si os encanta! —insistió Ralphy

—Mejor sería la operación Zumba. Gigi necesita que la...

Tuvo que salir Rona la graciosa.

—¡Qué ordinaria! Pero sabes que te quiero igual —le dije a Rona, guiñándole un ojo.

—Vale, seré más fina: Operación «Gigi necesita que la vuelvan a desflorar». ¿Mejor así, dulce princesa? —siguió Rona

—Nuestra Gigi necesita algo más *chic*, dejadme pensar. —Ralphy hizo una pausa de lo más teatral—. Operación «Divino Empotramiento» —soltó en pleno ataque de risa.

—Más que *chic*, te ha quedado místico, y ella necesita algo más básico; necesita que le den un buen meneo. Y sí, lo sé: soy una ordinaria. Propongo que el próximo viernes salgamos a quemar la noche y a poner en marcha la Operación «Algo pasa con Gigi». —Rona fue interrumpida por su hermana Rina: la sensatez personificada.

—¡Ya tenemos plan! El viernes por la tarde quedaremos todas en *Beauty&Lovely* y pondremos en marcha la Operación «Zumba». Sé que es vulgar, ¡pero me encanta! Empezaremos con sesión de spa, peluquería, maquillaje... Ralphy, tienes que buscarnos modelitos para salir de caza. El viernes se abre la veda.

Después de tres horas de mini-terapia de choque ya teníamos nuestro plan en marcha.

¡Las Lovely GRRR atacaban de nuevo!

## Capítulo 5

### Noah

Escuché ruido al entrar en casa. Varias voces que provenían del salón. Probablemente, Calvin había acogido en nuestro humilde hogar al insoportable de Marcus, y éste se había adueñado —como hacía a menudo— de nuestro sofá, nuestro baño, nuestra comida, la tele... E incluso nuestra ropa interior. No era la primera vez que Nicole lo echaba de casa, y con total seguridad tampoco iba a ser la última. Y en aquel momento, tener que aguantarlo era lo que menos me apetecía. Pensé en volver a cerrar la puerta y salir a dar una vuelta, pero la lluvia aún no había parado, y si alguien debía irse de esa casa tenía que ser Marcus.

Por suerte, no era su chirriante voz la que sonaba a lo lejos; dejé la cazadora sobre el perchero de la entrada, y fui directo al salón para descubrir quién era el interlocutor de mi compañero de piso. Mejor dicho: interlocutora, pues era una voz femenina, dulce y cálida, la que hacía compañía a un Calvin sorprendentemente callado. No era que Calvin fuese un hablador insaciable que siempre quería tener el dominio de la conversación, sino que cada vez que estaba cerca de una mujer se ponía tan nervioso que no podía parar de hablar compulsivamente, y hacer bromas y chistes fuera de lugar y tono.

No tardé en averiguar que aquella voz era la de Nicole.

—Noah, ¿ya has llegado? Sírvete una cerveza y únete a nosotros. —Dijo Calvin, oculto tras el sillón orejero de color verde aceituna que él mismo había rescatado de las profundidades de un rastrillo.

Yo odiaba aquel sillón. En varias ocasiones había tenido que rociarlo con un *spray* anti-pulgas porque no podía parar de imaginar a una docena de gatos acostados allí, todo el día alrededor de una dueña de dudosa higiene. Pero Calvin lo adoraba, decía que le recordaba a su abuelo y a los momentos que pasó sentado sobre su regazo, frente a la chimenea.

—Hola, Nicole, ¿cómo estás? —le pregunté mientras me acercaba a ella para darle un beso en la mejilla, como muestra del gran afecto que le tenía.

—Bien —contestó de manera automática, aunque su rostro mostraba todo lo contrario. Nicole tenía un rostro muy dulce y aniñado, con una boca muy bonita y unos enormes ojos azules. Y aunque su mirada siempre desprendía cierta nostalgia, esa tarde parecía más triste de lo habitual.

—¿Y el impresentable de tu marido? —pregunté sin miramiento. Cada día que pasaba, Marcus me caía peor y estaba seguro de que a Nicole le pasaba lo mismo.

—Lo cierto es que no me importa pero, por lo que parece, ha engatusado al incauto de tu casero.

—¿Incauto? ¿Sean? Se nota que no lo conoces, y seguramente lo esté liando para hacer alguna de las tuyas..., no sé, hacer *puenting* en el puente de Londres, tatuarse en el pecho un poema de lord Byron, o asaltar una panadería. Le falta un tornillo.

—Me da igual, Noah. Ya no lo aguanto más, y no quiero que siga formando parte de mi vida. Os he traído parte de su ropa y os he venido a pedir que, por favor, vengáis a recoger el resto de sus pertenencias. No quiero meteros en medio de nuestra ruptura, pero quiero que me ayudéis a mantenerlo lejos de mí.

—Claro, por supuesto que cuentas con nuestro apoyo. Tú siempre serás nuestra amiga, y nuestra casa siempre estará abierta para ti. —No le mentí. Con los años, Nicole nos había conquistado por su sencillez, humildad y cercanía. Y no podía evitar sentir la necesidad de protegerla del gili... de su marido.

Calvin nos escuchaba en silencio, con el rostro serio, mientras movía de arriba abajo, con suavidad, la anilla de su cerveza. Al final acabó rompiéndola, y esta cayó en el interior de la lata vacía.

Nicole miró el reloj y se removió en el sofá.

—Chicos, muchas gracias por todo. Sois fantásticos, pero debo irme. Mañana tengo el día repleto de consultas y debo prepararlas.

Nicole era logopeda y tenía su consulta en Notting Hill.

—¿Quieres cenar con nosotros? Prepararemos algo en un pisapas. — Esperé que Calvin dijera algo como «¿Quién? ¿Tú? Si no sabes ni preparar un sándwich en condiciones.» Pero siguió en silencio y no quiso alardear de lo buen cocinero que era y que, si no fuera por él, yo habría muerto de hambre mucho tiempo atrás.

—No, gracias, chicos. Ya he abusado demasiado de vuestra hospitalidad —dijo, buscando su abrigo.

Nicole se acercó a Calvin, quien aún seguía sentado en su sillón: pensativo y con la mirada perdida, y le dio un beso de despedida en la mejilla. Él ni se inmutó. Tuve el impulso de abofetearlo para que espabilara, porque

estaba siendo muy descortés con nuestra amiga, pero me contuve y me limité a acompañar a Nicole hasta la puerta donde ella volvió a darme las gracias por nuestro apoyo incondicional.

—¿Se puede saber qué te pasa? ¿A qué viene esa cara tan lánguida? Parece que ha venido Voldemort y te ha robado el alma —le pregunté mientras cogía uno de los cojines del sofá y se lo tiraba a la cara para que espabilara de una vez, aunque se enfadase. Necesitaba verlo reaccionar. Pero no hizo nada más que darle un manotazo al cojín.

—¿Va todo bien? —insistí, pero no obtuve respuesta. Estaba claro que aquel día infernal no iba a tener un grandioso final. Acabaría cenando un triste sándwich frío de jamón y queso mientras veía la tele, acompañado por Calvin El Mueble, que tenía menos vida que aquel sillón costoso.

El lunes me desperté de mejor humor. Lucía el sol, de mi ducha salía agua caliente, y de la cocina me llegaba un maravilloso aroma: la perfecta mezcla de tres olores exquisitos: café, huevos y *bacon*. Por fin Calvin había recuperado su alma, pero no tenía respuestas para todas mis preguntas sobre su extraño comportamiento de la tarde anterior. O si las tenía, no quería dármelas.

Al salir de casa me encontré a mi «adorado» casero, derrochando esa exasperante vitalidad tan impropia de un anciano de su edad. ¿Por qué siempre parecía que acababa de cumplir la mayoría de edad mientras yo estaba a punto de recibir la extremaunción? Seguro que tomaba «algo». Igual no eran drogas duras, pero seguro que sí era algún brebaje extraño de alguno de sus alocados viajes por tierras salvajes. Si no fuera porque lo detestaba tanto, le preguntaría cuál era la receta de tanta jovialidad.

—Muchas gracias por presentarme a su amigo, es muy divertido —dijo, risueño.

—Sí, no sabe usted cuánto —repliqué con sarcasmo.

—¿Se cree tan listo y es tan inocente!

En lo primero mi casero tenía toda la razón. Marcus era demasiado engreído y arrogante.

—Inocente no es la palabra que mejor lo define.

—Esta noche hemos organizado una timba de póquer. Le invitaría, pero le tengo demasiado aprecio —dijo como si fuera un secreto.

—No le entiendo.

—Esta noche voy a desplumar al mujeriego y a sus compañeros de farra

—confesó abiertamente.

—¿Cómo?

—Le he hecho creer que soy un viejo tontorrón que no tiene ni idea de jugar al póker, y ahora mismo voy a comprarme un par de barajas para trucar las cartas.

Me sorprendió la confianza que estaba tomándose Sean conmigo, pero me gustó su maquiavélico plan.

—¿Y por qué me lo cuenta?

—Porque quiero que todo el dinero que le saque a ese imbécil acabe en el bolsillo de esa pobre mujer engañada.

—Ahora va a resultar que tiene corazón.

—No se engañe, sigo siendo su casero: cascarrabias y tacaño; pero no soporto que les hagan daño a las mujeres —sentenció justo antes de seguir su camino.

Sin embargo, aquélla no iba a ser la única sorpresa que iba a llevarme ese día. Después de una tranquila jornada de trabajo, en la cual lo único a destacar fueron las continuas y descaradas insinuaciones de Melanie, mi persistente ayudante, me encontré a Calvin en la cocina: enredado en el cable del teléfono retro que había comprado a través de una página de segunda mano. Jamás lo había escuchado hablar así: como un oso amoroso. «Llámame si necesitas cualquier cosa, a la hora que sea. ¿Seguro que estás bien? Tu voz dice lo contrario...»

—¿Con quién hablabas? —pregunté, intrigado.

—Con Nicole —respondió con timidez.

—¿Con Nicole?

—Sí, ¿qué pasa? Somos amigos, y tú también deberías llamarla.

Se puso a la defensiva.

—Bueno, la vimos ayer, y ya le dije que la ayudaré en todo lo que necesite. No tengo que llamarla todo los días.

—Es igual.

—No, no es igual. ¿Vas a decirme por qué estás tan raro?

Todo aquello era demasiado extraño.

—Ay, tío, ¡es una catástrofe! —exclamó, abatido.

—¿Qué ocurre? Estás asustándome.

—Un desastre, no. Algo peor: una desgracia.

—Dios, ¡dilo ya!

—Que me gusta Nicole, y no puedo dejar de pensar en abrazarla, en...

¡Madre mía! Aquello era mucho más grave de lo que había imaginado.

—No te preocupes, quizá sólo sea porque te da pena y quieres protegerla. A mí también me sucede lo mismo.

—¿Tú también quieres besarla? —preguntó, expectante.

—Por supuesto que no.

¿Besarla? ¡No! ¡Jamás!

—Y te has..., ya sabes... —dijo, señalando sus genitales—, pensando en ella.

—¡No!, ¡Cómo se te ocurre!

Pero, ¿qué demonios estaba ocurriendo? ¿A Calvin le excitaba pensar en Nicole? ¿Cómo podía ser?

—¿Ves? Ya te lo decía: una auténtica desgracia.

No podría definir con exactitud y en pocas palabras cómo era Calvin con las chicas. O tal vez sí. Pasota. Sí, así era él: un pasota total. Le gustaban las mujeres, por supuesto. Nunca decía NO a una noche de sexo desenfrenado, pero tampoco se había agobiado por una chica, ni ninguna le había quitado el sueño. Nunca las llamaba; lo cierto era que ni se molestaba en pedirles el número de teléfono. Él no tenía citas, consideraba que tenía cosas más importantes en que ocupar su tiempo, como jugar a la Xbox o hacerse una maratón de *Star Wars*. Pero cuando salía, ligaba; se llevaba a la cama a la chica de turno y listo. Ahí acababa todo. Casi con la misma rapidez con que había comenzado. Y aunque no quería dramatizar ni hurgar en la herida, que se sintiera atraído por la mujer de Marcus sí era una auténtica desgracia. Porque aunque ese pedazo de ca..., de crápula era el hombre más infiel sobre la faz de la Tierra, era excesivamente posesivo y celoso con Nicole, y cuando se enterara de que le había salido competencia, como poco se iba a desatar la furia de todos los Dioses.

Y el resto de la semana las llamadas entre Calvin y Nicole se hicieron mucho más frecuentes, varias veces al día. Y mientras la profundidad de su relación iba *in crescendo*, la cara risueña de Calvin iba apagándose cada vez más.

—Venga, date una ducha y cámbiate de ropa interior, porque hoy nos vamos de juerga. —El viernes, cuando llegué a casa, me encontré a Calvin a oscuras: tumbado sobre el sofá, filosofando más que el mismísimo Kierkegaard, y me negaba a verlo de ese modo. De ahí al más oscuro de los

existencialismos había solo un paso.

¿Dónde estaba mi compañero de piso? ¿Dónde estaba el hombre que aplazaba la entrega de sus proyectos laborales porque sentía la necesidad irrefrenable de jugar con sus juguetes de Lego mientras se bebía litro y medio de cerveza?

Estaba desesperado. ¿Cuándo sería la próxima convención *steampunk* a 500 kilómetros a la redonda? ¿No teníamos un disfraz que preparar? Quería recuperar a mi amigo y necesitaba hacerlo cuanto antes.

—No me apetece —dijo, desganado. Lo estaba perdiendo.

—No me importa si te apetece o no. Hoy vamos a emborracharnos y traernos a un par de nenas preciosas a casa.

Era una orden.

—De verdad, no me apetece.

—Levántate de una vez si no quieres que te patee el culo —le dije, tirándole del brazo para que se pusiera en pie de una maldita vez.

Al final se levantó de mala gana y, arrastrándose como si llevase una gran losa sobre las espaldas, se fue directo a la ducha.

—¿Piensas salir así?

Calvin debía de estar de broma. Jamás se había puesto una camisa, y justo esa noche había optado por ponerse una totalmente retro, de un color indefinido y con un cuello más largo que los de Tony Manero.

—Sí, ¿por...? —preguntó con desgana mientras acariciaba con parsimonia el tejido de su horrenda camisa.

—Porque no vamos a un concierto de los Bee Gees. Haz el favor de ponerte una de tus camisetas *friki* y deja de comportarte como un enfermo mental.

Menos mal que un par de pintas de cerveza después, Calvin comenzó a actuar como un ser humano y no como un despojo. La sonrisa volvió a dibujarse en su cara y empezó a hacer sus típicos comentarios divertidos y mordaces sobre la gente que nos rodeaba.

—¿Te has fijado en el culo de la chica del vestido rojo? Tiene culo de tío. ¿Te imaginas cómo debe de ser acariciárselo y tener la sensación de estar sobando tu propio culo? —dijo justo antes de que mi móvil comenzara a sonar.

—No, ¿de fiesta?... ¿Nosotros? ¡Qué va! Estamos en Stratford-Upon-Avon porque se ha muerto la perrita de la abuela de Calvin y hemos venido a darle el pésame. —Marcus era mi interlocutor y estaba echándome en cara que

hubiéramos salido y no hubiésemos contado con él—. Sí, es cierto: te he mentado; no se ha muerto ningún perro, pero Calvin necesitaba ver el lugar donde nació Shakespeare. Ya sabes que se mueve por impulsos.

Mis excusas cada vez tenían menos sentido, pero tratándose de Marcus daba exactamente igual; al final él, cansado de mis mentiras, me colgó. Cuando nos necesitara, se le pasaría el enfado y volvería a llamarnos.

Tras aquella llamada, la mirada de Calvin volvió a oscurecerse y perderse en el horizonte; pedí otra pinta para devolverlo a la vida. ¿Qué tenía la cerveza que era capaz de sanar nuestros corazones y llenar nuestras vidas de alegría?

—Hay una mesa donde no dejan de mirarnos y señalar en nuestra dirección —apuntó Calvin entre trago y trago.

—Sí, ¿dónde? ¿Alguna tía buena?

—Allí, donde está aquella locaza más grande que Mike Tyson. Las rubias de revista, que parecen fotocopias, y la Re-Pipi Calzaslargas —dijo de forma disimulada.

¡Oh, Dios! La pelirroja insufrible y mala hermana estaba a menos de diez metros de distancia, y un tiarrón de más de metro noventa, vestimenta indescriptible y pasos afeminados, venía directo hacia nosotros. Quise esconderme bajo la mesa, pero frente a un hombre-mujer de aquella envergadura no tenía ningún tipo de defensa.

La suerte estaba echada.

## Capítulo 6

### *Gigi*

La semana estaba transcurriendo con excesiva lentitud y los días se hacían eternos. En el trabajo estábamos terminando un proyecto para entregárselo a uno de los grandes clientes y, como siempre, se había instalado el caos en la oficina. Todo eran nervios, cambios de última hora, estrés campando a sus anchas... y el viernes, mi esperado viernes, se me antojaba muy lejano.

Pero como todo llega, después de tanto trabajo, tocaba disfrutar de mi ansiada operación Zumba. Aparte de solucionar mis problemillas, necesitaba desconectar de tanto estrés laboral a pesar de que el proyecto fue entregado con éxito. ¡Otro motivo más para celebrar esa noche!

Sin embargo, algo me preocupaba. Era un tema recurrente que no dejaba de dar vueltas en mi cabecita: ¿por qué no dejaba de pensar en el friki gruñón? En cuanto dejaba mi mente divagar a su antojo, volvía al fatídico día del zoo, a las dagas voladoras y, ¿cómo no?, al momentazo «caída en el charco de caquitas». ¡Uf! Me enfadaba y divertía a partes iguales. Pero era viernes y me obligué a dejar el tema aparcado. Había quedado para salir a quemar la noche y nada ni nadie iba a impedírmelo.

Llegué sobre las tres de la tarde al *Beauty&Lovely* y allí estaban mis chicas, esperándome. Enseguida pasamos a la zona de peluquería y mientras me lavaban la cabeza, Ralphy nos daba las indicaciones a seguir para dar por comenzada la Operación Zumba

—Chicas, prestadme atención, tenemos que dar inicio de manera oficial a La Operación Zumba —dijo Ralphy con gran solemnidad.

—¡Espera! Voy a por el champán —dijo Rina mientras salía de la zona de peluquería para adentrarse en la oficina, donde tenía una nevera secreta, y coger la botella junto con las copas que escondía en su mesa de escritorio para las ocasiones especiales.

Una vez todas con la copa en alto, Rona inició el brindis:

—Por la amistad, por el amor verdadero, pero sobre todo para que Gigi encuentre al empotrador certero.

Dicho esto, procedimos al brindis no sin antes soltar unas risas.

—Nenis, se da por iniciada la Operación Zumba —dijo Ralphy, dando

saltitos y aplaudiendo—. Llevo toda la semana dándole vueltas y he decidido que tenemos que hacer algo diferente. Siempre vamos a los mismos locales, donde coincidimos con la misma gente. Tenemos que ampliar nuestro radio de acción a lugares que no solemos frecuentar.

—¿Cómo? ¿Quién eres tú y qué has hecho con mi amiga? —le pregunté a Ralphy que estaba poseída por el espíritu de la seriedad y no me gustaba.

—He hecho un estudio súper-mega-ideal de los lugares donde podemos encontrar hombres casaderos.

Rona, Rina y yo no la dejamos continuar.

—¿Qué?

No entendíamos el cambio de rumbo que estaban tomando las cosas y, para colmo, cuando a Ralphy se le metía algo en la cabeza no paraba hasta llevarlo a cabo y eso, como siempre, acabaría dándonos problemas.

—¿Desde cuándo estamos buscando un marido? ¿No buscábamos una alegría para el cuerpo? Ralphy, de verdad me estás asustando, lo mejor será abortar misión —le dije yo con la conformidad de Rina y Rona.

—¡Cómo me pone descolocaros, es lo más! —exclamó en pleno ataque de risa—.

Pero es muy sencillo, chicas. Siempre vamos a los mismos bares de copas y a los clubs más *in* del momento, sin embargo si queremos ir a la caza y captura de carne fresca tendremos que cambiar de ambiente... ¿Y a dónde van los hombres *de verdad* con sus amigos a tomar pintas y hablar de deportes y chicas? *Et voilà*: ¡a los típicos pubs! —matizó Ralphy.

Nos quedamos las tres sin habla. Quizás, y sin que sirviera de precedente, en esa ocasión nuestra grandullona tuviese razón.

—¿Adentrarnos en un territorio desconocido, con subespecies nuevas? Lo estoy visualizando y está empezando a gustarme mucho la idea. Hombres rudos con camisas de cuadros, sudorosos, de pelo en pecho... —apuntó Rina.

¡Qué horror! Esperaba y deseaba que, además de camioneros, hubiera especies más atractivas.

—Sí, *cuore*, pero sin perder nuestro objetivo principal: encontrar a un rompebragas para Gigi. Vosotras, *sisters*, abrid bien los ojos. Nunca se sabe, igual aparece vuestro Romeo. Yo, como estoy *in love*, velaré por vuestros intereses —observó Ralphy.

—Espero que no nos lleves a la Taberna de Moe, no creo que Homer Simpson sea el tipo de Gigi —dijo Rina, divertida.

—¡Por Gucci, no! Me han recomendado el Coach&Horses: un pub en el West End. ¡Los viernes por la noche hay ambientazo total! Vosotras ya me entendéis: *testosterona power*.

Con el cambio de localización venía el inevitable cambio de vestuario. En esa ocasión quedaban descartados los modelitos «alfombra roja de los Oscar». Ralphy se amoldaba a todo. Ella siempre lucía un *look total black*, con transparencias incluidas. A Rina le recomendó unos jeans súper ajustados con un top rojo brillante de tirantes. Para Rona un mono azul eléctrico que le sentaba como un guante, y con el que marcaba todas sus curvas. Y para mí, que era quien iba a buscar hombres casaderos, me reservó un top dorado con la espalda al aire y unos pantalones negros *súper slim*, todo combinado con súper taconazos, maquillaje intenso y melena al viento. Parecíamos las chicas de *Sexo en Nueva York* versión londinense y con unos cuantos años menos.

Preparadas para quemar la noche, salimos dispuestas a todo y con unas ganas enormes de disfrutar de una gran fiesta que, con suerte, tuviese un final feliz.

Eran las once de la noche cuando entramos en Coach&Horses. Después de una cena súper divertida en un japonés nos adentramos en el mundo de los *pubs*. Éramos cuatro mujeres con una única misión.

Ralphy, como siempre, entró en cabeza y nos llevó hasta la única mesa libre que quedaba disponible. Una vez sentadas, se acercó un camarero a tomarnos nota.

«¡Oh, Dios mío! —pensé, horrorizada—. ¿Qué voy a tomar aquí si no me gusta la cerveza? Venga, Gigi, piensa rápido, me obligué a decidir».

Mis chicas, sin dudarlo, pidieron tres pintas. Pensé en pedir un gin-tonic con gin- mare: trocitos de lima y sal en el borde de la copa, pero viendo al *barman* dudaba de que lo hiciera como a mí me gusta. Por fortuna, encontré una estupenda alternativa:

—Un Glenlivet de dieciocho años. Sin hielo, por favor —dije en voz alta, como si en la respuesta me fuera la vida.

Mis chicas me miraron, sorprendidas, pero no dijeron nada. Decidí mirar alrededor, a ver qué fauna se movía por aquel ambiente, cuando mi mirada se quedó clavada en una esquina del local. ¡No podía ser, no podía estar pasando! Alguien en el mismísimo cielo me odiaba intensamente. Empecé a sudar y noté que me faltaba el aire.

—Gigi, ¿qué ocurre, has visto a un fantasma? —me preguntó preocupada

Rona al ver cómo empezaba a hiperventilar.

—Cari, por San Giorgio Armani, responde de una vez, ¡estás asustándonos! —Esta vez era Ralphy, invocando al más grande de la moda.

—¡Esto es una pesadilla! ¡Maldita sea mi suerte! Con lo grande que es Londres, ¿qué probabilidad había de volver a coincidir con el friki gruñón? — me lamenté.

—Pues sí es mala suerte, sí —dijo Rina, a carcajada limpia.

—Rina, eres lo peor. ¿No ves que nuestra *BFF* (*Best friend forever*) se ha quedado *out*? —protestó Ralphy, molesta con la poca consideración de nuestra amiga—. No te preocupes, *cuore* —dijo dirigiéndose a mí—, que esto lo arreglo yo enseguida. Voy a hablar con el quitacacas del zoo y a dejarle unas cuantas cosas bien claras. Nadie se mete con una de mis amigas y vive para contarlo. *Sayonara, baby* —sentenció Ralphy y salió disparada hacia la mesa donde estaba la razón de mis desvelos.

Miedo me daba Ralphy. Saber que alguien se metía con alguna de nosotras la convertía en una justiciera con una misión y un enemigo a batir. Era imposible pararla cuando entraba en acción. Se mascaba la tragedia y no podíamos hacer nada para evitarla, aunque... Pensándolo bien, ¿quién quería pararla? Yo desde luego no.

—Gigi, Rina, vamos, esto no podemos perdérselo —nos apremió Rona y salimos corriendo detrás de Ralphy, aunque intentamos pasar desapercibidas para el friki gruñón.

Nos acercamos lentamente y nos mantuvimos a una distancia prudencial para ser testigos de cómo Ralphy ponía en su sitio al veterinario.

—Tú debes de ser el Dr. Doolittle que trabaja en el zoo, atendiendo bichos —dedujo Ralphy ante la cara de asombro de Noah y de su amigote.

—¿Perdona? No tenemos el *gusto* de conocerte, y si vienes a insultarnos ten la decencia de presentarte primero —habló el amigo del friki gruñón.

—Tenéis toda la razón, mamarracho 1 y mamarracho 2. Soy Raphaella, amiga de Gigi, la espectacular pelirroja que está... Oh, aquí mismo. Y con quien Don Veterinario Rezongón tuvo la desfachatez de ser descortés — declaró, girándose para señalarme y sorprendiéndose al vernos tan cerca.

Ralphy fue interrumpida por un tercer mamarracho y yo me pregunté de dónde había salido ese tío con pintas de chulito.

—¿Qué os creéis —les preguntó a sus amigos—, que ese tal Christian Grey es el único hombre con recursos? Yo también sé localizar a mis chicos

—dijo el recién llegado, haciéndose el gracioso.

—*OMG!* Si ahora vienes y me dices que también follas duro, la diosa que llevo dentro se viste de lentejuelas y te hace dos piruetas —le prometió Ralphy, emocionada como cualquier gran fan de *Cincuenta Sombras*.

Ante la cara de estupefacción del nuevo, sus amigotes se echaron a reír.

¡Madre mía! Ralphy era única dando contestaciones y acababa de meterse al acompañante del veterinario en el bolsillo.

—Hola, soy Calvin —dijo, ofreciendo su mano a Ralphy—. Me rindo a tus pies y te mereces todo mi respeto. Hacer callar a este tipo es toda una proeza. Marcus Grey, ¡reacciona! —dijo, dirigiéndose al mamarracho número 3.

—Me voy a la barra. Sé cuándo no soy bienvenido —sentenció Marcus Grey, ofendido, y se marchó.

—Bueno, preciosa, dime lo que ha hecho mi amigo el veterinario —le preguntó Calvin a Ralphy con excesiva cortesía—. Noah, siento traicionarte, pero esta mujer me ha robado el corazón.

—Como os iba diciendo antes de que viniera el Grey *Low Cost*, tu amiguito se portó muy, pero que muy mal con Gigi; la insultó, le faltó al respeto y al honor —dramatizó Ralphy.

—Pero ¡qué dices! ¿Qué me estás contando? La loca de *tu amiga* llevó a un inocente niño al zoo mientras caía un diluvio. Mojados como pollos, podrían haber cogido una pulmonía y alguien tenía que decírselo. No dramatices tanto, Priscilla Reina del Desierto. —Noah estaba empezando a enfadarse—. ¿Qué es, tu representante, Pipi Calzaslargas?

Esa vez me preguntó a mí directamente porque sabía que nuestra cercanía nos permitía escucharlo todo.

—Ey, George de la Jungla, mi amiga se quedó corta al describirnos lo súper maleducado que eres... —dijo Ralphy, disgustada por la actitud del veterinario.

—Chicos, haya paz —medió el amigo de Noah—. Raphaela, chicas, venid a la mesa. Noah y yo os invitamos a unas copas como ofrenda de buena voluntad —dijo el amigo en tono conciliador, aunque no las tenía todas consigo. Noah no dejaba de resoplar y lanzar dardos con su mirada a Ralphy y a nosotras.

Eso no podía estar sucediéndome a mí. ¿Por qué, Señor, por qué? Supliqué al cielo. *Esa era mi noche*. Quería encontrar a un empujador que me

quitara las telarañas y el malhumor, no a Noah: el veterinario más grosero de toda Inglaterra y parte del extranjero. ¡Oh, mundo cruel! Y encima tomarme una copa en su mesa, en su compañía, ¿qué más podía pasarme?

Respiré hondo y decidí que, por el bien de todos, le daría una oportunidad al veterinario friki.

—Hola, yo soy Gigi, y ellas son Rona y Rina

Dejando de lado toda la rabia concentrada saqué mi lado más amable.

Calvin, la parte más afable de ese tándem, también se presentó. Y después de los formalismos, y romper de alguna manera el hielo, todos charlaban amigablemente excepto Noah, así que aproveché el momento para limar asperezas con el veterinario cascarrabias.

—¿Cómo está la cerdimamá y sus crías?

Juro por lo más sagrado que intenté ser amable aunque mi tono pudiera dar lugar a cierta confusión.

—Mira, guapita, ¿conoces el dicho que se dice sobre vosotros, los pelirrojos? —preguntó enrabiado.

—No, pero seguro que tú me lo vas a contar.

Aquel hombre era imposible. No podía relajarse. Siempre a la defensiva.

—Dicen que si te cruzas con una pelirroja tendrás mala suerte durante tantos días como botones tenga tu camisa. Y nos hemos cruzado dos, así que haz cuentas —dijo Noah y se quedó tan ancho.

Aquello estaba tomando un camino de no retorno y mi enfado iba en aumento.

¿Cómo osaba el friki gruñón, vestido por su peor enemigo y peinado por Stevie Wonder, insultarme por el color de mi pelo cuando era uno de los rasgos que más me enorgullecía? Respiré hondo y conté hasta diez pero no funcionó.

—¿Sabes qué pasa, guapito? Que yo soy más de refranes como: «dime con quién andas y te diré quién eres», y tú estás todo el día rodeado de cerdos.

No esperé respuesta, pero por la cara del friki había sido un jaque mate.

Me giré hacia mis amigas, quienes se lo estaban pasando genial con Calvin; me uní al grupo y pase totalmente del veterinario. Pero, ¿dónde estaba Ralphy? Miré a mi alrededor y vi cómo entraba por la puerta del pub, súper contenta.

—¿Dónde estabas, *amore*? —le pregunté.

—*Baby*, me acaba de llamar mi Romeo, y estaba fuera hablando con él.

Se la veía tan feliz que no quise regañarla por haberme hecho acabar en la mesa de Noah.

—Ralphy, tienes que contárnoslo todo. Hace tiempo que no te veía tan..., tan *in love*.

—Deja que pasen unos días, cari, no quiero que se gafe —me dijo cruzando los dedos.

Y decidimos unirnos a la fiesta de las hermanas y Calvin.

—Chicas, aún no me habéis dicho qué queréis beber. Decidme, que voy a pedir —nos pidió Calvin mirando hacia la barra, y fue cuando le cambió el semblante—. ¡No puede ser! No se corta ni un pelo —protestó en voz alta.

—¿Qué pasa, Calvin? ¿Qué le preocupa a mi Príncipe? —A Ralphy se la veía muy a gusto con el amigote de Noah.

—Es una larga historia, pero os haré un resumen —dijo Calvin, que miró a Noah como si pidiera permiso y éste bajó la mirada, concediéndoselo—. ¿Veis al Grey de pacotilla? —Miramos todos a la barra y Ralphy nos señaló al personajillo, pavoneándose delante de su presa—. Ese ser despreciable está casado con una de las mujeres más maravillosas que conozco —dijo con voz de cordero degollado.

¡Oh, no! Ralphy entraba otra vez en acción.

—¿Me estás contando lo que creo que me estás contando? ¿El chulo de la barra es un...? Espera, que hiperventilo, ¡uf! ¿Un infiel pecador? Ya está, lo he dicho, lo estoy notando. —Calvin estaba empezando a asustarse al ver a mi amiga en un pseudo-trance, abducido por su fobia a los pone-cuernos.

—¿Qué le pasa? Parece Whoopi Goldberg en *Ghost* —dijo Noah, que llevaba un largo rato callado.

—Ralphy odia intensamente a los infieles, es una alergia que le provoca reacciones adversas. Nunca sabes por dónde te va a salir, lo mismo te hiperventila, que se te marea, que se te vuelve violenta, que te echa espuma por la boca. Es una bomba de relojería.

Rina estaba divirtiéndose a costa de Noah y Calvin.

—Tengo que hacer algo —dijo Ralphy, levantándose y dirigiéndose a la barra.

—Ralphy, alégame el día. —gritó Calvin El Sucio.

—Pero..... —intentó decir algo Noah.

—¡Shh! —le cortó Calvin.

Nos quedamos los cinco observando a Ralphy dirigirse hacia la barra. De repente se paró, estiró el cuello, comprobó que todo estuviera en su sitio y moviéndose igual que una pantera en busca de su presa, terminó por llegar a su destino. En ese momento decidí acercarme a la barra por si Ralphy me necesitaba; me coloqué justo detrás de la chica a la que Marcus estaba camelando, y que estaba a punto de ser testigo de Ralphy En Acción.

—¡Hola, Marcusito, *mon petit chou*, mira quién ha llegado! —La cara de Marcus no tenía precio: era incapaz de pronunciar palabra, lo que Ralphy supo aprovechar dándole dos besos a la presa y, acto seguido, un piquito al infiel.

Mi amiga era la mejor porque la cara del Infiel Pecador era todo un poema.

—Hola, soy Priscilla, la mujer de Marcus. Tú debes de ser la maravillosa e incomparable Samantha, compañera de trabajo de mi amorcito. —Dijo mirando a la pobre chica, que no sabía dónde meterse—. ¿No es divino de la muerte que al final haya podido encontrar una *nanny* para quedarse con nuestras gemelitas?

Ralphy miró a Marcus, que empezaba a reaccionar y la cosa no pintaba nada bien.

Yo no daba crédito a la actuación de mi amiga. ¡Menuda actriz se había perdido Hollywood!

—Disculpad, pareja, yo me voy..., que he quedado.

La pobre incauta, salvada en el último momento de caer en las garras del Cerdo Infiel, puso pies en polvorosa.

—Pero, ¿tú de qué vas, gigantona? —Por fin Marcus pudo decir algo.

Ralphy se acercó, muy sutilmente, y se sentó para estar a su altura y poder mirarlo a los ojos.

—¿Me hablas a mí, comadreja inmunda? Cucaracha asquerosa, tú, que tienes a una mujer maravillosa al lado y vas detrás de cualquier falda.

Ralphy estaba súper enojada.

—¿Y a ti qué te importa mi vida? —escupió Marcus.

—La tuya nada, porque no eres nadie, sólo eres un desgraciado que tiene a su lado a una mujer increíble a la que no le llega a la suela del zapato, y la única manera que tienes de reafirmarte es tirándote a todo lo que se te ponga por delante. Cuando tú y yo sabemos que cada vez estás más por debajo de ella. Hazte un favor: sé un hombre por una vez en tu vida, y déjala ser feliz con

alguien que esté a su altura. Y ahora, por favor, vete; tu sola presencia contamina el ambiente.

Y con esto terminó la noche para Marcus quien, cabizbajo, salió del pub sin mirar atrás.

Ralphy podía estar muy loca, pero cuando se trataba de infidelidades, le salía la vena justiciera y sensata.

En cuanto mi amiga y yo nos reunimos con los demás, empezó la auténtica fiesta. Debía de ser cerca de la una de la madrugada cuando bajaron las luces, aumentó el volumen de la música y la gente empezó a bailar.

Después de todo, la noche no estaba resultando tan mala. ¿Quién quería un empotrador teniendo amigas tan increíbles? Las chicas, junto con Calvin, empezamos a mover el esqueleto. Noah seguía con cara de sufrir en silencio, ¡qué pereza de hombre! No sé qué problema tenía conmigo, ¡si soy mega-estupenda! Algún día lo sabría, pero esa noche sólo acababa de empezar, y Calvin, el nuevo amigo de Ralphy, acababa de unirse a la fiesta de las *Lovely GRRR*. A veces el destino era caprichoso, propiciando encuentros y originando amistades impensables; eso era lo que había pasado entre Ralphy y Calvin. Contra todo pronóstico, se había iniciado una amistad que prometía ser larga y fructífera.

¿No se podía parecer un poquito Noah a su amigo?

## Capítulo 7

### *Noah*

De todos los pubs de Londres, la Zanahoria Pija tuvo que acabar en el Coach&Horses. ¿Cómo era posible que una chica tan estirada acabara en un antro como aquel? ¿Cuántas probabilidades, entre un millón, había de que eso ocurriese?

Pensándolo bien, y a pesar de tener que aguantar a aquella mujer tan insufrible, había conseguido el objetivo de aquella noche: animar a Calvin. Aunque quien lo animaba no fuera yo ni una rubia de sedosa melena y medidas perfectas, sino un chico-chica, tan extraño como alocado, que consiguió captar totalmente su atención.

A Calvin jamás le habían gustado las locas ni la gente demasiado estrafalaria; pero, por alguna razón, Ralphy se lo había camelado en cuestión de segundos. Probablemente, por la espontánea animadversión que aquel ser tan estrambótico había sentido por Marcus. El odio hacia el mismo ser humano los unió de un modo incomprensible.

Todo estaba siendo bastante surrealista; pero, afortunadamente, durante varios minutos Calvin y sus nuevos amigos se fueron a bailar y dejaron que me tomara la pinta de cerveza en paz. ¡Dios! ¿Por qué tenía que pasar la noche con Pipi, Rin-Rin y aquel ser venido de otro mundo?

Sin embargo, mi tranquilidad duró menos de lo que hubiera deseado y aquella extraña pandilla no tardó en invadir mi espacio de nuevo. Todos, incluso Calvin, actuaron como si yo no existiera. Me tomaron por el típico aguafiestas que no sabe pasárselo bien bajo ninguna circunstancia. Y yo, perplejo, observaba la rara amistad que estaba gestándose frente a mis ojos. Calvin le habló a Ralphy de la relación entre Marcus y Nicole, y el grandullón (o grandullona) no tardó en darse cuenta de que Calvin se había colgado de la mujer de su amigo. Aunque tampoco había que ser un hacha para caer en eso, pues cada vez que Calvin hablaba de ella ponía cara de dulce corderito y babeaba en cantidades industriales. Mi amigo no tardó en mencionar que Nicole era logopeda y pasaba consulta en Notting Hill, y la pelirroja estirada, con nombre de caniche, se interesó por Nicole pues al parecer quería consultarle algo.

—Noah, yo no tengo ni idea de niños, pero tú que has conocido a Neil, ¿no crees que habla un poco mal para la edad que tiene?

¿Cómo? Pipi estaba dirigiéndose a mí. ¿Por qué tuvo que despertarme de mi letargo mental? ¿Y por qué sonaba tan cordial?

—Lo siento, no puedo decir mucho al respecto. Lo mío son los animales. «Sí, esos que meto en parejas dentro de un arca, ¡no te fastidia!»

¿Por qué demonios había enterrado el hacha de guerra? Quería insultarla, machacarla, arrastrarla por el fango y reírme de ella hasta la saciedad. Entre nosotros no había lugar para la cordialidad.

—¿Podrías darme el número de Nicole? —me preguntó a mí directamente, aunque Calvin también parecía interesado en la conversación.

—Neil tiene padres —dije, malhumorado—, quizás ellos ya estén haciendo algo al respecto.

—Mi padre lo mimaba como si fuera su abuelo, y mi madrastra tiene demasiadas cosas en la cabeza.

¿Por qué me contaba a mí esas intimidades?

—Además, olvidas que soy su hermana mayor, yo también me preocupo por él.

—Yo no lo diría con la boca tan grande. El otro día me dio la impresión contraria.

¿No se daba cuenta de que era una hermana pésima?

—¿Por qué eres tan borde conmigo? Estoy esforzándome por ser amable contigo —dijo molesta y ofendida.

—Soy borde porque desde que te cruzaste en mi camino no has dejado de atacarme. Y no te esfuerces por ser lo que no eres, conmigo no tienes nada que fingir.

Mi tono sonó tan serio como pretendía, pero al instante me arrepentí de haber hablado así al ver cómo se apagó el brillo de su mirada y cómo agachó la cabeza y me dio lentamente la espalda.

—Vamos, Noah. —Calvin, por fin, se dirigió a mí—: Ralphy nos ha invitado a ir con él a The Box Soho. Dice que no vamos vestidos para la ocasión, pero como somos sus invitados, harán la vista gorda.

—No me apetece ir a una discoteca de pijos. Si quieres, vete tú con ellos y yo me iré a casa.

¿Qué narices pintaba yo en The Box?

—Anda, no seas cenizo. Querías que me lo pasara bien y desconectara,

y eso es lo que estoy haciendo —mi amigo intentó convencerme con esa cara de perro apaleado que me resultaba tan familiar.

—Para estar desconectado, no dejas de pronunciar el nombre de Nicole.  
—No pretendía molestarlo o quizá sí. No entendía por qué había congeniado de ese modo con el tío raro.

—Bueno, es cierto, pero Ralphy está ayudándome a verlo todo desde otra perspectiva.

Ralphy, ¿cómo no? Empezaba a detestar a ese tío.

—¿Y qué perspectiva es esa, si puede saberse?

«A ver, dime qué puede darte él que no pueda darte yo», me pregunté celoso.

—Una en la que quizá, y *sólo quizá*, Nicole y yo podemos tener una oportunidad.

¿Cómo se le había ocurrido darle esperanzas?

—Calvin, por favor. Nicole aún sigue casada con Marcus.

—Venga, Noah, déjalo ya; entiendo lo que quieres decirme, y aunque sea cierto no me importa —declaró mi amigo con una gran seguridad en sí mismo.

—No entiendo nada.

Me sentía aturdido por aquella situación.

—He dejado de sentir culpa por sentirme atraído por Nicole, y eso me hace sentir bien. Lo que tenga que ser, será.

Levanté mi copa y dije Amén, aunque en el fondo tuviera una envidia atroz porque Ralphy había conseguido en cuestión de minutos lo que yo llevaba días intentando: mostrarle La Luz a Calvin. Aunque «la luz» del grandullón pareciera guiarlo hacia el lado equivocado. Aquello acabaría en drama. O si no, tiempo al tiempo.

Finalmente los acompañé a The Box, animándome ante la posibilidad de poder cruzarme con Kate Moss, pero al ver las miradas despectivas de los gorilas de la entrada, a punto estuve de recular.

Al entrar, tanto Ralphy como Rin-Rin y Pipi saludaron a decenas de personas con abrazos falsos y besos exagerados, mientras Calvin y yo les seguíamos el rastro como perros fieles que no quieren separarse de sus amos. Ralphy nos llevó a una zona ligeramente apartada y tranquila, lejos de la multitud. Pocos minutos después llegó un camarero para tomarnos nota. Aquel grupito tan peculiar debía de ser muy conocido en las noches pijas londinenses, porque no paraba de acercarse gente a saludarlos. En algunas

ocasiones nos presentaron a sus amigos, sobre todo cuando éstos mostraron interés por conocer a sus raros acompañantes. Me sentí como si hubiera llegado de otro mundo. Jamás me habían mirado tantas veces, y tan seguidas, como si fuese un bicho raro.

Una de sus amigas era modelo y se llamaba Tyara. Por alguna desconocida razón, sintió curiosidad por mí y parecía no querer despegarse de mi lado.

—Me encantan los *hipsters* —me susurró al oído.

—¿Cómo? ¿Perdona? —fingí no haberla oído bien.

—Sí, me encantan los hombres como tú —insistió con voz empalagosa.

¿Por qué narices había tenido que encasillarme en una tribu urbana de moda? ¿Por qué, Señor? Que no, que no, que yo huyo de las modas. Soy un desastre, y eso viene de serie. ¡Qué *hipster* ni qué leches! Quería alejarme de la modelo seductora porque me parecía demasiado simplona, pero al ver que Pipi no nos quitaba el ojo de encima, me dejé llevar y me mostré interesado por una mujer que, siempre y cuando estuviera calladita, era muy atractiva.

—¿Para qué agencia trabajas? —me preguntó la modelo, con una mirada que parecía gritar: «Te comía entero y no dejaba ni las migas». Aquella chica no daba una, pero Pipi no nos quitaba los ojos de encima, y Ralphie no dejaba de llenarnos las manos con una copa tras otra. En ningún momento me acerqué a la barra para pagar ninguna ronda, porque el grandullón se había encargado de tenernos bien hidratados. Podía ser un odioso robamigos, pero estaba claro que era un gran anfitrión agasajando a sus invitados.

Un rubiales, bastante guapo para ser chico, se acercó a Pipi y la saludó. Primero con un gran abrazo, y después con dos besos. Pero no fueron unos besos cualesquiera, sino que se tomó su tiempo para que sus labios pudieran recrearse sobre las mejillas de la pelirroja. Ella le sonrió y dijo algo al oído. El rubio estirado rodeó su cintura con el brazo y colocó la palma de su mano justo en la parte baja de su cintura. Ella no parecía molesta. Sin embargo, su mirada seguía clavada en mí. «¡Chúpate esa, pijo rubiales! Esta noche Gigi no se va contigo».

Sonreí para mis adentros como si me importara algo con quién acabase la noche aquella chica, y sin haberme percatado de que ya no me refería a ella de manera despectiva, sino que a partir de aquel momento era *Gigi*».

La modelo seguía diciendo cosas sin sentido, con su boca pegada a mi oído. Su conversación era demasiado aburrida, y llevaba demasiadas copas

como para prestarle atención. De vez en cuando colgaba sus brazos alrededor de mi cuello, y pegaba su cuerpo al mío de un modo excesivo. Pero su contacto físico no me molestaba porque disfrutaba viendo cómo el rostro de Gigi iba encendiéndose por momentos. Juraría que estaba celosa aunque quizá sólo fuera producto del alcohol y mi imaginación.

Calvin, Ralphy y las hermanas Rin-Rin estaban totalmente desmelenados, riéndose y bailando como si les fuera la vida en ello. Tal vez estuviese alucinando, pero estaba casi seguro de haberlos visto haciendo el trenecito al ritmo de la música electrónica. Aunque de lo único que estaba seguro era que estaba a una copa de ver doble y que la discoteca comenzara a darme vueltas.

Y llegó el caos: la modelo me besó (o eso creo). Unos labios húmedos se posaron sobre mi boca y una lengua intentó abrirse camino por ella. No sé si respondí o no a su beso, porque en cuestión de segundos (o eso me pareció a mí) el grandullón nos sacó a todos de la discoteca como si fuéramos auténticos forajidos.

No entendía nada. Sólo me dejaba llevar.

Comenzó a llover. Otra vez el maldito diluvio. Miré hacia el cielo, deseando que el frescor de las gotas de lluvia me devolviera la sobriedad, o por lo menos me diese un poco de lucidez; lo único que vi fue cómo un gran trozo de tela se cernía sobre mí. Tardé varios segundos en percatarme de lo que acababa de ocurrir. El grandullón me había cubierto con su abrigo de piel sintética para resguardarme de la lluvia. ¡Dios, estaba compartiendo paraguas con aquel ser extraño! ¿En qué momento de la noche había perdido el control de mi vida? —me pregunté, arrepentido y culpable.

—Pero, ¿a ti qué te pasa? ¿No eres capaz de ver las señales? —me preguntó, enfadado.

¿A qué señales estaba refiriéndose, y por qué parecía molesto conmigo? No tenía ni idea de qué estaba hablándome.

—Bueno, no pasa nada, eres un poquito inmaduro y aún te queda mucho por aprender —me habló con condescendencia, como si fuera un crío de cinco años. No comprendía qué estaba sucediendo.

—Te pondré a prueba.

Me entró miedo. ¿A prueba de qué?

—Venid, chicos, vamos a echarnos un último baile.

—Venga, Ralphy, está diluviando y ya no puedo con mi alma —protestó

una de la fotocopias con una voz pastosa que demostraba estar casi tan borracha como yo.

—Chicas, ¿veis aquellos soportales? —Ralphy nos señaló un lugar, libre de lluvia, que se encontraba a pocos metros, y nos dirigió hacia allí. Nadie se encontraba en disposición de decirle que no.

Calvin, las fotocopias y Gigi habían formado un curioso cuarteto, y abrazados se movían en esos mientras cantaban a grito pelado canciones infantiles como *London Bridge*.

Llegamos a los soportales y el grandullón me liberó de su abrigo, pero me sentí desconcertado. ¿Qué pretendía aquel esperpento llegado de otra galaxia? Todos lo miramos expectantes, alguno sin poder dejar su cabeza quieta más de un segundo. Yo no era el más borracho de todos.

Ralphy sacó su móvil y puso la música a toda leche. Sonó la voz de Robin Williams, pero no era *Rock DJ* ni ninguno de sus temas más bailables. Aquella loca nos había puesto una balada de lo más empalagosa: *Angels*. Y no sé si por el alcohol, o la canción, sentí náuseas. ¿Cómo podría salir de aquella situación?

Se me había pasado la mano con las copas, estaba empapado, y a cámara lenta vi cómo Ralphy se ponía a bailar con una de la gemelas rubias, y cómo su hermana se abrazaba (o sujetaba) a Calvin. De pronto vi a Gigi que, nerviosa, miraba sus pies empapados por la lluvia mientras se movía sin ningún compás. No paraba de tocarse su melena pelirroja, y estaba esforzándose en no levantar sus ojos para no correr el riesgo de cruzarlos con los míos.

Ralphy me dio un pequeño empujoncito hacia delante y acabé a escasos pasos de Gigi. Estaba casi seguro de que ella también quería bailar, por su modo de contonearse, aunque no creyera que quisiese hacerlo conmigo. Aun así, como ofrenda de paz, y por haber sido tan borde con ella durante gran parte de la noche, me ofrecí como compañero de baile sin temor a ser rechazado. Ella respondió con timidez, pero aceptó mi ofrecimiento, colocando sus manos sobre mis hombros. Pero estaba demasiado lejos y, con mis manos alrededor de su cintura, intenté acercarla a mí. Ella parecía receptiva y no sólo rodeó mi cuello con sus brazos, sino que además recostó su cabeza sobre mi pecho. Fue muy agradable sentir su calor sobre mi ropa mojada; además, olía tan bien... De repente todo comenzó a dar vueltas y me sentí muy mareado.

La noche se apagó y se tiñó de color negro.

## Capítulo 8

*Gigi*

*Sentí sus manos en mi cintura y un escalofrío recorrió mi cuerpo.*

—*Gigi.*

*Era la primera vez que su voz susurraba mi nombre y me gustaba cómo sonaba. Alcé la vista y fui interceptada por una boca que me buscaba. Sentí sus labios abrirse camino y su lengua entrar sin permiso, pero no le hacía falta, necesitaba ese beso, necesitaba sentirlo, borrar de un plumazo nuestras desavenencias y empezar de nuevo, y ese beso era el inicio.*

*Sus manos empezaron a acariciar mi cuerpo. Las mías también tomaron vida introduciéndose debajo de su camiseta. La ropa empezaba a sobrar, necesitábamos sentirnos piel con piel. Nos separamos para poder quitarnos las prendas que obstaculizaban nuestro deseo, sin dejar de mirarnos a los ojos. Su mirada era puro deseo y eso me encendió, haciéndome saltar a sus brazos. Enrollé mis piernas a su cintura y pude notar su erección.*

«Pipipipipipipi»

Me desperté de golpe. ¡Maldito despertador! Otra vez haciendo de las tuyas.

¡Estaba teniendo un sueño húmedo con Noah y lo estaba disfrutando! No sabía qué me sentaba peor, si la horrible resaca, haberme olvidado de desconectar el despertador o haber tenido el mejor sueño erótico de mi vida con el veterinario friki. Siendo honesta conmigo misma, lo peor había sido que sonara el despertador sin haber culminado un sueño que prometía, y mucho.

¡Qué dura era la realidad! Después de una noche loca de fiesta, de la cual tenía algunas lagunas y un dolor de cabeza de campeonato, no me acordaba de cómo había llegado a casa, ni quién me había acompañado. Lo último que recordaba era mi bailecito con Noah en los soportales. ¡Había bailado pegada a él y me había gustado! Nuestro primer baile con la canción *Angels* de Robbie Williams. Suspiré. No podía engañarme, estaba enganchándome a Noah, pero no podía ser; no era mi tipo, odiaba su presencia, despertaba lo peor de mí, pero ¡claro, tenía que defenderme! Sus ataques eran directos, duros, implacables; y me puse súper celosa cuando la modelucha del tres al cuarto se agarró a él y le metió la lengua hasta la

campanilla. Creí morir ahí mismo. ¡*Santa Madonna!* ¡Houston, tenemos un problema! Me sentía triste y desolada. ¿Por qué Ralphy tuvo que acercarse a él? ¿Por qué tuvieron que conectar Ralphy y Calvin?, ¿Por qué no dejaba de pensar en mi friki gruñón?

¡Vaya mierda de Operación Zumba!, grite para mis adentros. ¡Sí, vaya caquita! No sólo no había culminado en una noche de lujuria y desenfreno, sino que además acababa de descubrir por qué no dejaba de pensar en Noah, estaba *in love*, como Ralphy. ¡No!

Tenía que dejar de pensar, me estaba hundiendo en la miseria; necesitaba una ducha, un par de aspirinas, un desayuno con mucho azúcar, y seguro que lo veía todo de otra manera. Y estaba decidiendo qué hacer cuando noté movimiento al otro lado de mi cama.

¡No podía ser! ¿Y si no había sido un sueño? ¿Y si estaba recordando lo que había pasado? ¿Y si me acompañó Noah a casa? ¿Y si la Operación Zumba había funcionado? Y si.... Como decía mi *nonna*, los «y si...» eran dudas que había que aclarar, y tenía toda la razón; debía ser valiente y girarme en la cama y enfrentarme a mis actos; pero antes tenía que pensar qué hacer. Lo primero sería comprobar mi aspecto.

Levanté las sábanas para mirar lo que llevaba puesto. Una camiseta de los Backstreet Boys: cero sexi; y braguitas de encaje negras. ¡Punto para mí! Pasé la mano por mi pelo y no parecía un enjambre de abejas; intenté peinarlo un poco con los dedos, pero fue imposible. ¡Eureka, ya lo tenía! Alargué mi mano hacia la mesita y allí estaba mi coletero de emergencia. Muy despacito, y con movimientos imperceptibles, conseguí recogerme el pelo. ¡Ya tenía dos puntitos!

Junté mis manos para comprobar mi aliento mañanero y fue espantoso: olía a cañería atascada. ¡Madre mía! Eso restaba dos puntos ¡y eran los que tenía! Estaba igual que al principio. ¡Espera! Seguro que en mi cajón aún quedaban chicles de los que nos regalaron en la última campaña que llevamos en mi agencia. Otra vez alargué mi mano y, con mucho cuidado, abrí el cajón sin hacer ruido. Empecé a buscar los chicles y después de varios minutos de búsqueda, logré dar con mi tesoro. Agarré la caja igual que Gollum el anillo y la metí bajo las sábanas. Saqué un chicle y lo introduje en mi boca, ¡puaj, qué asco! No me recordaba que eran con sabor a melón, y yo lo odiaba; cada vez que masticaba me entraban arcadas, aunque peor era el olor a caño, así que haciendo de tripas corazón aguanté como una jabata, siempre sería mejor que

mi aliento oliera a esa fruta. ¡Otro puntito para mí, y ya llevaba tres! Y en medio de mi celebración caí en la cuenta: ¿Me había desmaquillado la noche anterior? Por mucho que pusiera mis neuronas a funcionar a toda máquina, tenía amnesia post-resaca, pasé los dedos por mi cara por si notaba restos de maquillaje. ¡Qué rabia perder mis tres puntos por ese detallito sin importancia! Aunque..., pensándolo bien, Noah era veterinario; seguro que le ponía verme con los ojos como un panda, pues le recordaría a ese osito tan mono y cuqui. En fin, aquello no tenía solución a menos que me levantara, fuese al baño y lo comprobara.

Pero otro problema se cernía sobre mí: ¿Cómo actuar? ¿En plan mujer de mundo, dándole los buenos días y diciéndole que iba al baño y esperaba que cuando saliera ya no estuviese aquí? Otra opción era actuar con normalidad, ir al baño y, al salir, invitarlo a desayunar. Lo más sensato era esconderme en el lavabo y esperar a que se marchara, aunque lo que más me apeteciera fuera darme la vuelta y comérmelo a besos. Como decía Ralphy: el polvo mañanero es lo mejor del mundo entero.

¿Qué podía hacer? ¿Por qué tenía que complicarme tanto la vida? Debía ser valiente, darme la vuelta e improvisar. Dependiendo de su cara, así actuaría; probablemente él estuviera igual que yo: decidiendo qué hacer. Mi cabeza eran todo dudas, y la resaca tampoco ayudaba mucho; sin pensarlo más, decidí enfrentarme al problema ¡y que Dios me ayudara!

Recé todo lo que sabía, le pedí ayuda a mi madre para que, desde el cielo, me diera fuerza, invoqué a los dioses de la alta costura de Ralphy, me acordé de toda mi familia y mis chicas, me deseé suerte...

—*Cuore*, no te muevas más, que estoy muy malita.

¡Cómo! Esa no era la voz que yo esperaba oír.

—¿Ralphy? ¿Eres tú? —Respiré aliviada, ¿o no?

—¡No grites, loca! Soy yo... o eso creo —respondió Ralphy—. Gigi, ¡me muero! Tu habitación no para de dar vueltas y tú... ¿Cómo puedes estar tan estupenda?

—¡Si tú supieras! —le dije, pensando en mi momento misión post-Zumba—. Voy a por un par de aspirinas para las dos.

—¡Oh, sí! Necesito algo para este horrible dolor de cabeza.

Me levanté y fui al baño. Con tanto pensar, hacer y decidir, la resaca me había dado una tregua, pero después de descubrir que mi compañera de cama era Ralphy, tenía sensaciones encontradas. No sabía si sentirme aliviada o

apenada, aunque muy, pero que muy en el fondo, hubiera deseado que fuese Noah.

Después de varias horas de vagar por casa, Ralphy decidió quedarse a pasar el fin de semana conmigo para ponernos al día. Ella tenía mucho que contarme. Las *sisters* se habían ido a pasar el fin de semana a Watford, a casa de sus padres; era el santo de una tía abuela, y su familia lo celebraba todo. Hasta cuando operaron a su madre de juanetes. ¡Pobrecitas mías! ¿Cómo lo estarían pasando? Si tenían la mitad de resaca que nosotras, una celebración familiar era lo peor que podía pasarles.

Como estábamos muy cansadas y no teníamos ganas de cocinar, pedimos la comida a un tailandés que había cerca de casa. Mientras la esperábamos, decidí que era el momento de que Ralphy me contara cómo estaba su corazón, y no iba a permitir que volviese a darme largas.

—Ralphy, *amore*, ¿estás mejor? —Antes que nada, quería saber si la aspirina ya le había hecho efecto.

—Sí, ya no me siento una *walking dead*, un fin de semana tranquilo será ideal ahora que empiezo a ser yo misma. Me vienen flashes de ayer, ¿coincidimos con Connor, verdad?

Connor era mi ex.

—Sí, ayer fue el día de las coincidencias —observé yo.

—¿Y cómo está? Por cierto, no lo recordaba tan pulpo —Y tenía razón. Connor y yo estuvimos saliendo durante un año. Era un abogado que empezaba a despuntar, y el trabajo lo tenía absorbido. Dejamos de vernos porque nuestros horarios eran incompatibles, y si tu chico no te prefiere a ti antes que a un caso de intoxicación por setas alucinógenas es mejor dejarlo. Lo pasé bastante mal en su momento porque tenía puestas muchas ilusiones en esa relación, pero no pudo ser.

—Tienes razón. Cuando estábamos juntos no le gustaban mucho las muestras de afecto en lugares públicos, como decía él; «cualquier cliente puede vernos y eso sería poco profesional». Como si los abogados se reprodujeran por fotosíntesis. Era un poco estirado.

—¿Un poco sólo? No quiero ser ordinaria, pero parecía que llevara un palo metido por el... cucu —comentó Ralphy.

—Ya sabes: el amor es ciego, y ese fue un claro ejemplo de ceguera amorosa.

—Bueno, *darling*, no me tengas en ascuas. ¿Qué quería Don Abogado

Estirado? Vamos, que ese quería algo es tan cierto como que Versace está en el cielo.

—¿Te lo puedes creer? Quería quedar conmigo para hablar de lo nuestro, ¡si nosotros ya no somos nada! Dice que me echa de menos y se siente mal por cómo acabamos.

—Uf, ¡qué pereza, neni! ¿No? Porque ¿no te lo estarás pensando, verdad? Sabes que cierto veterinario estuvo muy pendiente de vosotros. Y puedo asegurarte, cari, que si las miradas mataran, ayer se hubiese producido un abogadicidio. —Ralphy tiraba a matar y yo no podía permitir que notara que empezaba a estar un poco enganchada a Noah, por lo menos de momento.

—¡Sí, ya ves! Sobre todo cuando la *top model* le hacía ventosa — espeté, esperando que no sonara a ataque de celos.

—¡Uy, mi Gigi está celosa!

—La resaca está afectando tus neuronas, y ves fantasmas donde no los hay. ¿Celosa yo? ¿De ese impresentable? —Esperaba que Ralphy se lo tragara y me esforcé en cambiar de tema, sino me descubriría—. *Love*, tú tienes que contarme muchas cositas, ¿qué tal tu nuevo amiguito?

—¿Calvin? ¿A qué es monísimo de la muerte? Pero como *friend*, eh — dijo Ralphy

—Sí, es mono, pero yo me refería al que te tiene *in love*.

—Ay, Gigi, es muy fuerte. Te juro por todos los Manolos del mundo que nunca me había sentido así. Tú sabes que soy súper enamoradiza, pero esta vez es diferente: quiero ir despacio, tengo mucho miedo; sé que si esta relación no funciona lo voy a pasar muy mal —pronunció entusiasmada como una quinceañera.

—¡Oh! Ralphy, cariño.

Era enternecedor verla como una niña con zapatos nuevos.

Algo llamó mi atención y no pude acabar de expresarle mi emoción. Una cosa pequeña y peluda estaba correteando por mi salón.

—¡Ralphy! Mira allí, ¿qué es eso? —grité, enloquecida.

Un ser pequeño y asqueroso estaba invadiendo mi casa.

—¿Qué tengo que mirar? ¿Dónde?

—Al lado de la tele, allí, ¡al lado de la tele! —empecé a sollozar.

—¡Por Dior! Tienes a Remy en tu casa, ¡qué asco!

—¿Remy? ¿Quién es ese? Yo me refiero a ese ratón asqueroso que está mirándonos con muy malas intenciones.

—Jo, cari, ¿tú no tenías un hermano pequeño? Remy es una rata cocinera que sale en una peli de Disney.

—¡Vaya con Disney! Será que no había animalitos más simpáticos para tener que poner una rata de cocinera, ¡puf! Sólo con pensarlo y se me revuelve todo. ¿Qué hacemos, Ralphy? Esa cosa no puede estar aquí.

—¿Llamamos a los bomberos y que vengan al rescate? Ostras, Gigi, si te digo que no puedo moverme. Acabo de descubrir que tengo pánico a las ratas cocineras.

—¿Nunca habías visto una rata? —le pregunté

—Tan de cerca no. Estoy entrando en parada cardio-respiratoria. Gigi, ¿qué hacemos?

Ralphy estaba encogida en el sofá y no dejaba de mirar al visitante inesperado.

—¿Bomberos, policía, el ejército?

—*Keep calm*, voy a coger el móvil, ¡no hagas movimientos bruscos! La bestia puede ponerse nerviosa —gritó Ralphy—. Voy a llamar a Calvin, seguro que el veterinario sabrá qué hacer, ¡y no me mires así! Es una emergencia.

No, si al final tendré que agradecerle al «okupa» que ese día tuviera noticias de Noah.

—Calvin, soy yo, Ralphy.

(Silencio)

—¿Estabas durmiendo?

(Silencio)

—Perdona, pero te necesito... Bueno, necesitamos a Noah.

(Silencio)

—Estamos en casa de Gigi y hay una rata que nos está amenazando.

(Risas)

—No te rías, que estamos en peligro.

(Más risas)

—Calvin, ¡por fi! Necesitamos que vengáis a rescatarnos, no podemos movernos, ¡la rata nos tiene inmovilizadas!

(Y siguen las risas)

—Calvin, ¡por tu madre! Deja de reírte, mueve el culo y trae contigo al friki gruñón.

(Silencio)

—Te paso ubicación por whatsapp.

(Silencio)

—Avisaremos al portero para que os abra. Nosotras no podemos movernos. ¡Por Dior, por Gucci y por el espíritu de Versace! No tardéis, dile al Dr. Doolittle que ponga la sirena de Veterinario al rescate. Aquí la cosa pinta muy mal.

(Silencio)

—*Ciaito.*

No daba crédito a lo que acababa de pasar: una rata guerrillera había trastocado nuestros planes y en esos momentos sabía que cierto personajillo se estaba acordando de toda nuestra familia presente, pasada y futura. Y yo me sentía ¿feliz? Miré a Remy.

Estuve a punto de hacerle la ola y chocarle esos cinco.

Gracias a ella la tarde se estaba poniendo muy interesante.

## Capítulo 9

*Noah.*

—¿Cómo? ¿Una emergencia? Sí, no te preocupes, ahora vamos —decía la voz de Calvin en mi sueño, y sonaba muy, pero que muy lejana.

El mundo giraba demasiado rápido y no era capaz de mantener el equilibrio. Quería despertarme porque necesitaba sentirme con los pies firmes sobre la tierra, pero estaba demasiado cansado y era incapaz de abrir los ojos.

—Venga, Noah, despierta. Nos necesitan, es una emergencia —me gritaba Calvin, exaltado y con la voz pastosa mientras me zarandeaba un brazo.

—¿Qué ocurre? ¿Qué ocurre? —pregunté sobresaltado porque no tenía la seguridad de que las palabras de mi compañero de piso formaran parte de la vida real. Además, ¿dónde narices estaba? Una gran mancha verde parecía desear aplastarme. ¿Y por qué el colchón de mi cama estaba tan duro? Me dije que debía calmarme y respiré varias veces en profundidad al mismo tiempo que froté mis ojos para intentar aclarar mi visión.

—¡Joder! ¿Qué coño hago en el suelo?

Me había quedado dormido en la alfombra del salón, con mi cabeza pegada al mugroso sillón verde de Calvin. Intenté incorporarme pero no pude, pues al levantarme sentí un gran martillo golpeándome con rabia el interior de mi cabeza. Y aunque no fuera capaz de abrir totalmente los ojos, pude ver cómo Calvin, sentado en su sillón, intentaba impulsarse para ponerse en pie, pero todos sus intentos fueron en vano.

—Vamos, Noah, las chicas nos necesitan. Es cuestión de vida o muerte —dijo Calvin, esforzándose por que su cuerpo acompañara a sus palabras, pero no era capaz de moverse.

—¿Qué ocurre? ¿Qué chicas?

¿De qué diablos me estaba hablando? Tenía la peor resaca de mi vida y no podía pensar ni con claridad. Ni siquiera en blanco y negro.

—Ralphy, Gigi, yo qué sé —dijo como si le costara horrores encadenar una palabra con otra—. Han dicho algo de un animal peligroso, y que necesitan que vayamos a rescatarlas porque sus vidas corren peligro.

Calvin parecía no estar nada seguro de lo que estaba diciendo.

—Pero tío, ¿no lo habrás soñado?

Aquella historia sonaba un tanto extraña, y un bip en su teléfono móvil nos sobresaltó.

—Mira, es cierto. Ralphy acaba de mandarme su ubicación y dice: Por favor, venid a rescatarnos.

Me mostró el mensaje para que pudiera comprobar su veracidad.

—Bueno, seguro que no es tan urgente. Primero iré a darme una ducha.

¿Por qué narices iba a salir yo corriendo tras una llamada de Ralphy?

—¿Nuestras amigas están en peligro y tú sólo piensas en ducharte? —me preguntó, ofendido.

—En primer lugar, yo no las llamaría «amigas» precisamente; en segundo lugar, me puedo imaginar el drama: ¿se les ha atascado el secador con una bola de pelo? Y en tercer y último lugar: ¿hace cuánto no pasamos la aspiradora? —Calvin no fue de dar una respuesta fiable porque, probablemente, él ni siquiera supiera cómo limpiar una alfombra—. Pues mejor que me dé una ducha para no correr el riesgo de que me crezcan champiñones en la espalda. Nuestras amigas pueden esperar cinco minutos —dije con ironía.

Calvin no tenía la cabeza para llevarme la contraria; con un simple gesto de su mano, me dio permiso para ir al baño.

Cuando salí de mi cuarto, ya vestido, Calvin no sólo se había duchado, sino que además me había preparado un gran vaso de agua con una aspirina. ¿Cómo había sido tan rápido? Tenía la sensación de haberme quedado atrapado en el tiempo, debajo del agua de la ducha, pero ¡era tan placentero y relajante!

Al dirigirme a la puerta de nuestro apartamento me fijé en que había un sobre en el suelo. ¿Quién podría haberlo hecho llegar hasta allí? Me agaché a recogerlo, con miedo a que me estallara la cabeza por aquel pequeño movimiento. No ponía nada, lo abrí para descubrir su contenido y salir de dudas. Era un cheque de seis mil libras, acompañado por una nota.

*Queridos Noah y Calvin, esto es para su amiga Nicole, de parte del crápula de su marido.*

*Firmado*

*Su encantador casero.*

Sean era un gran cúmulo de defectos: huraño, excéntrico, tacaño, odioso... Pero con aquel detalle había dejado claro que tenía un gran corazón.

No tardamos en llegar a la dirección que Ralphy le había proporcionado

a Calvin.

Un edificio de lujo en Notting Hill. Llamamos a la puerta y alguien nos gritó desde el interior:

—¡Ay, ay! Pasad, por favor, ¡está abierto! ¡Qué asco! ¡Vete, bestia inmunda! —gritaba Ralphy de forma descontrolada, acompañada de los pequeños chillidos de Gigi.

Entramos y nos las encontramos en pijama: abrazadas y de pie sobre el sofá. Era una imagen bastante cómica y lo único que puede hacer fue ponerme a reír a carcajadas.

—¿Qué sucede, chicas? ¿Cuál es la emergencia? —preguntó Calvin con sincera preocupación.

—¡Una rata! ¡Una rata! ¡Está allí y nos tiene aquí atrincheradas! —gritó Raphaela, desquiciada.

—¿Estáis así por un dulce ratoncito?

No podía dar crédito a semejante situación. Aquel par de criaturas, ¿qué edad mental tenían, cuatro años?

—¿Dulce? Si es más grande que un gato y parece salida de una cloaca —exageró el ser extraño.

—A ver, chicas, ¿dónde está? —preguntó Calvin, con la intención de ejercer de salvador.

—Allí, allí, debajo del mueble de la televisión —nos indicó la gradullona.

Mi amigo parecía dispuesto a levantar el mueble y coger por la fuerza al ratoncito, pero yo no estaba para esos trotes.

—¿Tenéis queso en la nevera?

Quise usar la estrategia menos agresiva y dolorosa para mí y para el ratón.

—Tenemos una crisis ¿y tú pensando en comer? —preguntó Ralphy, desconcertada.

—No es para mí, es para el lindo ratoncito —le expliqué, incrédulo.

Fui a la nevera y prácticamente me encontré ante una selección *gourmet* de quesos franceses.

—¿Tienes algún queso que cueste menos de setenta libras el kilo?

Fuera de quién fuese aquella nevera, tenía un gusto muy refinado y caro.

—Nena, ¿tú sabes cuánto engorda el queso? —Ralphy le preguntó allí como si quisiese reñirlo con aquella simple pregunta.

—Bueno, ¿y a ti qué te importa lo que yo me gasto en queso? —dijo Gigi con su mirada clavada en mí—. Y Ralphy, ¿para qué crees que voy al gimnasio?

—Para estar estupenda, nena.

—No, para quemar todas las calorías extra que ingiero —la corrigió, molesta al creer que Ralphy estaba criticando su alimentación.

—Espero que vuestro invitado tenga un paladar exquisito y le guste el queso más caro del mundo. —Corté un trocito y lo dejé muy cerca del lugar donde el pobre ratoncito estaba escondiéndose de un par de locas histéricas—. Ven, toma un poquito de *Beaufort D'Éte*. Ya verás cuando se lo cuentes a tus colegas de ratonera. ¡Vas a ser la estrella!

Le pedí a Calvin que se alejara en silencio, conmigo, para que el ratón no se sintiese amenazado y se animara a salir de su escondite; y con un dedo sobre mis labios, le rogué a las chicas que estuvieran calladitas porque, con tanto gritito, tenían al pobre ratón atemorizado.

Minutos después, atraído por el delicioso olor del queso, la víctima de la histeria femenina salió de su escondrijo y fue directo a su codiciado manjar. Todos lo observamos, inmóviles, y cuando el ratón se sintió confiado saboreando lentamente el queso, cogí con cuidado la papelera que había junto a la mesa de escritorio y se la puse encima al animalillo para dejarlo sin escapatoria.

—Mátalo, mátalo —gritó Ralphy, enloquecida.

—No. Ni de broma. Este ratón no tiene la culpa de haber aparecido en una casa de seres tan desalmados. Ahora vais a bajaros del sofá, con cuidado, vais a respirar hondo y en un acto de valor vais a buscar una caja de zapatos para que podamos guardar a este lindo ratoncito y podamos llevarlo al campo.

—¿Que vamos a usar una caja de zapatos de diseño para transportar una rata inmundada? —preguntó la grandullona, escandalizada—. Querido Noah, ¿tú aún sigues borracho?

—No, Raphaela, estoy totalmente sobrio. Moved ese culo y traedme una caja de cartón.

—Querrás decir «culito», ¿verdad? —matizó Ralphy, dándose una pequeña palmadita en el trasero con mirada lasciva, al estilo Beyonce bailando *Single Ladies*.

—¿Vas a cuestionar todo lo que digo? —le pregunté, malhumorado. Aquella mujer no me daba tregua. Era exasperante.

—¡Tienes algo que me gusta! —A Ralphy sólo le faltó relamerse—. Ese tonito tan autoritario y borde que tienes empieza a ponerme bastante cachonda.

Calvin empezó a morirse de la risa de manera descarada, y yo no sabía dónde esconderme de aquel ser.

—¿Te has puesto rojo, Noah? —preguntó con esa mirada llena de pensamientos oscuros—. Pero no intentes disimular, yo sé que también te gusta.

—¡Estás loca!

Aquella mujer, hombre o lo que fuera, no estaba en sus cabales.

—Sí, pero por ti —aclaró mientras agitaba con rapidez sus pestañas falsas, medio despegadas.

—¡Por Dios, Ralphy! ¿Puedes hablar en serio alguna vez?

Me estaba desquiciando.

—Uy, me gusta, vuelve a decirlo.

Al baile de pestañas le sumó unos morritos que parecían sobresalir de su cara.

—¡Basta ya! No os aguanto más, me voy. —Aquella parecía una casa de locas y no quería seguir allí ni un segundo más—. Apaños vosotras con el dichoso ratón.

—Ay, perdona, Noah. He sido un poco pesada, lo siento. Al sentirme amenazada por esa bestia me he puesto muy nerviosa. — Ralphy parecía realmente arrepentida, pero no se merecía mi perdón—. Además, no nos culpes a las dos por esto. Gigi es totalmente inocente.

«Sí, sí, el puro rostro de la inocencia», estuve a punto de soltar, pero lo cierto era que no merecía ser objetivo de mi malhumor y mi mala resaca, pues desde que habíamos llegado, prácticamente no había abierto la boca (sólo algún gritito provocado por el repelús que le daba el ratón) y se había mantenido al margen de aquella rocambolesca situación.

—Venga, traed la caja de una vez y saquemos a este animalillo de aquí —les dije a las chicas, un poco más calmado.

Gigi apareció con una caja de zapatos, probablemente de marca, y me la dio como quien entrega un símbolo de paz. No parecía la misma chica pija estirada de la noche anterior o la del zoo. Con aquella camiseta de algodón, aquel pantalón de cuadros, con coleta, sin pizca de maquillaje, y con una expresión en su rostro totalmente amigable era el tipo de chica con quien te apetece tomarte un café, sentados cómodamente en un sofá, frente a una

acogedora chimenea.

Le sonreí y me devolvió la sonrisa. Recordé que habíamos bailado agarrados y nos habíamos abrazado, y sentí tanta vergüenza que me obligué a mirar hacia otro lado.

Con cierta pericia metí al ratonzuelo en la caja, y Ralphy me aplaudió con entusiasmo.

—Ya está, chicas. Ya se acabó vuestra pesadilla —dije sin intentar sonar sarcástico—. Ahora Calvin y yo lo dejaremos libre en el parque.

—No, dame la caja —dijo Ralphy, quitándome la caja de las manos con brusquedad—. Iremos Calvin y yo. Necesitó hablar con él de un asunto.

Calvin puso cara de susto. Era cierto que él y Ralphy habían conectado y se caían realmente bien, pero temió que ella hubiera interpretado su amistad como «algo más».

—No tienes nada que temer, mi príncipe, estoy totalmente *in love* y necesito un consejo masculino.

Calvin respiró con alivio y vi temor en la cara de Gigi.

—Vosotros no os preocupéis por nosotros. Podéis seguir besándoos donde lo dejasteis anoche.

¿Cómo? ¿De qué coño estaba hablando? Si hubiera besado a Gigi me acordaría, ¿o no?

—Es más. Voy a ponerlos en situación. —Ralphy nos cogió a mí y a su amiga de la mano y nos situó uno frente al otro para dirigirnos como auténticas marionetas—. Tú tenías a Gigi agarrada con fuerza de la cintura, ella tenía la cabeza sobre tu pecho y de pronto y por arte de magia, vuestros labios se encontraron. Luego, tú, florecilla —pronunció dirigiéndose a mí—, te desmayaste y Gigi le siguió besando al aire. Fue una escena tan patética pero tan romántica —acabó diciendo entre suspiros de amor.

—Ralphy, ¿lo quieres dejar de una vez? —Gigi parecía molesta por la actitud tan descarada de su amiga.

—Sí, lo dejo, pero nosotros nos vamos y vosotros ya os las apañaréis.

Ralphy abrió la caja de cartón y llevó una mano hacia al ratoncito y lo acarició.

—Venga, pequeñín, hoy nos vamos de excursión —dijo para sorpresa de todos.

—¿Pero tú no odiabas los ratones? —pregunté sin comprender a qué venía aquella cercanía ratonil.

—Noah, pero mira que eras inocente. —Me dijo cómo si no hubiese visto que aquello no había sido más que una encerrona.

—Y tú lo que eres es una lianta. —Las celestinas de pacotilla no me gustaban.

—Sí, amor, pero acabarás dándome las gracias. *Ciao bellos*.

Se cerró la puerta y me quedé a solas con Gigi. Me sentí como en una de esas mañanas en las que te levantas con alguien en tu cama y no recuerdas cómo se llama, pero en aquella ocasión no podía hacerme el dormido mientras deseaba que mi acompañante se esfumase por arte de magia. Estaba nervioso e incómodo, aunque me gustaba la presencia de Gigi. ¿Quién me lo iba a decir?

—Lo siento. Ralphy está loca pero es inofensiva. Y no te preocupes por lo que pasó a noche, yo también estaba muy borracha y tengo grandes agujeros negros en mi memoria —Gigi rompió el hielo dando un poco de sentido a aquella situación.

—Me hubiese gustado recordar que nos hemos besado —solté sin pensar.

—Quizá no lo recuerdes porque no quieres hacerlo. —Parecía decepcionada.

—No, seguro que es un recuerdo muy agradable.

Un beso a una chica guapa siempre era digno de ser recordado.

Gigi se sonrojó.

—Pero sí de algo estoy seguro es de que ayer comencé odiándote y hoy me siento muy a gusto contigo —confesé aún a sabiendas de que me estaba excediendo. Mi lengua se desató de repente y estaba proporcionando más información de la que debería.

Gigi se puso muy nerviosa con mi revelación y comenzó a dar rodeos sin sentido en su propio salón.

—¿Quieres tomar algo? —preguntó minutos después.

—Gigi, creo que lo mejor es que me vaya. Tengo miedo de que Ralphy le haga un exorcismo al ratoncito.

Ella se rio inquieta.

—Sí, es lo mejor —acabó diciendo sin convencimiento y visiblemente defraudada.

Comencé a dirigirme hacia la puerta y ella me acompañó. De camino, le dije que tenía una casa muy bonita y ella cabizbaja me dio las gracias. Tenía la sensación de que la estaba decepcionando y esa sensación me desagradó y me

hizo sentir mal aunque no entendía la razón.

—Gigi, es que yo no... No creo que... Lo siento.

Intenté disculparme mientras mis hombros se desplomaban porque no sabía cómo afrontar esa situación y me sentía muy desilusionado conmigo mismo.

Ella se quedó en silencio, mirándome a los ojos fijamente y parecía muy triste. Así, a las distancias cortas y tan natural, me pareció extremadamente guapa. Y sin pensar, llevé una de mis manos a su mejilla y la acaricié. A ella le agradaba el contacto de mi mano sobre su piel y movía ligeramente su rostro para llenar la palma de mi mano con su mejilla. Gigi entrecerró los ojos y cuando los volvió a abrir, vi el deseo en su mirada y no me pude resistir. Acerqué mi boca a la suya y la besé. Fue un beso como el de aquellos adolescentes que acaban de descubrir el placer que se encuentra entre los labios: pausado, muy húmedo y ardiente.

La miré y sin saber qué decir, le volví a acariciar la mejilla y me fui.

## Capítulo 10

### *Gigi*

Seguía en una nube cuando volvió Ralphy de liberar a Remy, la rata okupa. ¡Noah me había besado!, el día había mejorado considerablemente y la resaca... ¿Qué resaca? De momento no comentaría nada con Ralphy, tenía que asimilar lentamente lo que había pasado, madurarlo y esperar a ver cómo reaccionábamos cuando volviésemos a vernos.

—Gigi, ¿cómo ha ido con tu veterinario? —preguntó Ralphy con cara de inocente.

—Cómo te lo explico lianta... Presta atención porque sólo te lo diré una vez: no ha pasado nada. —Me acaban de dar el mejor beso de mi vida, pero Ralphy no debía saberlo de momento.

—¡Oh! Pues vaya.

—¡Basta, Ralphy! Entre el veterinario gruñón y yo no va pasar nada, así que déjalo estar —No podía continuar con ese tema, sino al final descubriría que la estaba engañando. Menuda era mi amiga para detectar corazones enamorados. Por eso había acogido bajo su ala a Calvin, sabía leer entre líneas y para ella era fácil darse cuenta de que Calvin había caído bajo el influjo del amor y no parecía una historia fácil. —Bueno tú sí que me debes una historia y me muero por conocerla—. Por fin había desviado su atención.

Ralphy suspiró.

—Sabía que este momento iba a llegar, no se esconder mis sentimientos, como hacen otras —Menudo ¡zasca! en toda la boca.

—¡Ay, Ralphy! Mira que eres pesada, venga cuéntame, por favor— insistí yo.

—Ok, cari, la situación es esta: ¡me he enamorado de un Lord! —soltó Ralphy sin anestesia, y yo me quedé muerta—. ¡Gigi, por Dios, cierra la boca! Exactamente de Lord James Arthur Sinclair III. No creo que haga falta que te diga que aún sigue dentro del armario. Su situación no es fácil, familia de rancio abolengo que no quiere invertidos, vamos lo clásico, parecemos una telenovela barata.

—Ostras, Ralphy, no sé qué decirte. Ya sabía yo que el día que te enamorasas de verdad, lo harías a lo grande, pero no me imaginaba que tanto —conseguí decir después de salir de la sorpresa inicial—. Sabes que tienes

mi apoyo incondicional y hablo también por las *twins*. Te queremos con locura y si nos necesitas aquí estaremos, siempre.

Después del bombazo inicial, Ralphy siguió contándome su historia de amor. Su Lorve, como ella le llamaba cariñosamente, también estaba locamente enamorado de ella. Quería ir poco a poco, afianzando la relación, tenía muy claro que tarde o temprano tendría que salir del armario, pero la situación no pintaba muy bien. Era huérfano de padre y había tomado las riendas de su familia, su madre era la típica estirada hipócrita, que se movía en la alta sociedad londinense, donde todo eran apariencias. Un hueso duro de roer. No quería ni imaginar laque se le venía encima a Ralphy. Ella era muy fuerte y contaba con las ayuda de su familia y de sus amigos.

El fin de semana llegó a su fin, y con las energías renovadas, gracias a aquel beso maravilloso, empecé una nueva semana. Me sentía feliz, pletórica, con la necesidad de volver a ver a Noah, quería saber de primera mano si él había sentido lo mismo que yo con aquel beso. Tenía que trazar un plan para volver a verlo. Hasta ahora todo había sido cosa del destino y ciertas cosas no se podían dejar al azar.

Llegué a la oficina ilusionada, iniciábamos semana y tocaba repartir nuevos proyectos. Tenía mis esperanzas en uno que había llegado la semana anterior y consistía en lanzar un nuevo producto cosmético. Era perfecto para mí y además, me lo merecía después de llevar tres campañas de electrodomésticos, necesitaba un cambio.

Tras una tensa reunión con todos mis compañeros, no podía dar crédito a lo que había sucedido, le habían adjudicado el proyecto que yo quería a la peliteñida de Deborah y a mí me había tocado: ¡la campaña de un nuevo champú para perros! No quería ser mal pensada, pero empezaba a creer en los rumores que corrían por la oficina a cerca de Deborah la Lewinsky.

Seguía enfrascada en mis pensamientos cuando recibí una llamada de teléfono.

—*Amore, ¿come stai?* —me dijo mi *nonna* nada más descolgar el teléfono

—*Sono Bene, ¿estás en Florencia?* —Siempre que me hablaba en italiano sabía que estaba en su ciudad natal.

—*Piccolina*, como me conoces. Me llamó mi amiga Chiara para estar juntas unos días recorriendo la Toscana y ahora mismo estamos en San Gimignano, disfrutando de unas bellas vistas con una copa de Chianti.

—¡Oh, *nonna!*, eres un poquito mala, estoy en el trabajo y me muero de envidia. Lo que daría por estar ahí contigo. —Se lo decía de verdad, la envidia sana me corroía por dentro—. Supongo que habrás disfrutado de un helado maravilloso. —San Gimignano era conocido por tener la heladería que hacía los mejores helados del mundo.

—Y a mí me encantaría que estuvieras aquí, ¿qué me cuentas, *zuccherino?*, ¿cómo está la familia? —*Nonna* siempre me preguntaba por todos, adoraba a mi padre, a Neil y sobre todo, a Libby, contra todo pronóstico, eran muy amigas y se apreciaban sinceramente.

—Estamos todos bien y yo deseando verte, ¿cuándo vuelves? —le pregunté.

—Este viernes, así que el sábado no hagas planes, que tienes cita con tú *nonna*, hace mucho que no nos vemos y tenemos que ponernos al día.

—Fenomenal, *nonna*, me lo apunto en la agenda, el viernes cuando llegues a casa llámame para saber que has llegado bien. —No quería alargar mucho la llamada ya que no estaba bien visto en la oficina atender llamadas personales—. Te dejo que el trabajo me reclama. Te quiero. *Ciao* —me despedí de ella

—Yo también, *amore. Ciao* —*Nonna* cortó la llamada.

Después de hablar con mi abuela Gia, siempre me embargaba una paz que sólo ella era capaz de transmitirme y me acababa de dar cuenta de lo mucho que necesitaba uno de sus abrazos de mamá osa. Suerte que en pocos días tendría la oportunidad de disfrutarlos. Seguía pensando en ella y en lo mucho que la echaba de menos, cuando se me ocurrió una brillante idea.

Estaba empeñada en no dejar que el destino decidiese por mí, tenía que tomar las riendas de mi vida y forzar un poco las cosas, no podía vivir con esa incertidumbre y necesitaba saber cuánto antes en qué situación estaba con respecto a Noah. Así que empecé a trazar mi plan. El próximo sábado, mi *nonna* y yo llevaríamos a Neil al zoo, para ver como progresaba la familia de Peppa Pig. Era ideal, pero como todo plan, siempre había un cabo suelto y este tenía nombre, Libby. Tenía que convencerla para me dejase su polluelo. Mi hermanito era la pieza clave de mi brillante plan. Como mujer decidida que era, cogí el toro por los cuernos y aprovechando que era la hora del almuerzo, me dirigí hacia la cafetería, para poder hablar con tranquilidad con Libby. Debía poner en marcha toda la maquinaria.

Después de tres tonos.

—Hola, Gigi, ¿Qué tal? ¿Todo bien?

—Muy bien y ¿vosotros?

—¡Genial! Tu padre, como siempre viajando, y yo estupendamente con Neil.

Noté cierto enfado en Libby.

—¿Te pilló en mal momento?

—Más bien un mal día, pero disculpa que tú no tienes la culpa.

—¿Problemas en el horizonte? —No éramos íntimas, pero la notaba preocupada.

—Nada que no tenga solución.

—Libby, sé que tú yo no somos las mejores amigas, pero si te puedo ayudar en algo, cuenta conmigo.

—¡Gracias por ser tan sincera! Cada vez llevo peor que tu padre pase tanto tiempo fuera de casa, lo echo mucho de menos.

—Supongo que no deber ser fácil, pero ya sabías en qué consistía su trabajo.

—Lo sé y por eso no le digo nada, es igual déjalo, estoy de bajón.

—¿Cuándo vuelve? —Mi cabeza ya estaba maquinando. ¡Tic, Tac!

—El jueves por la tarde.

—Estaba pensando, igual te parece una locura pero... ¿y si el viernes por la tarde, recojo a Neil, me lo llevo a mi casa a dormir y el sábado por la mañana lo acerco al zoo, para que vea como siguen los cerditos que nacieron el otro día? —¡Madre mía! Estaba alucinando con lo bien que me había quedado, y estaba segura de que no se podía negar que era un plan infalible; era la reina de la improvisación y ahora le iba a dar la estocada final—. Así mi padre y tú podréis tener una cena íntima y lo que surja ¿Te apetece? —cruce los dedos

—¡Oh, Gigi! ¿De verdad harías eso por nosotros? —dijo Libby con ilusión.

—Tengo que seguir ejerciendo de hermana mayor, además el sábado he quedado con mi *nonna* y a ella le encantan los animales, así que puedes estar tranquila porque llevaré supervisora.

—Me parece una idea genial y después podemos quedar para comer en casa, hace mucho que no veo a Gia.

—Vale, se lo comentaré pero seguro que dirá que sí. Y el viernes ponte guapa y a disfrutar de una noche de novios.

No sé quién estaba más feliz, ella por la noche que la esperaba, o yo porque mi plan estaba funcionando.

—Muchas gracias, cielo, me acabas de alegrar el día. El jueves nos llamamos para quedar, tu hermano se pondrá muy contento cuando le diga que lo vas a volver a llevar al zoo a ver a los cerditos y por supuesto, a Noah.

Percibí cierto retintín cuando mencionó al veterinario. Empezaba a estar un poco paranoica con el tema.

—De acuerdo, Libby. *Ciao*.

—Adiós. Besitos.

La primera parte de mi plan ya estaba solucionada, la segunda, era pan comido. Mi *nonna* estaría de acuerdo y no pondría ningún impedimento. Le encantaba Neil y los animales la apasionaban.

¡Y por fin, llegó el sábado! Mi estado de nervios era total aunque tener cerca a Neil y a mi *nonna* conseguía apaciguarlos o, como mínimo, camuflarlos. Las conversaciones entre ellos dos eran de lo más tiernas. Neil también la llamaba *nonna* y sentía adoración por ella. Era lo más parecido que él tenía a una abuela, ya que desgraciadamente no había conocido a ninguno de sus abuelos.

Allí estábamos los tres paseando por el zoo. ¡Qué diferente era sin la maldita lluvia! Aunque el aroma a *Eau de Fétide* seguía en el ambiente.

—*Nonna*, te noto preocupada, ¿te ocurre algo? —le pregunté pues la veía más distraída de lo habitual.

—Oh, Gigi hay una orden de embargo contra el edificio donde vivo por culpa de los dueños y tenemos un mes para desalojarlo. A mi edad, un cambio de domicilio y una mudanza, ¡es un desastre! —dijo entristecida.

—¿Legalmente no se puede hacer nada?

—¡Qué va! Al volver del viaje me encontrado con este plan y estoy muy preocupada.

—*Nonna*, puedes venir a vivir conmigo —le sugerí yo.

—Te lo agradezco en el alma, *piccolina*, pero no quiero que pierdas tu libertad y tampoco estoy yo dispuesta a perder la mía.

—¡*Nonna*! ¿Vas a *sed* una sin techo? —interrumpió Neil.

—No, cariño, tengo que buscarme otra casa más bonita —le dijo a Neil para no preocuparlo—. Tengo que empezar a buscar y no sé por dónde empezar.

—Tranquila, *nonna*, estamos juntas en esto, yo te ayudaré.

Seguimos caminando inmersas en nuestros pensamientos y sin darnos cuenta llegamos a la zona de los cerdos. Mi corazón empezó a latir desbocado. A lo lejos, vi una silueta que ya empezaba a conocer muy bien y los problemas de mi abuela pasaron a un segundo plano. Había llegado el momento de la verdad. Por fin saldría de dudas. Me aferré al brazo de mi *nonna* y con paso decidido nos dirigimos hacia la silueta.

—¡Noah, Noah! —gritó Neil al ver a mi veterinario.

—¡Hola, pequeñín! ¿Has venido a ver a los cerditos?

—¡Sí! —exclamó con entusiasmo.

—¿Has venido solito? —le preguntó con cierto nerviosismo. Noah no se había dado cuenta de que yo estaba casi detrás.

—¡Qué *gacioso*! He venido con Gigi y *nonna* Gia —le dijo Neil. Acto seguido, Noah, se giró, levantó la cabeza y nuestras miradas se cruzaron. ¡Oh, oh!, esa mirada no era la que esperaba, sentí frío, mucho frío, todas mis esperanzas se desvanecieron dándome de bruces con la realidad, ni en mis peores pesadillas hubiese imaginado esa reacción al verme. Era entre la sorpresa y el estupor del reencuentro con tu peor error. Tocaba recomponerse y poner la coraza de Gigi, corazón de hielo.

—¡Buenos días! Noah, siento la interrupción. Neil, no molestes, que está trabajando. —Esperaba que no hubiera notado que estaba temblando. Sentí la mano de mi *nonna* agarrándome con fuerza como si supiese lo que me estaba pasando, y de ese modo, poder infundirme valor.

—¡Hola! Este pequeñín estaba deseando ver a los cerditos. ¿Podemos? —Mi abuela tomó las riendas de la situación—. Soy Gia, la *nonna* de Gigi y Neil —dijo, acercándose y dándole la mano al ser más despreciable de toda la tierra, al desgarrador de ilusiones.

—Encantado, soy Noah, el veterinario de este zoo.

Se acercó a mi abuela y le estrechó la mano, volvió su mirada hacia mí y seguía tan fría como antes. Empezaba a dudar que hubiera habido beso, ¿y si todo había sido producto de mi imaginación? ¡Qué estaba haciéndome ese hombre!

—Se pueden ver, pero en silencio, ahora mismo están comiendo y necesitan tranquilidad —prosiguió Noah como si tal cosa—. Venid por aquí. —Nos indicó el camino—. Bueno, campeón, ¿qué te cuentas? ¿Todo bien? —le preguntó Noah a Neil. ¿Y a mí no me preguntaba cómo estaba, tan insignificante era que no merecía ni un simple saludo? ¿Por qué me beso?

¿Para que cuando volviéramos a vernos hacerme sentir como un monigote?  
¿Había sido una venganza por responder a sus comentarios hirientes?

—Yo bien, *pedo* estoy *peocupado* —dijo Neil.

—¿Por qué, Neil?

—*Pod* mi *nonna*. Tiene que *buscad* una casa más bonita y está *tiste*.

—Pues igual yo puedo ayudarla. Donde vivo hay varios pisos vacíos; son muy bonitos, lo único malo es que el casero es un poco cascarrabias —contestó Noah.

Pero ¿qué había hecho mi hermanito? Sólo faltaba eso: mi *nonna* viviendo en el mismo edificio que el rompecorazones.

—¡*Nonna, nonna!* Noah te puede *ayudad*—dijo un feliz Neil.

—¡De verdad! No quisiera molestar, pero me pillas desesperada. A mi edad no esperaba tener que cambiar de casa. Una mala gestión de los dueños del edificio en el que vivo, han provocado que todos los inquilinos seamos desalojados y legalmente no podemos hacer nada. Sólo resignarnos y buscar otra casa.

Yo no podía decir nada. Veía a mi abuela tan entusiasmada con la posibilidad de encontrar un lugar donde vivir que no podía negarme a que viviera cerca del friki gruñón. De todas formas, tendría que ver el piso y podría ser que no le gustara, no estaba todo perdido.

—Gigi, ¿has visto qué suerte? Sin empezar a buscar, igual ya tenemos algo.

—¡Oh, sí, qué bien, súper! —Esperaba que mi entusiasmo no hubiera sonado demasiado falso. Sólo tenía ganas de salir corriendo, huir bien lejos y olvidarme de que un día el veterinario más odioso del Universo posó sus labios sobre los míos y como consecuencia me partió el corazón. Lo único que podía hacer era rezar y esperar que mi *nonna* no acabara siendo su vecina. Debía actuar rápido, y emplearme a fondo, para encontrarle un piso que estuviese cerca del mío. Otra vez debía poner a funcionar la maquinaria, y con rapidez.

## Capítulo 11

### *Noah*

Estaba hecho un lío. No tenía ni idea de relaciones amorosas, y menos con personas a las que supuestamente odias y con quienes, de pronto, de manera inesperada, surge la atracción. Era un auténtico desastre con patas.

Besé a Gigi, sí. Lo hice porque me apetecía y me gustó mucho, pero me quedé bloqueado y no supe cómo reaccionar ante mis propios impulsos. Y después me entraron las dudas: ¿Y si a ella no le gustó tanto como a mí? ¿Y si le desagradó? Ninguna mujer se había quejado nunca, pero quién sabe, en cuestión de gustos y de besos no estaba nada escrito.

Y no me hacía ni pizca de gracia sentirme así. A mí las chicas nunca me quitaban el sueño, ¿para qué? Nunca me había enamorado, ni sufrido por amor. Algunos dicen que es porque jamás me involucro sentimentalmente, pero soy demasiado sensible; si lo hiciese, acabaría con el corazón roto. Tuve un par de relaciones en las que a punto estuve de dejarme atrapar, en serio; eran chicas que me gustaban mucho, demasiado, pero cuando hicieron algo que me causó una extraña opresión en el pecho, supe que había llegado el momento de irme por donde había llegado. Tal vez fuera un cobarde al que no le gustara asumir riesgos. Pero lo hecho, hecho estaba.

Las mujeres son demasiado complicadas para mí. Su pensamiento es enrevesado y complejo. Le dan demasiadas vueltas a todo, jamás son claras ni directas con lo que sienten y lo que piensan. Y yo soy muy simple. Nunca me digas blanco si quieres decir negro, ni abuses en nuestras conversaciones de palabras como «bueno», «puede», «tal vez». O sí o no. No es tan complicado.

Además, ¿Gigi? Por Dios, ¡Gigi, la pija más estirada de Notting Hill! Bueno, en realidad es bastante menos pija de lo que aparentaba y... ¡Está tan buena! Que no, hombre, que no voy a andarme con rodeos. Gigi no sólo es guapa, que lo es, ni atractiva, que también. Gigi está muy buena. Pero no es para mí. ¿Me habéis visto? Si parezco el hermano mellizo del sillón mugroso de Calvin, y porque tengo padres, sino creería que él también me rescató de un mercadillo lleno de antigüedades y objetos de segunda mano. ¿Por qué una chica con su clase y estilo iba a interesarse por alguien que no recordaba la última vez que había ido a comprar ropa? Aseadito, sí, pero enemigo declarado de la moda.

Tenía que dejarlo pasar. Nos habíamos besado, pero un beso no era más que eso: un beso. Pasaría a la historia y en cuestión de semanas ya ni siquiera sería un recuerdo en nuestra memoria.

Calvin pasó varios días acosándome a preguntas sobre el tiempo que habíamos pasado a solas Gigi y yo, pero viendo que no soltaba prenda, decidió dejarme por imposible. Realmente, no había nada que contar.

Y mientras mi «no relación» con Gigi empezaba a ser agua pasada, la relación de Calvin con Nicole se afianzaba cada día más. Sus llamadas eran diarias, incluso se llamaban varias veces al día; y por el tono de voz de Calvin era fácil adivinar que estaba totalmente colgadito por ella. Él había ido a su casa alguna vez para recoger algunas de las pertenencias de Marcus, y nuestra habitación vacía se había convertido en el trastero del traidor. Lo llamé en varias ocasiones para que viniese a recoger su ropa y sus objetos personales, pero debía de estar viviendo algún tórrido romance con una jovencita porque no apareció nunca por casa. Al final opté por dejarle un mensaje amenazante en el cual avisaba que si no venía a por sus pertenencias, yo mismo las tiraría al contenedor de basura. Todos queríamos que Marcus desapareciera de nuestras vidas, pero la presencia de sus cosas era el elemento distorsionador que nos lo recordaba siempre.

—El viernes viene Nicole a cenar —me anunció Calvin, nervioso y emocionado a la vez.

—Bien.

—¿Sólo bien?

—Sí. ¿Qué quieres que te diga? Es Nicole, no la reina de Inglaterra.

—Pues quiero que la trates como si lo fuera.

—Calvin —dije en tono paternal, como si mi compañero de piso estuviera perdiendo la perspectiva.

—¿Qué?

—Me asusta verte así. Me da miedo que acabes sufriendo.

—Noah, yo no soy tú.

—¿Qué quieres decir con eso?

¿Qué insinuaba, qué tenía de malo ser yo? Yo llevaba siendo «yo» toda la vida y no me había ido tan mal.

—¿Vas a decirme que no te gusta la pelirroja?

—No, no me gusta —mentí.

—¿A quién quieres engañar?

—A nadie.

—No, está claro que no engañas a nadie. Todo el mundo ve cómo la miras, pero es muy triste que tú no quieras darte cuenta.

—Déjalo.

Lo que menos me apetecía en ese momento era que Calvin me psicoanalizara.

—No, no quiero dejarlo. Me gusta Nicole, y creo que yo también le gusto a ella. Además, ahora es una mujer libre y no hay nada que me impida seducirla. Y a ti te gusta Gigi, y ella también te pone ojitos, así que es del género Tonto no intentar tener algo con ella.

Calvin, de la noche a la mañana, se nos había convertido en el Doctor Amor.

—Tú lo has dicho muy bien antes: yo no soy tú.

—Pues deberías parecerte un poco más a mí.

—¡Dios no lo quiera! —exclamé a lo Escarlata O'Hara.

—Siempre he sido yo el inmaduro e infantil, pero en esta ocasión tu inmadurez supera la mía con creces.

Le hice la burla.

—Paso de ti —me dijo y se fue, enfadado.

Y casi, como un puñetazo en la boca para que me comiera todas mis palabras, llegó el viernes por la noche. Cuando llegué a casa, Calvin estaba peleándose en la cocina con un montón de sartenes, cacerolas y platos sucios. Era un gran cocinero y nada conseguía arruinarle la comida, pero parecía estresado y a punto de perder el control. En una mano tenía una cuchara de madera y en la otra un tenedor, y no sabía a qué atender. Finalmente, intentó dejarlos sobre la mesa para darse un respiro, pero se le cayeron al suelo. Maldijo a voz en grito. Hizo el gesto de oler como un perro sabueso y puso cara de desagrado, abrió el horno y empezó a soltar una larga retahíla de improperios, como si el *brownie* de chocolate fuese el causante de su ataque de nervios.

—Voy a ducharme. Se me ha meado un mono encima. —No era cierto pero esperaba darle pie a reírse un rato de mí. Sin embargo, mis palabras no tuvieron ningún impacto en su cabeza. Podía haberme vomitado encima un elefante que a Calvin iba a darle igual.

Y viendo que a mi compañero mi presencia le era indiferente, me alejé de su campo de actuación para no correr el riesgo de que me lanzase el

cuchillo jamonero.

Casi una hora después sonó el timbre. Era Nicole. Calvin no sólo había acabado la cena a tiempo, sino que además, había recogido la cocina, había puesto la mesa con delicadeza femenina (mantel limpio, vajilla conjuntada, copas de vino recién compradas en las que podías sumergirte y bucear, y ¿una vela?) y se había acicalado como un verdadero dandi (pelo aún húmedo por la ducha y ropa limpia y planchada, ese era nuestro concepto de la elegancia). Abrió la puerta y la recibió con un saludo tembloroso. Pero no era para menos, Nicole estaba tan guapa que hasta yo tenía que esforzarme por no tartamudear. Me recordaba a Arwen, la medio elfa del «El señor de los anillos», con el añadido de haberse pintado los labios con un rojo muy vivo que le daba un aire muy sensual. Además, sus ojos azules brillaban de un modo muy especial. Ya no había nostalgia en su mirada, había ilusión. Y pensándolo bien, Calvin tenía cierto parecido con Aragorn, aunque llevase el pelo más corto y jamás lo pudiese ver como capitán de un ejército y mucho menos, como un rey. Ya bastante tenía con poder organizar, dirigir y liderar su propia vida. Pero aunque me costase reconocerlo, entre aquellos par de personajes saltaban chispas.

—Ven, dame tu abrigo —se ofreció caballeroso mi galante amigo mientras le quitaba con delicadeza el abrigo.

Y Nicole se limitaba a sonreír y a dejar caer las pestañas de forma muy seductora. Probablemente, también estuviese nerviosa y fuese incapaz de articular cualquier palabra por corta que fuese.

—¿Te apetece una copa de vino? —preguntó el gran anfitrión.

Un sí casi imperceptible salió de la boca de nuestra amiga.

¡Dios mío!, estaba siendo testigo de una auténtica primera cita. Jamás los había visto así a ninguna de los dos y empezaba a estar seguro de que yo sobraba en medio de aquel par de tortolitos.

Calvin le sirvió vino a su invitada y le pidió que se sentase en el sofá y a continuación, me acercó una copa para mí y se sirvió otra para él.

Era una situación muy incómoda y aunque quise hablar un poco con Nicole para romper el hielo, por el modo en el que miraba a Calvin, sabía que no era conmigo con quién quería hablar.

¿Por qué no me había pedido Calvin que los dejase a solas? Era cierto que podía haberme ofrecido yo, pero no pensé que en aquella cena iba a haber semejante nivel de tensión sexual. Al final, el hombre más imperfecto del

mundo, después de mí (yo me guardaba ese honor) iba a tener razón. Tal vez, repito, tal vez, había que arriesgar en el amor.

—Chicos, qué idiota he sido, acabo de recordar que he quedado. — Tenía que buscar el modo de salir de allí y dejarlos a solas.

—¿Cómo? No me habías dicho nada —dijo Calvin, sorprendido sin adivinar mis verdaderas intenciones. ¿Cómo podía ser tan pardillo?

—Sí, había quedado, para... Ya sabes... Ver esa película que tiene ese tráiler tan guay... ¿Cómo se llamaba?

¡Qué mal se me daba improvisar!

—¿El Episodio VIII de Star Wars?

—Sí, ese mismo. Star Wars, ¡cómo no me había acordado!

¿Cómo podía ser tan despistado?

—Noah, qué suerte que puedas verla —dijo un Calvin, emocionado.

—¿Sí, verdad? Ya te contaré.

—Yo esperaré a que la estrenen en diciembre de 2017 —espetó sin piedad.

—Bueno, me voy. —Me había pillado, ¿y...? Le estaba haciendo un favor.

—No tienes por qué hacerlo —protestó Nicole con timidez.

—Sí, lo sé, pero *quiero* hacerlo.

Salí de casa un poco disgustado porque no había confiado demasiado en los sentimientos de Calvin hacia Nicole, y debía reconocer que me había equivocado. Era tan escéptico en relación al amor que no veía posible que entre dos de mis mejores amigos pudiera surgir una bonita, intensa, profunda y duradera relación.

Caminé durante un par de horas sin rumbo, auto-convenciéndome de que igual debería bajar la guardia y relajarme. ¿Y si me enamoraba y eso me hacía ver la vida en technicolor? Y después de divagar y divagar, acabé de nuevo en nuestro portal, pero no quería interrumpir a mis amigos y se me ocurrió (así soy yo de insensato) ir a visitar a mi casero.

—Invítame a un whisky —le ordené en cuanto abrió la puerta.

—¿Estás borracho? No deberías beber más.

Mi visita le había sorprendido y a mí también.

—No estoy borracho. Sólo me apetece que me invites al whisky más caro que tengas.

—¿Y por qué debería hacerlo?

¿Debía ser directo aunque resultara doloroso?

—Por las decenas de veces que me has dado por saco...

—Venga, vale, quizá me divierta tu compañía.

Me hizo pasar.

Todas las veces que había ido a su casa, lo había hecho víctima de un gran enfado, y jamás me había fijado en la exquisita decoración de aquel lugar. Era el paraíso del orgullo masculino. Sillón reclinable de esos que dan masajes, televisión de plasma de trepoientos mil pulgadas, mesa de billar, una mesa redonda de madera de las típicas de los salones del Oeste en la que me imaginaba que había desplumado a Calvin y en una esquina, un mini bar, que de mini no tenía nada. Sacó una botella y con una destreza propia de un barman, echó un par de cubitos en unos vasos de whisky.

—Espero que lo disfrutes porque cuesta trescientas libras la botella.

—¿Quién se gasta tanto dinero en un whisky?

—Alguien a quien el único placer que le queda es disfrutar de la vida.

—Pues ya veo que... —comencé a decir cuando un grito proveniente del piso de abajo nos sobresaltó.

Los dos nos quedamos en silencio y los gritos se fueron sucediendo con rapidez uno detrás del otro. Dejamos rápidamente el whisky sobre la barra del bar y fuimos corriendo escalera abajo. No tardé en distinguir la chirriante voz de Marcus insultando a Nicole y amenazando a Calvin.

—¡Cállate, Marcus, y lárgate de aquí si no quieres que te parta la cara! —le gritó Calvin, que parecía muy alterado.

—¡No me iré de aquí mientras estén dentro *mi* ropa y *mi* mujer! Tú eres un ladrón y tú eres una pedazo de....

No le dejé terminar la frase. No iba a permitir que aquel impresentable les faltara al respeto a mis amigos, así que un gancho de derecha fue a parar directamente a su ojo. Le dejé tan noqueado que no fue capaz de devolverme el golpe.

—Serás hijo de... —dijo todavía atontado por el golpe.

—¿Qué quieres, tu ropa? Yo te la daré.

Nuestro casero había decidido tomar parte activa en aquella pelea. Me preguntó dónde teníamos guardadas las cosas de Marcus y él mismo se encargó de lanzárselas, una tras otra.

Marcus estaba acorralado por cuatro personas que no soportaban su presencia, y poco a poco fue haciéndose pequeño, incluso a punto estuvo de

ponerse a llorar.

—Tú te vienes conmigo —le ordenó a Nicole.

—Yo no voy contigo a ninguna parte. Ya no soy nada tuyo.

—¿Qué te crees, que este niño que lo único que sabe hacer es matar marcianitos en una consola, te va a hacer feliz?

—Ya me hace más feliz de lo que tú me has hecho nunca.

Mi casero sacó su última maleta y sentenció un: ya tienes todo lo que te pertenece, antes de cerrarle la puerta en las narices.

—Venga, Noah, dos whiskys nos están esperando —me dijo con una intuición impropia de un hombre, para que dejásemos solos a los tortolitos que parecían estar deseando abrazarse pero no lo hacían porque estábamos nosotros delante.

No sé cuántos whiskys nos bebimos pero me fui de casa de mi casero con la sensación de que había hecho un nuevo amigo. Con todas sus excentricidades de viejo loco, era un buen tipo.

Abrí la puerta y el piso estaba en silencio. Calvin estaba en su dormitorio y el abrigo y el bolso de Nicole estaban colgados en el perchero de la entrada. Aquella noche iba a tener un final feliz.

Al día siguiente, me levanté con una sensación extraña. Me sentía raro, inquieto. Calvin y Nicole no habían salido de la habitación y se oían risitas de fondo. El amor estaba en el aire y yo sentía un vacío enorme en el estómago. Me comí un trozo de *brownie* con la esperanza de sentirme mejor, pero nada, seguía con esa terrible angustia. Tal vez me hubiese pasado con el whisky, aunque no creía que mi casero me hubiese dado garrafón. Sabía distinguir un alcohol bueno del matarratas.

Me fui a trabajar. No me apetecía, pero era lo que había. Y después de unas horas de lo más tranquilas, una visita inesperada convirtió mi vacío estomacal en un auténtico agujero negro. Neil, el hermano de mi pelirroja, quería ver a Peppa y venía escoltado por Gigi y por la abuela de esta. Y otra vez volví a bloquearme. Seguramente se pensaron que era tonto de remate porque me costaba muchísimo hablar y cuando lo conseguía, era incapaz de mirar a Gigi. Estaban tan, tan guapa.

Era absurdo. Nunca había sido mía y ya la estaba perdiendo.

## Capítulo 12

### *Gigi*

Estábamos a jueves y la búsqueda de piso para mi abuela había sido infructuosa. Para acabar de arreglar el día, esa tarde debía acompañarla a ver el piso en el edificio del veterinario. Así no había manera de pasar página, aunque ya lo tuviera decidido: ese viernes, como había quedado con las Lovely GRRR para cenar en casa, les explicaría a modo de catarsis lo que había sucedido con Noah, y de esa forma zanjaría la historia de una vez por todas. Era consciente de que al ser Ralph y Calvin amiguitos, en el futuro fuera más que probable que coincidiésemos y si además, mi *nonna* acababa siendo su vecina, subía exponencialmente la probabilidad. Pondría todas las cartas sobre la mesa, por un lado, con mis amigas y por otro, con Noah. Con él decretaría una tregua. Después de lo vivido en el zoo, tenía más que claro que entre él y yo nunca habría nada. Ese beso tuvo que haber sido fruto de la resaca.

Eran las seis de la tarde cuando me avisaron de que en recepción me esperaba mi abuela. Recogí rápidamente para salir y cerrando la puerta de mi despacho, oí unos gemidos que provenían del cuarto de la fotocopias. No quería hacer esperar a mi *nonna*, pero la curiosidad imperaba. Tenía que saber quiénes se lo estaban pasando tan bien haciendo fotocopias. Entré de nuevo en mi oficina, sin encender la luz y sin cerrar la puerta del todo, permitiéndome ser testigo en primera fila de la salida de los fotocopiantes felices. Por suerte, no tuve que esperar mucho. Primero salió Deborah la Lewinsky colocándose la ropa y detrás... *OMG!* Jake, el gordo seboso de nuestro director creativo con una tremenda sonrisa de felicidad en su asqueroso rostro. Ahora lo entendía todo, ¡los rumores eran ciertos!, Deborah debía de ser muy buena haciendo lo que hacía y con un estómago, ¡puf!, ¡vaya ascazo!, menuda trepa estaba hecha la tipeja.

Me dirigí, por fin, a recepción donde estaba mi abuela esperándome, intentando asimilar lo que había visto. Por suerte, yo no tenía que recurrir a ciertos trabajos manuales u orales para obtener buenos proyectos. La Campaña de Champú para perros ya no me parecía tan mala. El día empezaba a mejorar un poquito.

—¡Hola, *amore!* Parece que has tenido un buen día, estás radiante —me

saludó mi *nonna*.

—¡Oh, abuelita, no lo sabes tú bien! —le dije, acercándome a ella y dándole dos sonoros besos en las mejilla.

—Espero que el día siga mejorando y tengamos suerte con lo de mi piso.

—Ojalá así sea, *nonna* —le dije sinceramente.

Salimos en busca de mi *Cherry Car* que estaba aparcado cerca de la oficina. Aunque estaba empezando a llover, entramos casi sin mojarnos y nos pusimos en marcha hacia el edificio de Noah. Después de casi una hora y media en el coche debido a la caravana provocada por la lluvia, llegamos. Debía ser mi día de súper suerte, ya que justo cuando llegamos, un coche salía y pude aparcar en la puerta del edificio, y con paraguas en mano, nos dirigimos hacía la entrada.

—Gigi, toca el timbre de la portería —me indicó mi abuela.

Pulsé el timbre dos veces y esperamos.

—¿Quién es? —preguntó la voz.

—Buenas tardes, soy la señora Giovanna. He quedado con el señor Sean, para ver un piso —contestó mi *nonna*.

—Buenas tardes, soy el señor Sean. Cojo las llaves y voy, espérenme en la puerta de entrada.

—¿Puede abrirnos, por favor? Está diluviando —le rogué al hombre que hablaba al otro lado del telefonillo.

—Sí, desde luego.

Y diciendo esto nos abrió la puerta principal.

Entramos y la entrada nos gustó, estaba bastante bien, le hacía falta una mano de pintura pero por lo demás estaba genial. Mi abuela estaba muy nerviosa, tenía muchas esperanzas en poder solucionar aquel día el tema de su vivienda.

—Está muy bien el edificio —comentó entusiasmada pero precavida al mismo tiempo.

—Pues sí, aunque una mano de pintura no le vendría mal. Esperemos a ver el resto para hacernos una idea —le dije con cierto recelo, y acto seguido escuchamos unos pasos que se acercaban a nosotras. Nos giramos para ver quién llegaba y vimos a un señor mayor que nos sonreía afable. Y puedo asegurar que era clavado al mismísimo Sean Connery, el actor preferido de mi *nonna*.

—Buenas tardes, Noah no me dijo que hoy iban a venir dos hermosas

mujeres a ver uno de mis pisos. Si llego a saberlo les pongo la alfombra roja para recibirlas —dijo el amable caballero, acercándose a nosotras.

—¡Oh, cielos, vaya recibimiento! ¡Qué amable es usted! Muchísimas gracias, pero sólo somos una señora desesperada por encontrar casa y su hermosa nieta —contestó mi abuela, muy coqueta. ¡Estaba alucinando! La señora Giovanna había empezado a flirtear con Sir Connery, el casero.

—¿Nieta? Pero si parece usted su madre —dijo, embelesado—. Disculpe mi mala educación, admirando tanta belleza junta no me he presentado como Dios manda. Soy Sean, el dueño y casero de este humilde edificio —nos dijo, acercando su mano.

—Buenas tardes, soy Gigi, la nieta de este bellezón —me presenté con un poquito de sorna.

—Encantado —me contestó el casero sin dejar de mirar a mi nonna—, y usted es el bellezón. No puedo estar más de acuerdo con su nieta, ya veo de donde ha sacado ella tanta hermosura —dijo acercando sus labios a la mano de mi abuela.

¡Por Dior! Estaba siendo testigo de un flechazo de corazones maduros en toda regla. El rubor en la cara de mi abuela me lo certificaba.

—Pasen por aquí, el piso está en la segunda planta, cogeremos el ascensor —nos dijo el casero y ¡sorpresa!, mi abuela se agarró a su brazo y le hizo una caidita de ojos.

¡*Santa Madonna!* Mi abuela estaba desatada, ¡me cortan y no sangro!, desconocía su faceta de loba, no sabía si reír o llorar, o simplemente aprender de una maestra del arte de la seducción. El pobre casero estaba perdido, había caído en sus redes.

Entramos en el ascensor para subir al segundo piso. Yo seguía perpleja ante los avances de los abueletes. ¡Cómo se miraban! no se cortaban ni un pelo, una mano por aquí, un roce por allá. ¡Que hay menores delante, por favor! Estaba alucinada. Ver a tu abuela en pleno ligoteo no tenía precio. Se la veía radiante y feliz y creo que si yo no hubiese estado allí, habrían pasado a mayores. Supongo que a ciertas edades, no se está para perder el tiempo.

Al salir del ascensor, nos encontramos con una pareja que quería entrar.

—¿Gigi? —oí que decían.

—¡Ah! ¡Hola, Calvin!, ¡Qué despiste! No me he dado cuenta de que eras tú. He venido con mi abuela —le dije, señalando a mi *nonna*, que se iba con el casero sin darse cuenta de que me había quedado atrás.

—¿Qué haces en nuestro edificio? —preguntó, sorprendido.

—¿No te ha dicho nada tu amigo? —le pregunté a Calvin.

—Últimamente, no coincidimos mucho —me dijo, ruborizándose, cuando me di cuenta de que, a su lado y cogida de la mano, tenía a una chica guapísima.

—Entiendo. ¡Hola! Soy Gigi, una amiga de Calvin —me dirigí a la chica que estaba junto a Calvin.

—Hola, soy Nicole, la ami... —reculó—, ¿novia? —le preguntó a Calvin.

—Sí, bueno, llevamos poco tiempo. Es mi novia, Nicole —dijo con timidez.

—¡Cómo me alegro! Hacéis una pareja divina. Ahora que lo dices, creo que el otro día me comentó algo Ralphy —dije yo.

—¿Tú también conoces a Ralphy? ¡Oh, entonces debes de ser la pelirroja de Noah! ¡Uy, creo que he hablado más de la cuenta! —Debió de notar Nicole mi cara de espanto.

¿La pelirroja del veterinario? Tranquila, Gigi, me dije para calmarme. ¡Pobre, qué equivocada está!, pensé para mí.

—¡Yo no soy la pelirroja de nadie! —Esperaba no haber sonado muy dura—. Pero si conozco a Ralphy, es una de mis mejores amigas. ¿La conoces?

Calvin nos miraba nervioso, sabía que su novia había metido la pata y ella se mostraba apesadumbrada.

—No, pero Calvin me ha hablado mucho de ella. Gigi perdona por el comentario de antes, no quería ser inoportuna, a veces no tengo filtro.

Nicole se disculpó con sinceridad. ¡Me gustaba esa chica!

—Nicole, tú sí debes perdonarme, no debí contestarte de malas maneras, normalmente suelo ser bastante agradable. Debe de ser que, con tanta lluvia, se me agria el carácter —le dije. Calvin sonrió tímidamente y Nicole se relajó—. Calvin, tenemos que hacer algo. Nicole tendría que conocer, ¡qué digo, debe conocer a nuestra Ralphy ya!

—Eso está hecho. ¿Tenéis plan para este sábado? —me preguntó Calvin.

—En principio no.

—Pues háblalo con las chicas. Podemos quedar el sábado todos para cenar y luego, si nos apetece, ir de copas.

—¡Sí, estaría genial! —Nos interrumpió Nicole—. Tengo unas ganas

locas de conocer a Ralphy y no sabéis el tiempo que llevo sin salir a pasármelo bien.

—Decidido, hablo con las chicas y este sábado nos vamos todos de cena y copas. Bueno, parejita me voy, que he venido a acompañar a mi *nonna* a ver un piso, ¡igual acaba siendo vecina vuestra! —les expliqué.

Nicole se acercó y me dio dos besos en forma de despedida.

—¡Hasta el sábado, Gigi!

Calvin se acercó también para darme dos besos.

—Noah, también vendrá —me dijo en voz baja.

—Contaba con ello —le respondí, guiñándole un ojo y despidiéndome al mismo tiempo. No quería que notase mi nerviosismo. Le sonreí y me fui de allí, tenía que ver cómo iba la *first date* entre los abueletes.

De camino al piso que estaba visitando mi *nonna*, tomé la determinación de tener la charla con Noah. Si el sábado teníamos que vernos, no podía demorarla mucho. Escuché reír a mi abuela. No me echaba de menos, estaba más que bien atendida. Era ahora o nunca y antes de que la fuerza y el valor me abandonasen, bajé a la planta inferior para mirar los buzones y averiguar en qué puerta vivía Noah.

Y allí estaba yo, echa un manojo de nervios, esperando a que Noah abriese la puerta. Después de llamar varias veces, mi corazón latía tan fuerte que era incapaz de oír más allá de él. Igual el veterinario gruñón había salido, o podía ser peor, ¿y si me abría la puerta una mujer? Estaba empezando a flaquear, mi fuerza y mi valor estaban haciendo aguas y sólo tenía ganas de huir. Empecé a darme la vuelta para irme por donde había venido, cuando se abrió la puerta.

—Pero... ¿se puede saber qué haces tú aquí? —dijo Noah entre sorprendido y enojado. Sabía que no me lo iba a poner fácil.

—¡Qué amable! —Noah iba a decir algo, cuando le puse mi mano delante para que no continuase—. Te pido por favor que no me interrumpas, voy a ser muy breve. En primer lugar y para que te quede claro, sé que el beso que nos dimos no significó nada —solté la mayor mentira de mi vida sin pestañear, para mi había sido muy especial pero debía seguir ahora que estaba lanzada, respiré profundo y continué—: Como parece que tenemos amigos comunes y vamos a coincidir en el futuro, por no hablar de que es muy probable que mi abuela acabe siendo vecina tuya o algo más... ¿quién sabe?... No estoy dispuesta a dejar de ver a mis amigos para no coincidir contigo, lo

siento, les quiero demasiado y por unas ridículas desavenencias entre nosotros, no les quiero incomodar. Lo más inteligente sería que firmásemos una tregua e intentásemos tolerarnos. Yo prometo no hacer ningún comentario que pueda herir tu sensibilidad, ni nada que pueda hacerte sentir mal. Te propondría ser amigos pero soy bastante realista. Así que, podemos ser simplemente conocidos bien avenidos. ¿Tregua? —Estaba sorprendida de mí misma, había conseguido controlar mis nervios y lo había dicho todo del tirón. ¡Ya era hora que el friki gruñón dejara de pensar que yo era la típica niña pija estirada!

—No sé qué decirte, Gigi —contestó Noah sin mirarme a la cara.

—¿Pero a ti qué te pasa? —Bufé y respiré hondo antes de seguir. No se podía ser más desconsiderado, no estaba proponiéndole nada descabellado—. ¿Tan difícil es para ti tolerar mi presencia? —cambié el tono y aumenté la intensidad.

—No, no es eso.

Por fin levantó su mirada del suelo y nuestras miradas se cruzaron.

—Entonces, vamos a comportarnos como adultos que somos. Cuando coincidamos nos saludamos educadamente y nos olvidamos de que estamos allí, nos centramos en las personas que de verdad importan y ya está. Te repito: prometo no hacer ningún comentario que pueda ofenderte.

—Puf, puedo... No sé... —seguía indeciso Noah.

—Está bien, no voy a insistir más; te digo lo que hay. Este sábado hemos quedado todos para conocer a Nicole, la pelota está en tu tejado. Si quieres venir, serás bienvenido..., y si no, tú te lo pierdes. —Y sin más, me marché de allí. Pero, ¿qué le pasaba a ese tipo? No podía haberme arrastrado más, y eso que sólo fue un beso; si nos llegamos a acostar, solicita mi extradición del país.

No quería pensar más, yo había hecho todo lo posible por firmar una tregua. Subí al segundo piso y me dirigí a la puerta que estaba abierta al fondo; no se oía nada, ¡a ver si ese no era el piso! Entré sin hacer ruido y... *OMG!* Menudo morreo le estaba dando el casero a mi *nonna*, ¡qué fogosidad, iban a quedarse sin aire! Decidí volver sobre mis pasos para volver a entrar, haciendo notar mi presencia antes de que señor Sean empotrara a mi abuela.

Por si alguien lo dudaba, mi abuela se quedó el piso; aunque yo no tuviera claro dónde dormiría cada noche. Estaba exultante de felicidad, había encontrado casa y un rompebragas senior. ¡Qué suerte tienen algunas! Estaba

feliz por ella.

—Bueno, *nonna*, ¿feliz? Ya has encontrado piso y más... —le comenté para ver cómo reaccionaba.

—Sí, no puedo negarlo. Pero ¿y más por qué?

—No me dirás que el casero no te hace un poco tilín —dejé caer como quien no quiere la cosa.

—Hombre, para su edad está bastante bien; no me negarás que tiene un aire a Sean Connery y, ¿qué quieres que te diga? A nadie le amarga un dulce —contestó mi abuela como si nada, pero yo tenía que insistir:

—¿Y qué tal besa el clon de Connery?

—¡*Santa Madonna!* Nos has visto, ¡qué vergüenza! —dijo mi abuela ruborizándose.

—Vergüenza, ¿por qué? Ya era hora de que te echaras un novio.

Era feliz por mi abuelita, al menos a ella le sonreía el amor.

Salimos del edificio con los deberes hechos y mi *nonna* con novio. Después de todo, el jueves no había sido tan mal día, y eso que la lluvia se había convertido en diluvio.

Con el viernes llegó la cena con las *Lovely* GRRR. Tenía ganas de abrirme a ellas y soltarles todo lo que llevaba dentro. Esperé a que Ralphy les explicara, sin entrar en detalles, que estaba súper *in love* con un Lord; no quería precipitarse, y me pidió que de momento no les explicara a las hermanas la situación de su amado. Ellas, gracias a su salón de belleza, conocían a bastante gente de la nobleza londinense y, para desgracia nuestra, Rona no sabía guardar un secreto y podía escapársele y llegar a la familia del Lord.

—Chicas, os tengo que contar... —empecé a explicarles toda mi historia con Noah sin dejarme nada; las caras de las *sisters* eran un poema, pero quien de verdad me preocupaba era Ralphy. Su reacción podía ser explosiva—. Y eso es todo, chicas.

—¡Eso es todo! Tienes suerte de que hoy estoy *désolé* porque no he visto a mi *Lorve* en toda la semana —gimoteó Ralphy—; si no, llamaba al Rey Leónidas para que juntara a sus 300 y ajustarle las cuentas a cierto veterinario.

—Ralphy, eres lo más. Y ¿dónde está tu Lord? —preguntó Rina.

—Está en Irlanda y yo muero de amor. Y lo peor es que aún no sabe qué día regresa.

—¡Ralphy, *amore!* Anímate. ¡Qué cabeza la mía! El otro día coincidí

con Calvin. ¿No has hablado con él? —le pregunté a Ralphy.

—Sí, me llamó ayer. ¿Ves cómo estoy? Esto de guardar ausencias no es lo mío, quiero que venga mi *Lorve*, ¡ya! —volvió a gimotear Ralphy.

—¿Te comentó lo de la cena de mañana? —pregunté dirigiéndome hacia Ralphy que contestó afirmativamente—. Venga, *cara*, nos vendrá bien salir y despejarnos un poco —le dije, haciendo pucheritos.

—Podríamos preparar la Operación Zumba II porque, al final, a Gigi y a mí nos van a salir telarañas —dijo Rona con el clásico humor que la caracterizaba.

—¡Uy! Yo no puedo. —Esta vez fue Rina quien habló, sonrojándose al mismo tiempo—. La semana pasada conocí a alguien.

—Oh, sí, cuenta Rina, ya decía yo que hoy te veía diferente —dije yo. —Bueno, es el pastelero del pueblo de mis padres. Se llama Jay y es monísimo, ¿Verdad, *sis*? —le preguntó a su hermana, que asintió con vehemencia—. Mañana tenemos una cita y tengo los nervios *en modo on*.

La noche continuó y después de unas cuantas copas y muchas risas, quedamos para el sábado, pero antes les hice prometer a mis chicas, que en caso de que Noah se presentase a la cena, se comportasen con normalidad sin hacer ningún tipo de comentario. Ralphy era la que más me preocupaba, sabía a ciencia cierta que no se mantendría al margen. Me temía una Ralphyrada.

Y llegó la noche del sábado, no estaba nada nerviosa, tenía muchas ganas de pasarlo bien y divertirme con mis amigos. Llegamos al restaurante y allí sólo estaban Calvin y Nicole. Darme de bruces con la realidad fue un mazazo. En el fondo, muy en el fondo, albergaba la esperanza de que Noah hubiera aceptado mi tregua, pero estaba claro que no le interesaba ni como una simple amiga. Fue una gran decepción. A pesar de todo y aunque me negase a reconocerlo, lo único que deseaba era verle

## Capítulo 13

### *Noah*

Era tonto de remate, eso lo tenía claro, pero es que no me dio la oportunidad de hablar y decir lo que pensaba sobre nosotros, sobre nuestra relación, sobre nuestro beso. Aunque conociéndome, si me hubiera dado la oportunidad de expresarme, me habría quedado en blanco. Gigi quería dejar pasar lo ocurrido y que nos limitásemos a tener una relación cordial. Pero yo no quería eso, yo quería algo más. No sé el qué, cómo, ni hasta cuándo, pero necesitaba saber hacia dónde podía llevarnos nuestro único beso.

Ni me iba a rendir, ni lo iba a dar todo por perdido. El destino y la providencia estaban de mi parte y habían querido que su adorada abuela acabase siendo mi vecina. Por si no me llegaba con que Calvin y Ralphy se hubiesen convertido en inseparables, la fortuna me había regalado la mejor de las casualidades. Y como guinda del pastel, en un par de días, mi pelirroja y yo acabaríamos compartiendo cena y amigos.

Calvin había reservado una mesa en el *Fifteen*, que resultó ser uno de los restaurantes favoritos de Ralphy y Nicole. Habíamos quedado allí a las ocho y yo tendría que ir sólo ya que Calvin y Nicole saldrían juntos desde la casa de ella. Estaba perdiendo a mi amigo por momentos, pero aunque ya me veía viviendo solo en un futuro no muy lejano, me alegraba verle tan feliz. Jamás lo había visto así, parecía un niño inocente que piensa que todos los días son Navidad.

Aquella noche tenía que ser la gran noche. Tenía que demostrarle a Gigi mi interés por ella, pero antes debía evaluar si tenía posibilidades reales. Me aterraba hacer el ridículo más espantoso y que una negativa hiriese mi orgullo y mi hombría. Tal vez me equivocaba, pero a pesar de sus palabras y de su frialdad, sentía que había química entre nosotros. Aunque, ¿qué sabría yo de la química si era un patán emocional?

Me sentía confiado, sí, me llenaría de valor y sería de esos hombres que con un solo gesto consiguen todo lo que quieren. Abrí el armario en búsqueda de ropa para salir de caza, era el hombre, el macho alfa... (Me estaba viniendo arriba) y mi seguridad se esfumó a la velocidad del rayo. Cinco vaqueros usados hasta la saciedad, camisas que no se pondría ni un leñador de Alaska, camisetas de Juego de Tronos, Big Bang Theory, Los Soprano,

Walking Dead... (¡mierda! después de tantos años viviendo con Calvin, me había convertido en un friki como él), un anorak verde militar, sudaderas básicas en colores tan dispares como el color de las berenjenas o azul wáter de los años 50 y mi chupa, sí, esa reliquia que aún me cautivaba con su fragancia a piel de la buena, ¿o sería mugre? Tenía un problema muy grave, ¿cómo iba a conquistar a una chica de Notting Hill si parecía un paleta salido de una aldea del sur de Gales? Ojalá hubiese conocido a Ralphy antes, le llamaría y le diría: Hola, hombrecito ambiguo, tu amiga pelirroja está más buena que una Ángel de Victoria's Secret y necesito que me conviertas en el hombre capaz de conquistarla. Era ridículo. Podía llamar a la tele y apuntarme a uno de esos programas de cambios radicales. Pero tonterías aparte, debía vestirme y enfrentarme a la realidad. Era lo que era: el mayor desastre de la belleza masculina.

No tenía opción, así que me puse un vaquero, una camiseta negra desgastada y mi cazadora de cuero. Me miré al espejo y observándome con objetividad, era resultón e incluso, podía pasar por un tipo atractivo. Mi pelo largo y ligeramente ondulado me daba un aire misterioso y salvaje y mi barba, iba a favor de la moda y de las tendencias. Seguro que triunfaba.

Volvía a tener otros subidón de autoconfianza cuando me subí en el coche. Él nunca me fallaba. Mi todoterreno había sido mi único gran capricho y éramos compañeros inseparables. Dos rebeldes aventureros abriéndose paso sobre el asfalto de la gran ciudad. ¡Pero la madre que lo...! ¿No tenía pensado arrancar?, ¿dónde estaba la cámara oculta?

Respiré hondo e intenté calmarme. Todos los problemas tienen solución. Me obligué a calmarme para poder pensar con sentido común. ¿El coche no arrancaba? Pues tendría que buscarme otro medio de transporte. No tenía mucho en dónde elegir, el único vehículo de cuatro ruedas de aquel garaje era mi pequeño traidor. Sólo podía escoger entre el patinete de Calvin y la bicicleta de Sean que parecía del siglo pasado. Toqué las ruedas para comprobar si tenían aire y al ver que sí, creí que la suerte volvía a estar a mi favor y de un saltó, me senté sobre el sillín.

Aquella noche estaba perdiendo la perspectiva. Mi estado de ánimo daba más vueltas que el trasero de una bailarina de cancan. Gigi me estaba volviendo loco y había sido tan imbécil como para ir al restaurante en bici en pleno invierno, en lugar de haber tenido la lucidez de haber llamado a un taxi. Sería gili... Y aún encima no tenía ni idea de cómo llegar y me había olvidado

el móvil dentro del coche y no podía avisar a Calvin de que llegaría tarde, ni usar el maldito GPS.

Le tuve que preguntar a un par de viandantes, que a pesar de creer que estaba chiflado, me respondieron con bastante amabilidad, y conseguí llegar al restaurante con sólo media hora de retraso.

Entré jadeando y con aspecto de haber corrido una maratón. Calvin se preocupó porque creyó que me había sucedido algo grave.

—El coche no arrancaba y no se me ha ocurrido nada mejor que empezar a entrenar para el tour de Francia —le expliqué a todos con la voz entrecortada.

—Uy, un chico deportista, como a mí me gusta. ¡Qué bien te sienta el sudor, Noecito! Ya puedo imaginarme tu abdomen repleto de abultadas abdominales —aquel ser extraño no tenía remedio.

—Raphaëla, no empieces, sabes que no soy tu tipo —quise poner fin a sus flirteos sin sentido.

—Sí, Ralphy, apunta más alto, a la nobleza para ser exactos —dijo Gigi dejándola atónita.

—Calla, pécora, es un secreto —le reprendió su amiga.

—Pues ya no, así que danos más detalles —una de la fotocopias insistió para que contase todo con lujo de detalles.

Ralphy nos contó su gran historia de amor con más entusiasmo del que quería aparentar. Su secreto deseaba que lo sacaran a la luz. Era buena ella, o él, para hacerse la reservada.

—Y aunque me encanta hablar de mí y de mi Lord, quiero volver a lo de antes —finalizó su confesión.

—¿A las abdominales de Noecito? —preguntó Calvin divertido.

—No, amor, a algo mucho más profundo. Noah, es cierto, no eres mi tipo, a mí me gusta el aroma a rancio de la aristocracia, pero te voy a confesar un secreto: eres el tipo de alguien que está sentado alrededor de esta mesa.

—¿Hombre o mujer? —pregunté siguiéndole el juego sin saber a dónde quería llegar.

—No interrumpas mi momento a lo Agatha Christie —me increpó con teatralidad.

—Perdón —me disculpé de igual modo.

—Es una mujer y aunque si te dijese su rasgo más característico, sabrías quién es en cuestión de segundos; te daré una pista: le delata su cara de

culpabilidad.

—Ya te vale, Ralphy, me prometiste que te ibas a comportar.

Gigi parecía enfadada y avergonzada a partes iguales.

—Lo sé, nena, pero es que tú crees que el pasa de ti y se va a leguas que él se muere por tus huesitos.

—Ralphy, ¿te olvidas de que estoy aquí? —Gigi podía permitirle que hablara de ella de ese modo, pero yo no.

—No, no me olvido, ¡ojalá pudiese hacerlo! —Pero ¿de qué iba esa tía? —. Es broma, tonto. Pero es que a mí los romances adolescentes me aburren. Yo soy mucho más práctica. Te gusta, le gustas, pues a follar y no se hable más.

—Pero ¡qué bruta eres!

Rona le riñó por ser tan descarada y por hablar tan abiertamente de los sentimientos de Gigi.

—No os hagáis las santurronas. ¿A quién le amarga un buen polvo? ¡Ya basta de hipocresía! —La boca de aquella mujer no tenía fin.

—¿Pero qué te has tomado hoy? —Rina parecía no dar crédito del desaguisado verbal que estaba causando su amiga.

—Nada, nena, que creo que el amor. Fíjate en Calvin y en Nicole, ¿crees que este par de tortolitos estarían así de felices si se pasasen media vida con dudas y con el ahora sí y el ahora no? Y mírame a mí. Tengo todo en mi contra pero pienso mover cielo y tierra por estar con mi Lord. En cambio, este par de patanes, no son capaces de confesarse que se gustan cuando es algo que resulta evidente para todos los que estamos aquí.

—Ralphy, trátame con respeto si no quieres que deje de ser tu amiga — Gigi estaba a punto de entrar en combustión y deseé poder tranquilizarla.

—Tú lo que tienes que hacer es echarle un polvo a Noah que lo deje temblando. ¿Querías que alguien sacudiese tus telarañas? Pues querida, te presento a tu semental. Y ahora, amores, ya podemos cenar.

La incontinencia verbal de Ralphy nos dejó a todos sin palabras y costó más de quince minutos volver a la calma y a la cordialidad. Nicole fue la única capaz de reconducir la noche y convertirla en la velada agradable que tenía que haber sido desde el principio. Ella y Calvin comenzaron a evaluar la exquisitez de los platos que habían pedido y nos llevaron a todos a hablar sobre gastronomía. Bueno, yo era nulo en artes culinarias, así que me mantuve al margen. Luego hablaron de la profesión de Nicole y como otra de esas

grandes casualidades de la vida, nuestra amiga resultó ser la logopeda del hermanito de Gigi. Y aunque después de las palabras de Ralphy, Gigi había empequeñecido y se había quedado acobardada, le entusiasmó saber que su madrastra sí llevaba a Neil a un profesional para tratar su problema del lenguaje. No conocía mucho a Nicole, pero su intuición le decía que su hermano estaba en buenas manos.

Me dio mucha pena el modo en el que Ralphy había dejado totalmente expuesta a Gigi y sentí ganas de abrazarla y decirle que no se preocupase, que no eran más que palabras. Durante la cena intenté transmitirle con la mirada que no pasaba nada, que todo estaba bien, pero en cuanto sus ojos se chocaban con los míos, bajaba la mirada.

Antes de los postres, se excusó para ir al baño y decidí levantarme y esperarla para poder hablar con ella a solas.

Se sorprendió al verme fuera de la puerta, casi como un guardaespaldas y el lugar de frenarse para hablar conmigo, siguió caminando como si nada. ¿Pero qué demonios le pasaba?, ¿por qué me trataba como si fuese invisible? Estuvo a punto de arderme la cara por la ira.

La frené sujetándola del brazo más brusco de lo que me hubiese gustado. Mi gesto impulsivo le incomodó y su rostro mostró enfado.

—¿Puedes bajar la guardia por un momento? Por favor —le rogué.

—¿Todavía más? Con todo lo que ha dicho Ralphy ya no me queda nada con lo que protegerme. Siento como si me hubiese desnudado delante de todos vosotros. Delante de ti.

—En ese caso, deberías estar enfadada con ella y no conmigo.

—¿Eso es lo único que te importa?, ¿con quién estoy enfadada?

—¡Por Dios, deja de estar tan a la defensiva!

Aquella mujer no conseguía relajarse.

—¿A la defensiva?, ¿cómo no voy a estar a la defensiva? Sólo le ha faltado decirte que hace meses que no me acuesto con nadie —dijo alterada.

—Gigi... —Quería calmarla y no sabía cómo hacerlo.

—Esto es demasiado bochornoso.

—Gigi... —insistí.

—¿Qué diablos quieres, Noah?

—Decirte que me gustas. Me gustas mucho. No dejo de pensar en el día que te besé y en cómo me devolviste el beso. —¡Toma, supera eso!

—Pero... En el zoo parecía que... —El interior de mi corazón pareció

desconcertarla.

—Que soy un imbécil. No dejo de pensar en ti pero no tengo ni idea de cómo actuar contigo.

—Como una persona normal, Noah. —Gigi comenzaba a relajarse.

—Ya, pero yo no soy normal.

—¿Eh?

—Que no sé cómo tratar a una chica como tú.

—¿Cómo yo?

—Mierda, lo estoy estropeando. —Sí, estaba claro que era un patán.

—Un poco.

—Gigi, mírate a ti y mírame a mí.

—¿Sabes lo que veo? Veo a un chico que no tiene ni la más remota idea de lo guapo, atractivo e interesante que es y el día que lo sepa, será inalcanzable, incluso para mí.

—¿Es eso lo que ves en mí? —¡Madre mía! ¿Qué tipo de alucinógeno se había tomado esa chica?

—Lo veo yo y las decenas de mujeres que nos rodean. Cuando entraste por la puerta no hubo ni una sola mujer que no se haya fijado en ti.

—Yo sólo quiero ser el centro de atención de una.

Había dicho que era atractivo. No me lo podía creer.

—¿Por qué?

—Porque es insufrible...mente adorable. —Ay, Gigi.

—Tonto.

—¿Y si nos escapamos y les damos plantón? —le propuse emocionado.

—Sí, por favor.

—Ven, corre, salgamos por la puerta de atrás —dije como si supiese que aquel restaurante tenía un lugar oculto por el poder alejarse de compañías indeseables. Me daba igual. Atravesamos la cocina como dos locos adentrándose en un lugar prohibido y entre risas de rebeldía y las miradas de asombro de los empleados, llegamos a un callejón oscuro que sólo tenía una salida. Las mejillas de Gigi ardían de excitación y parecían más sonrosadas que nunca, incluso bajo la luz de la luna. Jamás la había visto sonreír de ese modo y parecía otra persona, de esas que brillan con luz propia. Y no podía dejar de mirarla. Los dos jadeábamos después de nuestra carrera a través del restaurante y casi me vuelvo loco al sentir su respiración caliente y agitada sobre mi boca. Tenía que besarla y calmar sus jadeos y así lo hice. Comencé

despacio, con unos besos delicados sobre sus labios. Y cuando los movimientos de su pecho me demostraron que su respiración se había calmado, dejé que mi lengua se perdiese en el interior de su boca. Quería saborearla y llenarme de su calor con aquel beso, pero su lengua no consiguió saciarme. Tenía demasiadas ganas de ella y aunque estuve a punto de dejarme llevar y permitir que mis manos recorriesen su cuerpo en la oscuridad de aquel callejón, decidí actuar con sensatez por una vez en mi vida.

—Vayámonos de aquí. Busquemos un taxi.

—Vale —dijo en silencio con la voz ahogada por la excitación del momento.

Salimos del callejón y comenzamos a caminar, con la esperanza de no tardar en encontrar un taxi pero parecía que aquella no iba a ser nuestra noche de suerte.

—¿No habías venido en bici?

¿Qué locura se le estaba pasando por la cabeza a mi pelirroja?

—Sí.

—¿Dónde está?

—Allí.

—Pues llévame a casa en bici.

—Estás loca. Hace muchísimo frío y te vas a congelar.

—Noah, acabas de hacerme arder. Ahora mismo sería capaz de derretir el Polo Norte —susurró peligrosamente cerca de mi rostro.

Ir en bici me parecía una idea horrorosa, pero sentir la boca de Gigi pegada a mi oreja me había puesto a mil y por mi mente pasaban imágenes de las decenas de perversiones que quería hacerle.

Cogimos la bicicleta como dos delincuentes pues no queríamos que nuestros amigos nos descubriesen a través de la cristalera del restaurante. No sabía cómo podía llevar a Gigi en aquella bici tan antigua, pero ella, con un desenfado que jamás me habría imaginado, se sentó sobre el manillar. Afortunadamente, era una chica delgada y sólo tenía que ladear ligeramente la cabeza para poder ver la carretera. Gigi estaba emocionada como una niña pequeña y no paraba de reírse a carcajadas. Cuánto más rápido íbamos, sus carcajadas eran mayores.

Llegamos al portal de su casa y ella se bajó de un saltó.

—Hacía tiempo que no me lo pasaba tan bien. Muchas gracias por este paseo —dijo presa de un subidón de adrenalina.

No le contesté. Con un brazo rodeé su cintura y la acerqué hacia a mí para poder besarla. Su sonrisa era adictiva e hipnotizadora. Ella respondió a mi beso de un modo muy ardiente y no podía esperar a que llegase el momento de estar en su casa y bajo sus sábanas.

Gigi me arrastró con decisión hacia el interior del ascensor y dentro, quiso llevar la voz cantante de nuestros besos y nuestras caricias.

—Noah... —susurró a mi oído y su voz sonó tan indecorosa que casi me hace perder la razón. ¡Lo que habría sido capaz de hacer dentro de aquel ascensor!

Ya dentro de su casa me abalancé sobre ella porque quería arrancarle la ropa. No era el momento de delicadezas innecesarias. Estaba tan excitado que me urgía sentir el contacto de su piel pegada a la mía y cuando la tuve desnuda frente a mí, ¡Dios!, no existen palabras para describir lo que sentí en aquel momento. Era tan sensual que sentí que era capaz de estallar sin tan siquiera haberla tocado. Pero ella, su boca y sus manos, me sacaron de mi estado de locura erótica y me llevaron a un límite que jamás pensé que soportaría y cuando, por fin, estuve dentro de ella, fue como alcanzar el cielo. Un cielo en el que sus gemidos sonaron a música celestial. Sí, quizás suene demasiado poético y ñoño, pero jamás me había sentido tan bien después de dar rienda suelta a mi excitación.

Y minutos después, antes de lo que pensaba, la incomodidad se abrió paso entre nosotros. Los dos estábamos tumbados sobre la cama, mirando al techo, con varios centímetros de separación entre nosotros. Y esa presión que tanto odiaba se adueñó de mi estómago.

—¿Qué ocurre, Gigi?

—Nada.

—¿Te arrepientes? —le pregunté.

—No.

—Por favor, ayúdame. No quiero tener que adivinar lo que te pasa por la cabeza en este momento.

—¿Tú te arrepientes? —me devolvió la pregunta.

—No, ha sido fantástico.

Gigi no dijo nada.

—¿No te ha gustado?

Se sentó a horcajadas sobre mí y luego recostó su torso sobre mí para acabar abrazándome.

—¿Qué va a suceder ahora? —preguntó con su cara recostada sobre mi pecho.

—Bueno, pues así, por lo pronto, pienso hacerte el amor otra vez.

—¿Y después?, ¿qué pasará mañana, la semana que viene...?

—Tienes que ayudarme, Gigi, no se me dan muy bien las relaciones, pero lo que sí sé es que quiero que mañana y la semana que viene estés en mi vida. —Y a pesar de todas mis inseguridades, tuve que decir las palabras adecuadas porque Gigi comenzó a besarme primero con ternura y luego, de un modo muy sensual.

No sé qué vendría después, pero saldría bien. Estaba seguro.

## Capítulo 14

### *Gigi*

Cómo te puede cambiar la vida de un día para otro. El otro día lloraba por las esquinas la indiferencia de mi veterinario y esa mañana lo observaba durmiendo, después de una noche increíble, en la que, por fin, puse fin a mi sequía. ¡Fuera telarañas! Ni en mis mejores sueños me hubiese imaginado lo generoso y buen amante que era Noah. ¡Qué noche de amor y sexo desenfrenado! Me sentía como nueva y eso que me dolían partes del cuerpo que ni conocía. Continué mirando como dormía y empecé a recordar el día después de nuestra primera salida, cuando a la mañana siguiente, notando movimiento en mi cama, imaginé que era él y la lie muy gorda para estar presentable cuando despertase, y sin darme cuenta, sonreí.

—Pelirroja, buenos días. Estás preciosa. ¿A qué se debe esa cara de felicidad?

—Pues, no sé, igual se debe a la maravillosa noche que he pasado con cierto veterinario atractivo. —Noah no me dejó continuar, su boca ya estaba haciendo de las suyas

Y nos volvimos a perder bajo las sábanas. Esta vez, despacio, muy despacio, mirándonos a los ojos y dejándonos llevar por lo que sentíamos. Sus caricias eran música para los sentidos y su boca sabía hacer magia llevándome por los senderos del amor, pero justo en ese momento de desconexión placentera, fui más consciente que nunca de que Cupido había cumplido su misión. ¡Estaba completa y absolutamente enamorada de Noah! No iba a negar que estaba muerta de miedo, pero iba a dejarme llevar por lo que sentía. Noah lo había dejado claro ayer y quería que estuviésemos juntos, mañana, la semana siguiente, el mes... No sería yo quien pusiese fecha de caducidad a nuestro *affair*. Quería vivir intensamente aquella historia.

Después de varias horas y una ducha placentera, le tenía que dar la razón a Ralphy: el polvo mañanero era lo mejor del mundo entero, aunque en aquel momento estuviese bastante enfadada con ella.

—Gigi, ¿tienes planes hoy? —me preguntó Noah.

—No tenía pensando nada, ¿quieres quedarte a pasar el fin de semana conmigo? Ya sabes: sofá, manta, peli... —Esperé a que me respondiese. Con la que estaba cayendo fuera, me parecía el mejor plan en la mejor compañía.

—Además de preciosa, eres la mejor proponiendo planes... —No terminó de hablar cuando empezó a sonar su teléfono—. Disculpa, es el móvil del Zoo, espero que no sea una emergencia —me dijo con cara de pena.

Se levantó y cogió el móvil del bolsillo de su cazadora de cuero.

—¿Qué pasa Melanie?

(Silencio)

—Te dije ayer que sólo me llamas en caso de emergencia. Esto lo podemos hablar el lunes.

(Silencio)

—Mel, ¡voy a colgar!

(Silencio)

—¡Té estás pasando! ¿Qué te importa dónde estoy y con quién?

¡Madre mía! No pretendía ser cotilla, pero era inevitable escuchar la conversación, ¿Melanie? ¡Claro!: Miss Veterinaria 2015. Decidí ir a la cocina para darle intimidad, no quería ser mal pensada y no quería que nada estropease nuestro primer fin de semana juntos, pero mi radar de zorras problemáticas se había activado.

Ya en la cocina, y para que mi mente no empezase a divagar, decidí preparar algo de comer. Abrí la nevera. ¡Qué bien! Tenía de todos los ingredientes necesarios para preparar una de mis maravillosas ensaladas. Era lo único que sabía hacer, aparte de llamar por teléfono a *Just Eat*. Era una desgracia, pero no me gusta cocinar. Aún no había conseguido de olvidar cuando casi quemo la cocina intentando hacer mi primera *omelette*. Suerte que *nonna* me aconsejó tener un extintor porque pudo haber sido una catástrofe. Y estaba empezando a improvisar una de mis fantásticas ensaladas cuando Noah entró cabizbajo. Me temí lo peor.

—¿Qué pasa Noah, te tienes que ir? —le pregunté desilusionada.

—¡No!

—Entonces, ¿a qué viene esa cara? —seguro que la Barbie veterinaria tenía algo que ver con su cambio de humor y yo tenía que saberlo.

—Mi compañera, Mel, no sé si te acuerdas de ella, estaba conmigo el primer día que fuiste al zoo con Neil.

—Ahora mismo no la recuerdo —mentí, no quería darle más protagonismo.

—Me preguntaba si hoy no iba a trabajar. ¡Sí sabe de sobras que hoy libro! Además, no hay ningún parto previsto —explicó Noah.

—¿Te puedo hacer una pregunta personal, o mejor dos?

La cotilla que llevaba dentro no lo podía dejar pasar y estaba ávida de información.

—Creo que ahora que sé que tienes el tatuaje más erótico que he visto en mi vida, eso te da derecho a hacerme cualquier pregunta y no una, ni dos, las que quieras, pero recuerda que esto es *quid pro quo* —me dijo Noah acercándose y rodeándome con sus brazos. Su cercanía se estaba convirtiendo en una adicción. Tenía que poner en marcha el método que *nonna* me había enseñado para obtener información, primero una pregunta para despistar y una vez que el interrogado tenía la guardia baja, hacer la verdadera pregunta.

—¿Te acuerdas del día que coincidimos en el pub y me dijiste que los pelirrojos traíamos mala suerte?, ¿de verdad piensas eso? —ahí estaba la pregunta trampa.

—¿Tú qué crees? —contestó Noah con una pregunta. Supuse que había pillado mi juego. Su mirada le delataba—. Vamos, pelirroja, pregunta lo que quieras sobre Mel, que satisfaré tu curiosidad. —Sería capullo, bueno *mi* capullo se lo estaba pasando genial viendo cómo mi cara cambiaba de color: del rojo normal al más intenso que yo podía recordar—. Y no lo olvides: *quid pro quo* —me susurró en el oído.

—¡Vale!, está bien —le dije avergonzada mientras escondía mi cara en su pecho, que por cierto, ¡estaba durísimo!—. ¿Has tenido algo con Miss Veterinaria 2015? —¡Oh, oh! Ahora sí que la había liado, se me había escapado, no podía levantar mi cabeza. Aquel era uno de esos momentos de tierra trágame. Empecé a notar como el pecho de Noah subía y bajaba y de repente, una sonora carcajada rompió el silencio tan incómodo que creía que se había instalado entre nosotros. Finalmente, di la cara y Noah estaba llorando de la risa.

—¡Eres la bomba! Si va a resultar que aparte de ser un bellezón eres graciosa —Menos mal que se lo había tomado bien, le miré y me sorprendí de lo guapísimo que estaba cuando sonreía. Se intuía baja su barba un pequeño hoyuelo en la barbilla que estaba para...—Así que Miss veterinaria 2015 —interrumpió Noah mis pensamientos—. Me gusta el apodo, aunque yo añadiría Miss Veterinaria Ardiente 2015, y puedes estar tranquila, que no la tocaría ni con un palo.

—¿Y eso? Si es una mujer guapísima. —No daba crédito a lo que me estaba diciendo. Me podía caer fatal y la odiaba por el cuerpazo que tenía,

pero era una chica impresionante.

—A ver, mi pequeño padawan, soy un hombre bastante despistado en general y muchas veces puedo no darme cuenta de las señales que me envían las féminas, pero si hay algo en lo que soy infalible es en detectar a las depredadoras sexuales y te puedo asegurar que Mel lo es y con nota. ¿Satisfecha? —me miró, esperando confirmación.

—Claro, igual al estar rodeada de tantos animales se le ha pegado algo —le contesté con una pequeña broma, había empezado a notar cierta tensión y tenía que cambiar de tema—. ¿Qué significa *padawan*?

—¿Conoces las pelis de «Las Guerras de las Galaxias»? —me preguntó y negué con la cabeza—. ¡Madre mía! Si se entera Calvin te hace un intensivo, pero a modo de resumen, es un aprendiz de Jedi, seguro que no sabes lo que es un Jedi —me miró y volví a negar con la cabeza —Son unos personajes de gran poder y sabiduría. Y te preguntarás cómo se todo esto, pues es lo que tiene vivir con un friki de la saga Star Wars, que te las hace ver hasta la saciedad —me explicó Noah.

—Sabes qué la curiosidad me ha abierto el apetito, ¿tienes hambre?, habrá que reponer fuerzas después de tanto ejercicio —le comenté a Noah guiñándole un ojo.

—¿Quién me iba a decir a mí que detrás de esa imagen de pija estirada se escondía una *sexy girl* tan divertida? Y sí, estoy hambriento.

—Estaba preparando una ensalada. Es lo único que sé hacer sin que nadie salga herido. ¿Y a ti qué tal se te da la cocina? —le pregunté.

—Vamos a pasar mucha hambre tú y yo. Yo también soy un negado en la cocina, me mantengo gracias a Calvin. Él sí es un cocinillas, a mí lo único que se me da bien es hervir la pasta.

—Pues ya tenemos menú: ensalada y pasta.

Y así, entre risas y algún que otro roce, empezamos a preparar nuestro primer menú juntos. Me sorprendí de lo compenetrados que estábamos en la cocina y de lo bien que te lo podías pasar cocinando con alguien tan especial. Una vez terminado nuestros succulentos manjares, pasamos al comedor para poner la mesa y la verdad es que nos quedó muy cuqui. Mi chico hervía la pasta como nadie. Le había quedado *al dente*. Podía no ser una cocinillas pero mi sangre italiana reconocía una pasta bien hecha a leguas.

Una vez saciados, nos estiramos abrazados en el sofá.

—Pelirroja, no hemos tomado postre.

—¡Por Dior, qué mala anfitriona soy! —le dije con cara de pena—. Si quieres miro algo en la cocina, aunque se me ocurre...

—¿Qué se le estará ocurriendo a esa cabecita tan hermosa? Aunque tengo una ligera idea —dijo Noah, acercándose peligrosamente a mis labios.

Empezó besándome lentamente y poco a poco, el ritmo fue en aumento hasta que acabamos devorándonos y deshaciéndonos de la ropa que empezaba a sobrar. Necesitábamos sentirnos piel con piel para perdernos salvajemente en un polvo increíble. En esta ocasión, dejamos de lado la sensualidad y se apoderó de nosotros la necesidad imperiosa de llevar nuestros cuerpos al límite de la sexualidad. Y después de alcanzar los dos un orgasmo épico, terminamos exhaustos, abrazados y respirando acompasadamente sobre el sofá.

¡Había sido brutal! ¡El mejor polvazo de mi vida! El primero en mayúsculas. Nunca hasta ese momento me había dejado llevar por mi lado salvaje, y *¡mamma mia!*, lo que me había estado perdiendo.

—¡*Santa Madonna*, esto ha sido increíble! —conseguí decir una vez recuperado el aliento.

—Igual te parezco un poco bruto, pero ha sido: ¡el mejor polvo de mi vida!

—No seré yo quien te quite la razón.

—¿Por lo de bruto o lo del polvazo? —me preguntó Noah.

—Por las dos cosas —le dije entre risas, acercándome a besar esos maravillosos labios que me hacían perder el sentido.

«¡Ding, dong! ¡Ding, dong!», empezó a sonar insistentemente el timbre de casa.

—Shh, no hagas ruido, a ver si se marcha sea quien sea —le dije en voz muy bajita a Noah.

Pero el timbre volvió a sonar. ¡Por favor, no! Sólo había una persona que era capaz de insistir de esa manera, crucé los dedos, recé todo lo que sabía....

—¡Gigi!, *darling*, ábreme, sé que estás en casa —mi peor pesadilla se había cumplido. Allí estaba, la que decía ser mi amiga, la que me había dejado por los suelos la noche anterior, Ralphy—. ¡Porfi! *Cuore*, si no me abres, llamaré a Scotland Yard, a los bomberos, al ejército, y si es preciso llamo a Buckingham Palace. Te recuerdo que ahora tengo tratos con la nobleza.

Tenía que pensar rápido algo, Ralphy no se iba a ir, eso lo tenía

clarísimo.

—Preciosa, me voy a esconder en tú habitación. No me apetece nada ver a la gigantona. Vístete y lárgala rápido. —Fue Noah quien tomó las riendas de la situación y en tiempo record, me vestí, recogimos el salón y él se dirigió hacía mi habitación.

Respirando profundamente, fui hacia la puerta para recibir a mi supuesta amiga

—Aquí me tienes, no hace falta que llames a nadie —le dije a Ralphy, una vez abierta la puerta.

—¿No querías abrirme? —me preguntó Ralphy.

—Si te soy sincera, hoy no eres una de mis personas favoritas.

—¡Llevo desde ayer llamándote al móvil y dejándote mensajes! ¿Estás muy enfadada conmigo? —me preguntó haciendo pucheritos.

—Más que enfadada, estoy decepcionada, las amigas se apoyan y ayer me dejaste en evidencia, me ridiculizaste, me insultaste, me avergonzaste, ¿quieres que siga?

—¡Oh, cari! Lo siento, ya sabes que a veces me dejo llevar y soy como un volcán, empiezo a soltar lava y más lava. —De repente, Ralphy dejó de hablar, me hizo a un lado y mirando por todo el salón, levantó su nariz como si notase un olor exquisito. —¡Ay, por las bragas más *fashion* de Queen Elizabeth, aquí huele a hombre y a sexo del bueno!

No me lo podía creer, si había alguien en esta vida que tenía la capacidad de sorprenderme era ella, no se le escapaba ni una y yo empezaba a ponerme nerviosa.

—Déjame que te mire, estás radiante, estás preciosa, estás... ¡*OMG!*... recién follada.

—¡Ordinaria! —le grité.

—Seré ordinaria, pero a ti te han dado el mejor polvo de tu vida. — Aquello empeoraba por momentos, estaba al borde del colapso, mis nervios a punto de delatarme y sin darme cuenta, desvié mi mirada hacia mi habitación —. ¡No puede ser! *Really!* ¿El causante del polvazo mágico aún está aquí?

Se mascaba la tragedia, noté como mi cara empezaba arder, no sabía dónde meterme, estaba totalmente bloqueada y por segunda vez en menos de diez minutos, Noah volvió a tomar las riendas de la situación, salió de mi habitación, se dirigió hacia mí y abrazándome por la espalda, mostrándome su apoyo incondicional, se dirigió hacia la nueva Sherlock Holmes.

—¡Vaya con Priscilla, Reina del desierto, no se te escapa una! —dijo Noah.

Y antes de poder continuar, mi querida Ralphy, empezó a saltar poseída por sus antepasados masais y nos dejó a Noah y a mí sin palabras ya que ver semejante espectáculo no estaba hecho para cualquiera, podía herir alguna sensibilidad.

Poco a poco, bajo el ritmo y cambió los saltos por las palmas.

—¡Ralphy! ¡Ralphy! Vuelve con nosotros —intenté calmarla.

—¡Ralphy! Si estás ahí dentro, manifiéstate —esta vez fue Noah.

—No responde, Noah, ¿habrá que llamar al exorcista de gigantonas locas?

Había empezado a ver el lado divertido.

—¡Míralos, qué monos y qué buena pareja hacen! Si hasta hacen piña para reírse de su buena, fantástica y hermosa amiga —dijo por fin Ralphy, recuperando la compostura.

—¡Ralphy, no te pases! —le dije yo.

—Ahora en serio, parejita, sé que ayer me pasé y ya que estáis los dos juntos aprovecho para pedir os perdón, pero, debéis reconocer que aunque no fue la forma correcta, os sirvió de empujoncillo para poder dar rienda suelta a vuestros sentimientos —nos dijo Ralphy, poniendo cara de pena—. ¿Aceptáis mis humildes disculpas?

Yo no podía estar mucho tiempo enfadada con ella, era una de mis *friends forever*, la Lovely GRRR más emblemática, y la quería con todas sus virtudes y sus defectos, así que corrí hacia ella y nos fundimos en un abrazo de perdón en el que las palabras no hacían falta. Y contra todo pronóstico, Noah también se acercó y nos abrazó a las dos por encima.

La hostilidad de Noah hacia Ralphy había empezado a desaparecer y comenzó a entender lo que veíamos los demás en ella para ser uno de los pilares fundamentales en nuestras vidas. Ralphy se quedó un rato más con nosotros, hasta que la llamó su Lorve para decirle que en un par de horas estaba de vuelta de Irlanda y que fuese al aeropuerto a recogerlo.

Y de ese modo, el maravilloso primer fin de semana que pasamos juntos llegó a su fin y con él, nuestra separación, después de muchos besos y de unos cuantos «ya te echo de menos», Noah se fue a su casa, y nos prometimos llamarnos cada noche e intentar quedar algún día entre semana si nuestros trabajos lo permitían. Yo estaba más que dispuesta a intentarlo. Y en la

soledad de mi apartamento, pensando en formas de poder estar más tiempo juntos, se me ocurrió la brillante idea: ¿No tenía que llevar la campaña de un champú para perros?, seguramente necesitaría la ayuda de un profesional y ¿quién mejor para asesorarme que mi veterinario cañón?

## Capítulo 15

*Noah*

¿Y ahora qué? Me fui de casa de Gigi, entusiasmado por haber encontrado a una mujer con la que sentía una conexión absoluta. ¿Y qué se suponía que debía hacer ahora?, ¿qué venía después?

Me gustaba mucho y yo a ella, ¡qué fantástica coincidencia! Y el sexo había sido... espectacular. Pero cómo tenía que actuar: ¿llamarla al día siguiente?, ¿enviarle un ramo de rosas rojas al trabajo?, ¿sentarme frente al teléfono esperando a que ella tomara la iniciativa?... ¡Con lo que me costaba a mí tomar decisiones en relación a Gigi! Tendría que pedirle consejo a Calvin. Él tampoco era un experto pero me llevaba delantera.

Sin embargo, al llegar a mi edificio, vi con claridad quién iba a ser mi consejero. Sean, el casero. Al juzgar por cómo le miraba, le abrazaba y le sonreía la abuela de Gigi, debía de ser todo un Casanova. Menudo arte tenía el septuagenario que tenía a una de las mujeres más guapas y con más clase de Londres comiendo de la palma de su mano.

—Buenos días, Noah. ¿Cómo se encuentra esta mañana? Ha madrugado usted mucho —me saludó el gran seductor cuando me crucé con ellos en la escalera de la entrada.

—Eh... bueno..., he salido a comprar el periódico —mentí porque me resultaba descortés decir que había pasado todo el fin de semana con Gigi, en presencia de su abuela.

—Pues me da la sensación, joven, de que se ha dejado el periódico en el quiosco —pronunció observadora y sacándome los colores.

—Ah, vaya, ¡qué despiste! Bueno, lo recuperaré mañana porque ahora debo irme a trabajar.

—¿Qué tal la cena con Gigi y sus amigos? —pregunto con curiosidad.

—Eh... fantástica —No sabía que responder.

—Me alegro mucho. ¿Sabe? Gigi y usted harían una gran pareja.

Parecía que me había ganado a la abuela. Eso era una gran señal.

—Es una gran chica —dije con rotundidad y con cara de tontorrón.

—Sí, lo es —afirmó, categórica.

—Vale, bien, es hora de que me vaya a trabajar.

—Sí, gran idea, nosotros nos iremos a desayunar a un lugar a la altura de

una preciosa dama —dijo mi casero.

—Debería darme la dirección de ese precioso lugar.

—Yo nunca desvelo mis secretos, querido Noah; pero por ser tú, haré una excepción.

—Hasta luego, Noah. —Se despidió la abuela Gia con una gran sonrisa de complicidad.

Calvin no había pasado la noche en casa, pero me había dejado una nota encima de la mesa.

*Enhorabuena, campeón. Tú y Gigi hacéis una gran pareja. Me alegro mucho por vosotros y en especial, por ti. Has encontrado a una mujer que merece la pena. No la fastidies. ¿Eh?*

Aún me quedaba una hora antes de entrar a trabajar, así que tenía tiempo de desayunar con calma y reponer las energías que mi pelirroja me había robado. Estaba embobado perdido. No podía borrar la sonrisa de mi cara y veía su rostro y su cuerpo en todas partes. En el cartón de leche, en el café, en la mantequilla de las tostadas, todo me recordaba a ella.

Ya en el zoo fue otro cantar. Sólo deseaba poder trabajar tranquilo mientras pensaba en el maravilloso fin de semana que acababa de pasar, pero era agotador y exasperante tener a ¿cómo era?, Miss Veterinaria 2015, todo el día detrás de mí. Primero, comenzó con preguntas indiscretas como: ¿qué tal el fin de semana?, ¿qué has hecho?, ¿con quién?... y luego, intentaba mostrarse de lo más servicial: ¿Necesitas algo?, ¿podría ayudarte a cualquier cosa?, ¿quieres que me quede contigo?... ¡Qué pereza! No era mala chica, de verdad, pero necesitaba que me dejara respirar.

Al mediodía recibí un mensaje de Gigi.

*¿Podrías llamarme en cuanto tengas un ratito? Es para una cuestión laboral.*

Era mi hora de descanso para comer y nada me apetecía más que hablar con ella, así que la llamé. No tenía ni idea de a qué cuestión laboral se referiría, pero me daba igual, ya lo descubriría.

—Hola —respondió con alegría.

—Hola —quise usar un apelativo cariñoso pero al final me arrepentí.

—Noah, sé que tienes mucho trabajo y unos horarios complicados, pero podrías acercarte en un hueco a mi empresa para ayudarme con un asunto.

—Vale, ¿y en qué puedo ayudarte?

—Soy la responsable de la campaña publicitaria del champú para

perros Dutty Dog y creo que podrías resultarme de gran ayuda.

—No tengo ni idea de publicidad pero iré aunque sólo sea por verte.

—Llevo toda la mañana dándole vueltas y aunque eres un experto en animales, creo que lo que más me gusta de ti es tu imagen para la campaña.

—¿Mi imagen?, si parezco un *homeless* en toda regla.

—Ay, Noah, necesitas que alguien te suba esa autoestima de una vez.

—Este fin de semana tú lo has conseguido.

—Pero no ha sido suficiente. Intentaré darte un intensivo de autoconfianza.

—Tú puedes darme un intensivo de lo que quieras, de hecho, se me ocurren muchas cosas que... bueno, ya te las contaré en privado.

—¡Qué bien suena eso!, ¿a qué hora podrías venir?

—Hoy salgo a las seis, ¿te viene bien?

—Sí, perfecto, te espero.

En unas horas iba a volver a ver a mi pelirroja, no le podía pedir más a la vida, bueno sí, que Miss Veterinaria no hubiese escuchado el final de mi conversación.

—¿Con quién has quedado? —me interrogó como un policía, y de los malos, por cierto.

—Con una chica.

Igual le resultaba doloroso pero era mejor que supiese la verdad.

—Pero, ¿si tú no quedas con chicas? —preguntó desconcertada.

—Pues ahora sí.

—¿Te gusta alguien?

—Sí.

—¿Y se puede saber que tiene ella que no tenga yo? —preguntó ofendida.

—Tú eres una chica estupenda —maquillé un poco la verdad para no ser demasiado descortés—, pero ella me gusta.

—Vale —dijo indignada, se dio media vuelta y dio un portazo.

Por razones como esa, nunca me había esforzado por mantener una relación seria. No me gustaban ese tipo de reacciones y me irritaba tener que lidiar con las mujeres, sus arrebatos y sus cambios de humor. Pero Gigi, Gigi era diferente.

A las seis en punto me fui del zoo feliz por saber que iba a poder abrazarla de nuevo, pero cuando llegué a su empresa me dio un pequeño

bajón. Una chica trajeada y con sonrisa de anuncio, me atendió en recepción y me pidió que esperase a Gigi en una de las sillas rojas que estaban situadas frente a ella. Vi cómo sus ojos me escrutaban de arriba abajo, probablemente preguntándose qué hacía un tipo como yo en un lugar como aquel. Todo el mundo iba impecable, con trajes immaculados, en todos los tonos de azul y gris que podían existir en el mundo y yo..., yo iba con mis inseparables vaqueros desgastados, una camiseta de algodón verde botella, la barba descuidada y el pelo como salido de la centrifugadora.

Por suerte, no tuve que esperar más que un par de minutos para ver aparecer a Gigi al final del pasillo caminando hacia a mí. Nos habíamos puesto de acuerdo en el color del día: el verde. Verde esperanza, por todas las esperanzas puestas en nuestra relación. Su vestido ajustado era muy sensual y aunque era por la rodilla, le daba un aspecto irresistible y sexi. Llevaba el pelo recogido en una coleta alta y su flequillo rojizo se movía delicado sobre su cara con cada uno de sus pasos.

¿Qué debía hacer?, ¿cómo debía saludarla?, ¿dos besos, uno en cada mejilla?, ¿un beso rápido en los labios? Mis rodillas comenzaron a flaquear. Pero ella rebosaba seguridad e iba a dirigir aquella situación tan nueva para mí.

Con una espléndida sonrisa se acercó a mí y acercó su boca a mi oído.

—Ahora mismo vas a tener la oportunidad de contarme en privado todas esas cosas que querías decirme —susurró seductora.

—No veo el momento —dije con una ligera timidez. Aquel ambiente me sobrepasaba y me hacía sentir pequeño.

—Ven, acompáñame a mi despacho.

Sus palabras fueron órdenes para mí y la seguí, deseando que llegase el momento de estar a solas y poder besarla.

—Matilda, por favor, que no nos moleste nadie —le dijo a una chica que estaba sentada frente al que intuía que era su despacho.

Abrió la puerta y me hizo pasar. Y cuando un trozo de madera nos separó del resto del mundo, me abalancé sobre ella para besarla. Gigi me respondió pero no tardó en frenar mis impulsos.

—No sigas, Noah, o no respondo —susurró entre jadeos.

—Yo ya he perdido el control hace rato.

—Pero aquí no, por favor —suplicó de mala gana.

—Tienes razón y sé que no es muy caballeroso, pero soy incapaz de

conformarme con tus besos. Lo siento.

—No lo sientas. A mí me pasa lo mismo, pero prometo compensarte luego.

—Eso espero. Pero dime, ¿en qué puedo ayudarte?

—Sé que te parecerá una locura pero quiero que seas la imagen de mi nueva campaña —dijo mientras intentaba recomponer su vestido y su peinado. Había sido demasiado fogoso.

—Pero ¿yo? ¿Tanto te gusto? —Yo no estaba hecho para ser la imagen de nada.

—Sí, eso es evidente, pero es algo más que eso.

—No te entiendo.

—Sé que es un poco precipitado, pero he tenido una idea y quiero presentársela a mi cliente lo antes posible. Así que no tenemos tiempo que perder —me dijo mientras me dirigía a la puerta de su despacho—. He convencido a Agnes, mi fotógrafa de confianza para que no se fuera antes de que tú llegases y tenemos todo el set preparado. Y Matilda lleva toda la tarde haciendo lo imposible para conseguir un perro.

—Estás loca. —Un perro y una fotógrafa. ¿Qué me depararía el futuro inmediato?

—Pero loca, o no, te gusto igual, ¿verdad?

—Sí, más incluso.

—Eres adorable.

Llegamos a una sala con grandes focos y un fondo en color blanco, en la que una chica con pelo rapado y aire masculino, nos esperaba cámara en mano. Saludó a Gigi con un guiño de ojo y de pronto, una bola de pelo se abalanzó sobre mí. Era un precioso Golden Retriever que se moría por jugar con alguien. Tenía una cara adorable y era imposible no deshacerse en besos y caricias con él. Era un camelador nato. Me olisqueaba y me lamía como si fuésemos grandes amigos. Fue un flechazo y nadie parecía tener demasiado interés en parar aquella escena de atracción entre perro y humano.

Minutos después, una voz masculina puso fin a nuestro breve romance.

—Romeo, déjalo ya —dijo el dueño del perro con un ataque de cuernos.

—Soy veterinario y seguro que se siente atraído por todos los olores que llevo conmigo —intenté justificar el cariño espontáneo que me había mostrado.

—Sí, seguro —dijo, ofendido—. Por favor, ¿podemos empezar cuanto

antes con la sesión de fotos? No me sobra el tiempo.

—No es necesario —dijo Agnes para asombro de todos.

—¿Cómo? —Mi pelirroja no entendía nada.

—Ven, Gigi, aunque haya sido de forma espontánea, creo que acabo de conseguir la foto que estás buscando.

Gigi fue hacia ella y la fotógrafa le enseñó la pantalla de su cámara.

—Sí, es perfecta, eres un genio —dijo emocionada antes de darle un beso en la mejilla.

—Me debes una cerveza.

—Cuenta con ello.

—Pero...

¿Qué estaba pasando, a qué extraño mundo me habían tele transportado?

¿Yo, con estas pintas?

—Chico, no te conozco de nada —la fotógrafa se dirigió a mí—, pero sí sé una cosa: eres una mina de oro.

—Sí, eso mismo digo yo —dijo Gigi orgullosa como si hubiese hecho un gran descubrimiento.

Y sin que yo entendiese nada de lo que estaba ocurriendo, me llevó de nuevo a su despacho.

—Explícame que acaba de pasar porque no entiendo nada. —Necesitaba una explicación de manera urgente, aunque sólo fuese por no parecer un panoli.

—Noah, no te das cuenta de tu gran potencial —dijo grandilocuente—. Crees que tu imagen es desastrosa, pero nada más lejos de la realidad. Tú eres de forma natural lo que muchos buscan de forma totalmente intencionada. Tu rollo bohemio, salvaje, descuidado y despreocupado está de moda.

—¿Yo? ¿De moda?

—Sí, y algo me dice que esta no va a ser tú única campaña publicitaria.

—Pero es que yo... Yo no...

No tenía ni idea de en qué me había metido. ¿Yo como imagen de una campaña publicitaria? Vamos, ni en mis sueños, ni en mis pesadillas, ni en nada de nada. Me sentía aturdido. Pero algo me decía que debía confiar en mi pelirroja porque parecía que ella creía en mí más que yo mismo. Mi chica de color zanahoria me traería suerte. Seguro.

## Capítulo 16

### *Gigi*

En cuanto salimos a la calle y dejamos atrás mi oficina, Noah entrelazó sus dedos con los míos. Era la primera vez que iba por la calle de la mano de un chico. Puede parecer patético, pero me hacía muy feliz. Mi anterior novio, Connor, era alérgico a las muestras de afecto en público y para él, ir de la mano de tu pareja, era cosa de adolescentes enamorados. Me sentía como una niña con zapatos nuevos. Era maravilloso sentir el contacto de la mano de Noah con la mía y la fuerza con la que la apretaba como si no quisiese perderme.

—Gigi, ¿cómo vamos a tú casa?, ¿en metro, bus...?

—Vamos en mi coche. Lo tengo aparcado a dos manzanas —le contesté a Noah, que me miraba con cara de «ya sabía yo»—. ¿Qué pasa? Muchos días salgo tarde de la oficina y coger el metro o el bus no es muy recomendable. Soy consciente de que aún crees que soy un poco pija, y no te lo voy a negar, pero después de que casi me atracan una vez, vengo en coche o cojo un taxi.

—Preciosa, no tienes que justificarte —contestó Noah con una ligera sonrisa—. Eres muy pija, y lo sabes, ¡pero me gustas así! Ahora me dirás que tienes un mini rojo —me dijo, mirándome de reojo. Yo no sabía dónde meterme—. ¿He dado en el clavo, eh?

—¡Veo que eres un experto en pijas!

—¡Sí! En especial una que me tiene completamente loco.

—Y tú, ¿tienes coche? Déjame pensar... —me separé de él, mirándolo de arriba abajo.

—Bueno, ahora mismo está en el taller mecánico, pero me gustaría conocer tus dotes adivinatorias, a ver si eres capaz de adivinar que coche tengo ¿Te atreves?

—¡A ver! Creo... ¡no! Estoy segura: tienes un todoterreno súper viejo, ¡qué digo! Una reliquia llena de mugre, de la que te sientes muy orgulloso; es más, es el primer y único coche que has tenido, ¿me equivoco?

Conseguí dejarle con la boca abierta, lo que no sabía él, es que Calvin, en la cena del viernes pasado, viendo que su amigo llegaba tarde, quiso justificar su retraso echándole la culpa a su coche y nos explicó con todo lujo de detalles cómo era.

—Definitivamente eres toda una caja de sorpresas, pelirroja —me dijo al mismo tiempo que me daba un beso en la frente.

Y así, entre bromas llegamos a mi coche, mi *Cherry car*. Omití, de momento, ese pequeño detalle, no le diría que tenía nombre, aunque estaba segura de que él también tenía bautizado el suyo con algún nombre muy de machote. Nos pusimos en marcha, esperaba que no fuese de esos copilotos que se sienten incómodos con una mujer al volante o de los que te están diciendo en todo momento lo que tienes que hacer, o de los peores, los que te gritan cuando creen que has cometido un error. Pero no, hasta en eso era diferente al resto de hombres que habían tenido el honor de ir en mi coche, iba muy relajado, de vez en cuando notaba su mirada y cuando me giraba hacia él, me sonreía. Se notaba que estaba a gusto y relajado.

—¿Puedo poner música? —preguntó Noah

—Claro.

Puso la radio del coche y en ese momento sonaba *24K Magic* de Bruno Mars, uno de mis cantantes favoritos y ¡OMG! Si había algo que me encantaba, era cantar conduciendo y olvidándome de que Noah estaba conmigo, me puse a cantar como una loca, dándolo todo.

—Ejem, ejem, Gigi eres preciosa, hermosa, graciosa, adivina, pero... como cantante no tienes futuro. Siento tener que decírtelo, pero lo haces fatal. Hay un burro en el zoo que rebuzna más bonito de lo que cuando cantas tú.

Me giré hacia Noah y pude comprobar que se lo estaba pasando en grande.

—¿No has pensado en dedicarte al humor? Eres súper gracioso —me hice la ofendida.

—Oye, pues ahora que lo dices, si en un futuro tengo que dejar de ser veterinario, me puedo dedicar a ello. Estoy seguro de que me ganaría muy bien la vida.

—¡Uy! Veo que no te hace falta abuela —le dije yo con sorna.

—Pelirroja, tienes delante de ti, un hombre polifacético, lo mismo le meto la mano por el culo a una vaca, que te hago un monólogo que te mueres de la risa.

—Y añade a la lista, futuro modelo —le dije entre risas.

Noah era muy divertido. ¿Dónde estaba ahora el friky gruñón? Estar con él era muy fácil y nada complicado, era una bocanada de aire fresco en mi vida y había llegado en el momento oportuno. Estaba preparada para tener una

relación a largo plazo. ¿Había encontrado al padre de mis hijos? Algo en mi interior me decía que sí, pero de momento lo dejaría en *stand by*, no había que precipitarse. ¡Y por fin, llegamos! Sólo me quedaba aparcar y esperaba no tardar mucho. Teníamos muchas ganas de llegar y poder perdernos entre besos y caricias. La necesidad apremiaba. Recé a todos los santos habidos y por haber, para que la búsqueda fuese corta y mis plegarías fueron escuchadas. Justo al girar en la siguiente calle, una abuelita se disponía a sacar su coche. Sólo me faltó hacer la ola, aunque Noah parecía incluso más entusiasmado. A punto estuvo de saltar del coche y darle un beso a la dulce abuelita. La pobre debió notar nuestra necesidad, ya que con las prisas, casi se lleva un ciclista por delante.

Sin tiempo que perder, salimos corriendo hacia mi apartamento, no sé qué primaba más, las ganas que nos teníamos o que estaba empezando a llover con fuerza. Una vez traspasada la puerta de mi casa, y sin tiempo a cerrarla, Noah se abalanzó sobre mí y me bajó los pantalones y las braguitas. Yo no quise ser menos, desabroché sus pantalones y bajé sus slips por debajo de las rodillas, Noah me cogió en volandas y ¡madre mía! Me empotró contra la primera pared que encontró, empezando un baile con un ritmo vertiginoso, en el que nos dejamos llevar por las ganas que nos teníamos. Era tal la locura del momento, que no fui consciente de cuando Noah se separó para ponerse el preservativo, eso sí, el final fue ¡apoteósico!

—¡Gigi, ha sido una puta locura!, cada vez se nos da mejor —dijo mi empotrador favorito, una vez estirados y abrazados los dos en el suelo. No podía contestar, estaba intentando recuperar el aliento y la cordura. Por no hablar del chichón que me acababa de salir en la cabeza producto del empotramiento—. ¿Estás bien, pelirroja?

Le indiqué con la mano que esperase un momento.

—¡Ha sido increíble!, pero... —empecé a decir

—¡Uy! Los «peros» no indican nada bueno.

—Haber *caro*, lo primero y que vaya por delante, ha sido brutal y una locura, pero..., creo que los empotramientos están sobrevalorados.

—¿Cómo?

—Debes reconocer que la postura no es de las más cómodas.

—Ya salió la pija que llevas dentro —dijo entre risas.

—¡Tonto! Vamos a ver, tengo serias dudas de si eres tú el que me ha hecho perder el sentido o simplemente, después del tercer golpe en mi cabeza

contra la pared, lo he perdido de verdad —le miré muy seria intentando no sonreír.

—¿Te has hecho daño, cariño? —me preguntó Noah preocupado. Pero yo estaba alucinada, me acababa de llamar cariño. Nada de pelirroja, pija o preciosa, era su cariño y siguió hablando—: Aunque tienes razón, están sobrevalorados; suerte que pesas poco, pero aun así, me temblaban tanto las piernas que, si llegamos a durar más, nos desplomamos.

—Me parece señor veterinario, que tanto usted como yo lo preferimos en horizontal y sobre una superficie blandita.

—¡Oh, Dios mío! ¡No puede ser! me estoy posando al lado oscuro, al mundo de los pijos. Noto correr por mis venas el poder *happy flower*, estoy siendo poseído por el espíritu de Alessandro Armani.

—¿De quién? —Casi no podía hablar de tanto reír, ¿Alessandro Armani?

—Y luego dices que no soy gracioso, ¿te estás riendo de mí?

—¡No!, me estoy riendo contigo.

—Pues no lo parece, ¿te parece divertido que esté perdiendo mi esencia para convertirme en un pijo? —preguntó divertido Noah.

—Perdona, cariño —empecé contestando con el mismo apelativo que tanto me había emocionado antes—. Eres un diamante en bruto y no creo que sea fácil pulirte, es más, ¡no quiero! Me gustas tal y como eres.

—¿Y cómo soy?

—¡Oh! El señorito quiere que le regale los oídos, ¿verdad? —Noah asintió—. Vale, tú lo has querido, vamos a ver por donde empiezo.... —tenía que ser sincera, sentía que Noah necesitaba saber lo que pensaba de él—. Aunque te escondes bajo una capa de indiferencia, realmente te preocupas por los demás. En este poco tiempo que hemos compartido, he podido comprobar que eres muy especial, cariñoso sin ser empalagoso, divertido, atractivo, tienes mucho que ofrecer pero te contienes porque tienes miedo a sufrir.

—No sigas, preciosa, veo que me has captado.

—No tengas miedo, Noah, estamos en el mismo barco yo me siento igual.

—Lo sé, Gigi, esto que tenemos es muy especial, te prometo que por primera vez en mi vida, me estoy dejando llevar y hasta el momento... —Se mostró dubitativo—. ¿Qué somos, Gigi?

—No intentes etiquetar lo nuestro, de momento somos «tú y yo».

—Ok, chica lista, me gusta cómo suena «tú y yo». —Y con esto Noah se quedó más tranquilo.

Y acabando de vestirnos, Noah siguió con las preguntas

—¿Ahora me explicarás lo que ha pasado esta tarde en la sesión de fotos?

Le volví a explicar a mi veterinario, lo que había descubierto Agnes en la sesión fotográfica. Mi chico había resultado ser súper fotogénico, la cámara lo adoraba y si a eso le sumábamos ese *look* desenfadado y su naturalidad, encajaba perfectamente dentro del perfil de modelo que actualmente estaba de moda. Le comenté, por encima, lo que le quería proponer al cliente, por un lado, su opinión experta como veterinario y por otro, que interactuase con algún perro, en el que se apreciase que el animal estaba feliz después de un baño relajante con Dutty dog. Necesitábamos que la cámara lo captase y por supuesto, que él enamorasé a la cámara. Justo lo que había ocurrido.

Noah, perplejo, aunque confiaba en mi criterio, tenía dudas, dudas que por otro lado, eran totalmente razonables. Le comenté que no debía preocuparse de momento, ya que el cliente tenía que dar el visto bueno, hasta entonces dejaríamos el tema aparcado.

Después de todo, el lunes resultó ser un día maravilloso. Noah se quedó a cenar y no me costó mucho convencerlo para que se quedase a dormir, teníamos que comprobar que se nos daba mejor disfrutar de superficies horizontales, y ¡vaya que sí!, se nos daban de fábula.

La semana continuó y los días se hacían eternos, nos fue imposible volver a quedar, entre partos imprevistos y que Deborah La Lewinsky estaba enferma, (seguro que de tanto tragar), mi trabajo se había triplicado. Eso sí, cada noche hablábamos por teléfono, lamentándonos de no poder vernos y manteniendo conversaciones hasta altas horas de la madrugada.

El jueves empezó como todos los días, primero la reunión con todo el departamento, para controlar como llevábamos los proyectos y luego, cada uno a su oficina a seguir desarrollándolos. Hasta que a media mañana recibí una llamada en el móvil.

—¿Sí? —pregunté yo

—Hola, Gigi, soy Calvin

—¿Qué tal? ¿Todo bien?

—Sí, todo perfecto, ¿y tú?

—Perfecto, también.

—Espero que cierto veterinario tenga algo que ver.

—¡Claro que sí, guapo! Todo ayuda. ¿Me has llamado para cotillear?

—No era mi intención, pero ya que estamos... ¿Qué tal es Noah en la cama? —me preguntó antes de soltar una carcajada tremenda.

—¿Perdona? —Esa era una pregunta muy íntima.

—Es broma —aclaró—. El motivo de mi llamada es para comentarte que la semana que viene es el cumpleaños de Noah.

—¿Cómo? No sabía nada.

—No te preocupes, típico de Noah, cada año se le olvida, pero he pensado que este año, como cumple treinta, podíamos hacer algo especial.

—Me parece estupendo, ¿qué habías pensado?

— Sé que no es muy original, pero lo podríamos preparar una fiesta sorpresa. Cambiar de década se tiene que celebrar a lo grande.

—¡Genial!, como tenemos poco tiempo y Noah es... ¡Noah!, la fiesta sorpresa podría ser en mi casa. ¿Te encargas tú de los invitados?, ¿seríamos muchos?

—Déjeme pensar, vosotras, Nicole y yo, un par de compañeros de trabajo...

—¿Su familia?

—Viven lejos, pero su primo Archie seguro que se apunta. Así, por encima, seríamos sobre unas once o doce personas.

—Vale, conozco a la empresa de catering perfecta para la cena y el pastel.

—¿Con camareros incluidos?

—¡Vaya fama tengo! Este servicio de catering sólo se encarga de la comida, te la traen a domicilio, pero servir te la tienes que servir tú.

—¡Vale! Pero Gigi, no te ofendas, no será comida de esa pija, muy bonita y muy adornada, pero que te deja muerto de hambre y tienes que acabar yendo al *Burger*. ¡Qué los pijos sois de poco comer!

—¡Hombre de poca fe! había pensado en algo más normal. Patatas fritas, nachos, perritos calientes...

—Vale, veo que nos estamos entendiendo.

— ¿Sería para el sábado de la semana que viene?

—Sí, Noah libra ese fin de semana. Yo me encargo de invitar a la gente y tú de la logística, creo que hacemos muy buen equipo, pelirroja.

—Otro gracioso, vamos, como tú amigo. Bueno, Calvin, te dejo que

tengo que seguir trabajando. Ya vamos hablando y dale un beso de mi parte a Nicole.

—Ok, Gigi y ¿para mi qué?

—No te pongas celoso, otro beso para ti también. *Ciao*.

—Adiós.

Tenía que ponerme en marcha ya que contaba con poco tiempo para organizarlo todo. Quería que fuese perfecto. Sería el primer cumpleaños que pasaríamos juntos y me dejaría la piel para que fuese especial. Mientras organizaba mi agenda, mi ayudante, Matilda, me comunicó que tenía una llamada por la línea tres.

—Giovanna Foster, ¿dígame?

—*¡Buongiorno! Signora Giovanna. Pietro Di Angelo al habla.*

—*Buongiorno*, señor Di Angelo. ¿Qué desea? —si no me fallaba la memoria, el Sr. Di Angelo era el presidente de la empresa *Di Angelo Creazioni* que se dedicaban a diseñar y crear bolsos únicos y exclusivos. Había resultado ser un visionario, en una época en la que triunfaban las grandes cadenas para comprar ropa y complementos, él había apostado por abrir una línea de negocio, en la que los clientes al mismo tiempo eran los diseñadores con la ayuda de personal especializado, tú proponías tus ideas y con su asesoramiento, los diseñabais. Contra todo pronóstico había sido un pelotazo. Eran bolsos únicos y exclusivos, que dependiendo de los materiales, eran asequibles a cualquier bolsillo. Lo que me tenía descolocada era ¿por qué me llamaba a mí?, si era una cuenta de Deborah la Lewinsky.

—Seré breve. Estoy pensando en expandir el negocio y he pensado en usted.

—Disculpe, señor Di Angelo, pero creo que ha habido un error, yo no soy la persona que lleva su cuenta, la señorita Deborah.

—No hay ningún error, sé perfectamente con quien estoy hablando, tendríamos que concretar una reunión fuera de su oficina. Esta es una oferta exclusiva para usted. Si no tiene ningún inconveniente, por supuesto.

—En principio, no. ¿Cuándo le vendría bien quedar?

—La semana que viene tengo previsto viajar a Londres por negocios. Una vez tenga cerrados los billetes, la llamaré mi asistente para concertar la reunión.

—Me parece bien, esperaré la llamada de su asistente.

—*Ciao, signora Giovana*

—*Ciao*, señor Di Angelo.

¡Madre mía! El jueves estaba resultando de lo más emocionante. Primero, la llamada de Calvin y ahora la del Sr. Di Angelo. Esta última me tenía desconcertada totalmente.

¿Pietro Di Angelo había pensado en mí?

¿De qué me conocía o conocía mi trabajo?

Era un cliente de Deborah, no entendía nada, pero algo me decía que lo que me iba a proponer era bueno para mí y para mi carrera. Tenía que ser cauta y no precipitarme. De momento, no comentaría nada con nadie de la oficina, eso de que era una «oferta exclusiva para usted» dejaba claro que la empresa para la que yo trabajaba quedaba al margen.

La semana próxima prometía, primero, tenía que enseñar a mi cliente de Dutty dog la propuesta que incluía a Noah; después, preparar la fiesta sorpresa y para rematar, la reunión con el Sr. Pietro Di Angelo. Mi vida parecía que empezaba a encarrilarse. Ya tenía un «tú y yo» y tal, una gran oferta de trabajo.

## Capítulo 17

### Noah

Treinta años ya. Ni más, ni menos. Treinta añazos llevados con orgullo y disfrutados al máximo. Me encantaba cumplir años (aunque a veces me olvidaba de mi fecha de nacimiento). Calvin siempre me preparaba un desayuno digno de un rey y me pasaba el día tan empachado que casi no podía ni pensar; pero en aquella ocasión, los manjares preparados por mi diestro compañero de piso no consiguieron animarme.

Había sido una semana rara. No había visto a Gigi y apenas había podido hablar con ella. Gigi estaba a tope de trabajo y yo tuve que hacer horas extras para poder librar el fin de semana y poder celebrar mi cumpleaños con mis amigos y con mi pelirroja.

Sabía que Calvin y Gigi me estaban preparando una fiesta sorpresa. La discreción no era una virtud de mi amigo y tenía un talento especial para contar secretos. Me rogó que me mostrase sorprendido al llegar a la casa de Gigi esa noche y como buen chico que soy, así lo haría.

Pero no sé, aquel pequeño distanciamiento con ella, no me había sentado bien. No es que me hubiese enfriado porque no era así, pero me provocaba un malestar interno que no sabía cómo describir. Me gustaba verla, charlar con ella y sentirla cerca.

Antes de ir a su casa me mandó un mensaje: *Estoy deseando verte. Tengo muchas cosas que contarte.* Y aunque puede parecer que me estaba volviendo un poco, ese mensaje no acabó de entusiasmarme. ¿Por qué? Pues porque era mi cumpleaños y me esperaba algo mucho más cariñoso, más profundo, más íntimo. Además, ¿qué cosas tenía que contarme la noche de mi fiesta sorpresa? Notaba cierto tufillo en sus palabras. Un aroma nauseabundo que me hacía prever el desastre. O quizá sólo fueran paranoias mías.

Llegamos a su casa y saqué mi vena más teatral para sorprenderme como jamás lo había hecho, aunque a punto estuvo de darme un soponcio cuando vi el nivel de los invitados a mi fiesta y no tuve que fingir demasiado. Rina y Rona, Ralphy, la abuela Gia, mi casero, mis compañeros de trabajo, incluida, Melanie, Nicole y el desastre humano de mi primo Archie. Si aquella fiesta era el reflejo de mi vida, estaba claro que algo no iba bien.

Mi primo se abalanzó sobre mí entusiasmado, probablemente, porque

aquella fuese la única fiesta a la que le habían invitado después de haber dejado el colegio. Su abrazo fue demasiado largo y ¡puff!, ¿a qué olía?, ¿a la colonia barata del anuncio de «Busco a Jack» o al Barón Dandy de nuestro abuelo? ¿Y qué demonios hacía Miss Veterinaria 2015 a pocos centímetros de Gigi? ¡Y mi casero haciendo migas con Ralphy! La temática de aquella fiesta debía de ser el surrealismo, porque ¡madre del amor hermoso! Me sentía aturdido.

Todos se acercaron a mí para felicitar me y cuando Miss Veterinaria me abrazó y me besó, Gigi estuvo a punto de asesinarme con la mirada. Calvin no tardó en darse cuenta de que había metido la pata cuando llamó al zoo para invitar a mis compañeros de trabajo y con la ayuda de Nicole, hizo lo posible para alejar a la devora hombres de mi compañera, lejos de mí.

Empecé a beber porque el alcohol era lo único que podía anestesiar la presión que sentía en el pecho.

—¿No te gusta tu fiesta? —me preguntó Gigi entre dolida y disgustada.

—Sí, está muy bien. Muchas gracias —mentí y le di un beso rápido en la mejilla. Me urgía más beber y perder la consciencia cuanto antes.

—¿Por qué me mientes?

—Porque no quiero decepcionarte.

¡Toma sinceridad!

—Lo siento —se disculpó apenada.

—No tienes nada que sentir. Has querido darme una sorpresa y lo has hecho. Pero tener en una misma habitación a Melanie, Archie y Sean me revuelve el estómago.

—Sí —se rio—, creo que Calvin y yo no nos hemos sincronizado muy bien.

—No, pero no te preocupes. Comamos, bebamos y bailemos. La fiesta, por suerte, no durará eternamente. —La animé, aunque en el fondo quería animarme a mí mismo.

Gigi se relajó un poco y comenzó a bailar conmigo y con sus amigas. Rina y Rona estaban siendo acosadas por Archie y tuve que intervenir antes de que le asestasen un guantazo en cada mejilla. Animé a mi primo a bailar con Melanie. Si quería incordiar a alguien, ella debía ser su objetivo.

Todo el mundo parecía estar pasándose muy bien, incluida Miss Veterinaria 2015, ya que le encantaba que le alimentasen su ego desmedido, aunque quien lo hiciera, tuviese cara de batracio. Había cantidades

industriales de comida, corrían ríos de alcohol y Ralphy pinchaba como una *DJ* profesional. ¡Qué más se podía pedir!

Yo ya estaba en un nivel superior de inconsciencia y poco me importaba lo que sucedía a mí alrededor. Y cuando menos me lo esperaba, los invitados comenzaron a marcharse y por fin, llegaría el momento que tanto deseaba: estar a solas con Gigi, aunque estaba tan mareado que no podía darle la noche de sexo salvaje que se merecía y divagando sobre ello, no sé qué ocurrió porque cuando volví a percatarme de quién era y de dónde estaba, aparecí vestido sobre la cama de Gigi y lucía el sol.

Me había pasado tanto con las copas que había caído K.O. en algún momento de la fiesta de la familia Monster.

Me incorporé como pude y busqué a Gigi con la mirada, pero no estaba en la habitación. Me levanté y cuando el suelo dejó de temblar bajo mis pies, fui a buscarla. Estaba en la cocina y olía a café.

—Buenos días, florecilla —me saludó burlándose de la fragilidad de mi aspecto.

—Buenos días —contesté con la voz pastosa.

—Te he preparado café, aunque no sé yo si será bebible.

Le di un trago y tuve que salir corriendo al baño. Era auténtico matarratas.

—¿Te ha gustado mi remedio contra la resaca? —preguntó, muriéndose de la risa—. Seguro que te has quedado como nuevo al echar todo el alcohol que te sobraba.

—No necesitaba tanta crueldad. Podía seguir viviendo con mis fluidos estomacales. —Vale, me sentía mejor, pero aquello había sido un golpe bajo.

—Bueno, ¿qué te apetece desayunar?

—A ti. —Quise reconducir la situación hacia un lugar más placentero y confortable.

—Será mejor que, primero, te des una ducha y te laves los dientes. Sería todo un detalle. —Gigi sacó a la pija remilgada que llevaba dentro, aunque tuviese razón.

—Ya sé que doy asco, pero podías apiadarte de un moribundo.

—No creo que necesites mi piedad. —Había cierto retintín en su voz que no me gustó nada.

—¿Qué te ocurre? Me da la impresión de que estás enfadada por algo. Si es por haberte estropeado la fiesta... —Sabía que mi comportamiento no

había sido el mejor.

—No, no estoy enfadada y tú no has estropeado nada —dijo con un tono demasiado neutro. No me gustó.

—Entonces, ¿qué ocurre?, ¿es por Melanie?

Le pasaba algo y quería saber de una vez qué era lo que tanto le molestaba.

—No, es evidente que la aborreces. —Utilizó el mismo tono indiferente.

—¿Entonces?

—Dúchate y cuando estés más despejado hablamos.

Cumplí sus órdenes y me sentí como si mi hubiesen condenado a la cámara de gas. Tuve miedo a abrir la ducha, por si no era agua lo que salía de ella. Ese «hablamos» no presagiaba nada bueno.

Y cuando salí del baño, Gigi me estaba esperando sobre la cama. Iba a enfrentarme a una conversación que sabía que no me iba a entusiasmar y aún encima, iba a tener que hacerlo en paños menores. ¡Mierda!, eso me hacía sentir en inferioridad de condiciones.

—Me estás asustando, Gigi —dije, muerto de miedo por dentro. Por fuera intentaba disimular.

—No te preocupes, de verdad. Pero tengo dos noticias que darte, una buena y otra mala.

—¡Desembucha ya! —le ordené.

—Mi cliente te quiere como imagen de Dutty Dog.

—Bueno, no sé qué decir.

—Y hay más, la agencia de modelos más importante de Londres quiere conocerte.

—¿Eh?, ¿se supone que esa es la buena noticia? —Estaba desconcertado. Yo nunca había pedido algo así.

—Sí, Noah. Muchos chicos matarían por estar en tu lugar. Vas a ganar miles de libras sólo por tu belleza —pronunció radiante.

—Sí, yo sé que... —No podía mostrarme entusiasmado porque no era así como me sentía—. Pero yo no... —No quería decepcionarla pero no podía sentir su emoción.

Seguramente Gigi esperaba que me mostrara feliz con la noticia, pero la verdad era que me dejaba indiferente. Vamos, que ni frío ni calor.

—¿Y cuál se supone que es la mala noticia?

—Me han ofrecido trabajo en Italia —dijo con la mirada fija en la pared

de la habitación. Si no me miraba a la cara era porque algo iba realmente mal.

—¿Y? —necesitaba que completase la frase.

—Es una oferta laboral inmejorable —declaró intentando ocultar su alegría.

—¿Y?

—No sé.

—¿Cómo que no sabes?

—Quiero aceptarla, pero... —Por fin, me miró a la cara.

—¿Pero qué, Gigi?

—Estás tú y yo no... —No encontraba las palabras para explicarme cómo se sentía pero yo iba a ponérselo fácil.

—Yo nada, Gigi, no voy a permitir que rechaces una oportunidad laboral como esa por mi culpa. —¿Por qué cojones había dicho eso? Yo no soy un hombre comprensivo, yo quiero a Gigi para mí, ¡mierda!

—Pero es que no estoy segura de que... —parecía dudar y su incertidumbre me mataba.

—No tienes que estar segura de nada. La realidad es la realidad, «tú y yo» sólo somos, «tú y yo» y quizás esa sea la oportunidad laboral de tu vida y no debes dejarla pasar. Hay trenes que sólo pasan una vez.

Gigi se quedó en silencio.

—Bueno, si no te importa, voy a vestirme, he quedado para comer con mis padres —mentí como un bellaco, pero se me había hecho un gran vacío en el estómago y no podía seguir cerca de ella.

—¿Con tus padres? Pensé que pasaríamos el domingo juntos —dijo sin entender lo que pasaba.

—Sí, lo siento, perdona. Me olvidé de avisarte.

—Vaya —dijo muy decepcionada.

Y me fui de su casa casi como un fugitivo. Deseaba huir de allí. Necesitaba escapar de Gigi porque por alguna razón, estar a su lado me hacía daño.

Ella vio mi huida en silencio y no hizo nada para retenerme.

Llegué a casa y me alegré al recordar que Calvin iba a pasar el día con Nicole, de ese modo, no me delataría. Me hundí en su mugroso sillón verde aceituna y dejé que la tormenta de mis pensamientos cayese sobre mí, hasta que, por fin, me dormí.

El timbre me sobresaltó y me levanté del sofá medio atolondrado. Aquel

día post cumpleaños no estaba siendo un gran día. Los treinta años estaban marcando un punto de inflexión en mi vida en el que todo iba a peor.

¡Mierda!, ¡mierda!, ¡mierda al cubo! Gigi estaba tras la puerta. ¿Cómo enfrentarme a ella? No estaba dispuesto a sufrir, no por ella, ¡no!, y ya podía ver cómo me rompía el corazón. No lo permitiría, aunque ya pudiese sentir como se resquebrajaba bajo mi pecho.

—¿Ya has vuelto de la comida con tus padres? —preguntó sorprendida cuando abrí la puerta.

—Sí, con ellos es mejor pasar el menor tiempo posible.

—Bueno... he venido porque te había comprado un regalo —me dio una gran caja envuelta en papel de regalo.

—No era necesario —dije sin poder mirarla a la cara.

—¿Puedo pasar?

—Gigi, yo... —¿Cómo explicarle lo que sentía sin hacerle daño, sin lastimarnos?—. No es buena idea.

—Noah, ¿va todo bien entre nosotros? —Su mirada parecía asustada.

—Ese «nosotros» no existe, Gigi. Recuerda, sólo somos «tú y yo».

Mis palabras sonaron muy duras, pero era la verdad.

—Estás siendo muy cruel —pronunció con los ojos llenos de lágrimas y yo no soportaba verla así.

—No quiero hacerlo, de verdad, pero aunque me ha encantado conocerte, ha ido todo muy rápido y creo que necesitamos darnos un tiempo.

¿Por qué todo tenía que ser tan complicado?, ¿y por qué demonios me sentía tan mal? Era mucho más fácil cuando nos odiábamos.

—¿Es por la oferta en Italia? Yo no... —su voz se quebró y no pudo continuar.

—Por favor, Gigi, no digas nada. No quiero seguir con esto.

—Bueno, veo que lo tienes muy claro —pronunció dándose media vuelta porque estaba a punto de romper a llorar.

—Lo siento. —Me partía el alma verla así, pero era lo mejor para los dos.

—Yo lo siento más —dijo finalmente y cabizbaja, con la voz inundada por las lágrimas, se fue.

Mi mundo saltó por los aires. No estaba seguro de lo que acaba de hacer. No quería perder a Gigi, pero ¿qué iba a hacer? No quería ser un lastre para ella. Gigi debía irse a Italia y triunfar. Y en su vida, yo no pintaba nada.

Dejé el regalo de Gigi sobre la mesa y volví a hundirme en el sillón de Calvin, me llevé las manos a los ojos y contuve mis ganas de llorar. Estaba destrozado. Y minutos después, en un impulso de querer regodearme en mi propio dolor, me dirigí hacia la cocina y después de inspirar en profundidad, comencé a desenvolver el paquete de Gigi. Era una cazadora de cuero muy parecida a la mía, con la gran diferencia de que aquella era nueva, y sobre ella, había una nota:

*La única piel que deseo es la tuya y ojalá que la única piel con la que sueñas sea la mía.*

*PD: Me he probado la cazadora desnuda y aunque me queda de lujo, estoy segura de que te quedará mejor a ti.*

Tiré la nota y la cazadora en el sofá y cambié el sillón de Calvin por mi cama. Quería esconderme del mundo y necesitaba oscuridad. Sin Gigi la luz se había apagado. ¿Qué diablos había hecho?, ¿qué más da si éramos tú, yo o nosotros? ¡Sólo eran unos malditos pronombre! Y yo la necesitaba.

## Capítulo 18

### *Gigi*

¿Qué había pasado? ¿Habíamos roto? ¿Por qué? No me dejó explicarle, me apartó sin más. ¿Ya no éramos «tú y yo»? Era tal el dolor que sentía en mi pecho, que tenía la sensación de que me faltaba el aire, y las lágrimas incontrolables se sucedían sin que yo pudiese hacer nada. En este estado no podía coger el coche e ir a casa, por suerte, mi abuela vivía en el mismo edificio, y hacia allí fui, rogando por no encontrarme con ningún vecino y porque *nonna* estuviese en casa.

«Ring, ring, ring, ring...» Tenía que insistir, necesitaba a mi abuela.

—¡*Piccolina!* ¿Qué ha pasado? —me preguntó preocupada al mismo tiempo que me recibía con los brazos abiertos—. Tranquila, *amore*, déjalo ir. —Y así, abrazadas, entramos en el salón y juntas, nos sentamos en el sofá.

—¿Qué pasa? —preguntó Sean, el novio-casero de mi abuela—. ¿Gigi? —el casero me miró y, sin decir nada, se hizo cargo de la situación y, frunciendo el ceño, volvió a hablar—: ¿Ya la ha fastidiado el muchacho? Voy a preparar té y luego esta muchachita va a contarnos qué ha pasado, ¿verdad, cielo?

Dejando de sollozar, asentí con la cabeza.

*Nonna* no había dejado de abrazarme y poco a poco, fui sosegándome. El dolor en el pecho seguía latente, sentí que mi corazón se había desgarrado y mi respiración se fue normalizando. Sean se acercó a nosotras y dejando la bandeja con dos tazas en la mesita, se acercó al mueble bar y se sirvió un bourbon.

—Ahora cielo, nos vas a explicar que ha sucedido —dijo Sean.

Empecé por explicarles el resultado de la propuesta a Noah como modelo de mi última campaña y entré de lleno en el problema.

*Dos días antes*

—¡Gigi!, venga, que el taxi te espera y vas a llegar tarde. En menos de media hora, te espera el señor Di Angelo —me recordó Matilda.

—Lo sé, y Matilda, cuento con tú discreción, nadie debe saber nada acerca de esta reunión —le dije, guiñándole un ojo. Aparte de mi ayudante, era mi confidente en la oficina, hacíamos un tándem increíble.

Y me fui a la entrevista concertada, no sabiendo que esperar de ella,

pero con la mente muy abierta. No conocía al Sr. Di Angelo, y por la conversación que habíamos mantenido, daba la sensación de ser un señor de mediana edad, un poco calvo y con una incipiente barriguita, así que perdida en mis pensamientos, entré en el restaurante en el que habíamos quedado. Pregunté por él y mientras nos dirigíamos hacia la mesa, recé para que no fuese un baboso. De repente, el amable camarero que me había acompañado, me indicó donde estaba el Sr. Di Angelo y ¡OMG! ¿Pero dónde estaba este Adonis cuando yo estaba en el mercado de mujeres solteras?, ¡Qué injusta era la vida! Ahora que mi corazón estaba ocupado, se me presentaba semejante espécimen digno de un buen... baile horizontal. Vamos, era un rompebragas en toda regla y por encima, con el porte seductor *made in Italy* y denominación de origen. Suerte que estaba bien servida, que si no le hubiese tirado mi tanga igual que una quinceañera ante su ídolo. Mientras recuperaba la compostura y el aliento, noté que yo tampoco le era indiferente al «Dios Di Angelo», pero yo tenía un «tú y yo» con Noah y recordando su sonrisa, olvidé lo hermoso que era el hombre que tenía delante.

—¡*Buona notte, bella* Giovanna! —dijo con voz seductora y acercando su mano.

—¡*Buona notte*, señor Di Angelo —le contesté yo sonriendo, al mismo tiempo que él cogía mi mano y se la acercaba a los labios. Con el contacto, una corriente eléctrica me sacudió pero decidí hacer caso omiso.

—*Prego* —dijo, acercándome la silla como todo un caballero.

—¡*Grazie!*

—Por su nombre imagine que era italiana, claro que el apellido Foster me despistó, aunque viéndola ahora, tengo dudas.

—Bueno, debo decirle que tengo sangre italiana y, según mi padre, carácter italiano. Mis abuelos maternos eran italianos, aunque mi madre naciera en Londres.

—¿De dónde son sus abuelos?

—Mi abuelo era de Siena y mi *nonna* es Florentina. ¿Usted?

—¡*Prego!*, ¿podríamos tutearnos?, me haces sentir mayor, Giovanna.

—Gigi, por favor, se me hace raro que me llamen así, Giovanna era mi madre.

—De acuerdo, Gigi, y por favor, llámame Pietro, nada de señor Di Angelo. Yo nací en Roma, pero actualmente vivo en Florencia.

—Muy bien, Pietro. Me gustaría, antes de nada, que me explicases, ¿por

qué yo?, si no llevo tu cuenta... —Tenía que saber de primera mano, qué o quién estaban detrás de su llamada, no quería que hubiese ningún tipo confusión.

—Siempre, ¿eres así de directa?

—Sí cuando se trata de trabajo —no quería mentirle.

—Además de bellísima, sincera, ¡me gusta! —exclamó mirándome fijamente a los ojos, buscando algún tipo de reacción. Lo que él no sabía era que yo estaba en modo trabajo y tenía ante él a Gigi, la fría e implacable.

—Espero su respuesta, Pietro.

—Ningún problema. Agnes, la fotógrafa me habló de ti, es una vieja amiga. En una reunión le comenté mi última idea y que lo único que me retenía, por el momento, era la persona encargada de mi cuenta. Y surgió tu nombre. Agnes, tiene mucha fe en ti y no entiende como no te dan más peso en tu trabajo. —Claro, no soy una limpiadora de sables», pensé yo—. ¿Satisfecha tu curiosidad?

—Sí, y ¿qué es lo que tienes pensado? ¿Qué esperas de mí?

—*¡Bravísima!*, quiero crear una línea de venta online, y ahí es dónde entras tú, la gestionarías con libertad total de hacer y deshacer: modelos, bloggers, eventos, presentaciones, aunque como presidente de la compañía me gustaría comprobar todo antes de ser lanzado. Así en grandes rasgos, es lo que tengo pensado y lo que espero de ti. —Empecé a boquear como un pez, era todo un sueño, trabajar para una gran compañía con libertad de movimientos, creatividad—. En principio te tendrías que trasladar a la central en Florencia, igual dentro de un año o año y medio, podríamos hablar de volver a Londres. Piensa que lo que te estoy proponiendo es para dentro de tres meses. Sé que es una decisión difícil y no sé cuál es tu situación, ¿pareja? ¿Hijos? No necesito que me des una respuesta ya, pero la necesito como muy tarde dentro de dos meses.

—*¡Santa Madonna!* Es una oportunidad increíble, ¡y en Florencia! Pero no me quiero precipitar, me llegas a hacer esta propuesta hace un mes y ahora mismo ya estaría allí.

—Entiendo, ¿hay alguien? —dijo con desilusión.

—Sí —respondí con sinceridad. Era lo que él quería, ¿no?—. Llevamos poco tiempo, pero es alguien muy especial.

Continué explicando a *nonna* y a Sean todo lo sucedido. Les conté que aún no había decidido nada, que se lo había intentado explicar a Noah y que él no se lo había tomado nada bien, ¡qué digo!, ¡me había dejado!

—¡Oh, Gigi!, es una verdadera oportunidad, entiendo que no lo tengas claro y que necesites tiempo para pensártelo, pero creo que Noah, no ha sabido gestionarlo. Y por lo poco que lo conozco, creo que está asustado, y como muchos animales cuando se les asusta, ¿qué hacen?, atacan. —Mi abuela intentó darme un poco de luz con sus palabras.

—Pero... —no pude continuar, las ganas de llorar habían vuelto con fuerza.

—Pequeña, Noah, está enamorado de ti hasta el tuétano, sólo había que ver como ayer te miraba con ojitos de cordero degollado. Estoy con Gia, está asustado, y cuando recapacite vendrá a pedirte perdón. Estoy seguro de que ahora mismo, no lo está pasando nada bien —Sean parecía muy seguro de lo que decía—. No llores más, princesa, escucha a este viejo casero que sabe de lo que habla.

—No sé, Sean, yo no lo tengo tan claro —y continué llorando silenciosamente.

—*Amore*, por qué no te vas un rato a descansar. Seguro que después de una siestecita, lo verás todo con otros ojos, así «mi casero» y yo te prepararemos la lasaña que tanto te gusta, *¿va bene?*

En ese momento, el plan de mi abuela me parecía de lo más apetecible, necesitaba descansar y a poder ser, olvidar durante unos instantes esa horrible pesadilla.

En algún momento, durante el duermevela en el que me mantenía, creí oír el timbre y una voz que me resultaba familiar, una voz que había sido música celestial para mis oídos.

—Ahora no, Noah, mi nieta está descansando.

—¡Por favor! Señora Gia, he sido un necio, debo hablar con ella, pedirle perdón, por ser tan...

No estaba soñando, el que estaba en la puerta hablando con mi abuela era él, suplicaba verme y hablar conmigo, me reincorporé en el sofá y Sean se acercó a mí.

—Noah, está aquí —me dijo el casero, como si no le hubiese oído hablar. Asentí. —¿Qué quieres que hagamos? Lo dejamos entrar o lo echamos, tú decides.

—No sé qué hacer —sollocé.

—Escucha tú corazón, ¿qué te dice, preciosa?

—Dejadlo entrar.

Sean se levantó y se dirigió hacia la entrada, no pude escuchar lo que hablaron ya que bajaron el tono de voz. Oí la puerta cerrarse y levantando la vista, allí estaba en la entrada del salón, con las manos dentro de los bolsillos, cabizbajo y con unas ojeras de campeonato. No creo que tuviese mejor cara que yo.

—Gigi —susurró mi nombre, acercándose peligrosamente.

No podía dejar de mirarle y las lágrimas volvieron a hacer acto de presencia.

—Cariño, no llores más, perdóname, me he dejado llevar por mi malhumor y mi negatividad. No pensaba lo que decir, soy gruñón ¿recuerdas? —dijo agachándose y poniéndose frente a mí. —Me entró el pánico. Esta semana ha sido dura, nos hemos visto muy poco y te he echado mucho de menos y la fiesta de ayer no ayudó mucho. Quería tenerte para mí solo, tener una celebración privada y ¿qué hice?, beber como un cosaco. Lo siento tanto, mi amor —continuó Noah, realmente arrepentido.

No pude aguantar más y me lancé a sus brazos.

—Preciosa, soy lo peor, me he portado fatal contigo, no quiero separarme de ti, quiero continuar siendo «tú y yo», quiero oírte reír y ser yo el motivo, quiero besarte hasta morir, hacerte el amor hasta caer rendidos, quiero bailar contigo bajo la lluvia, quiero pasear contigo cogidos de la mano, quiero que me cantes canciones cuando vayamos en el coche, quiero... Quiero que seamos más que «tú y yo», quiero ser tu novio, tu amante, tu amigo, lo quiero todo contigo. Estas horas que hemos estado separados han sido un infierno. Ya no me imagino la vida sin ti. ¿Qué me dices, pelirroja? —Mi veterinario del alma estaba para comérselo y yo no podía negarme a lo que me estaba proponiendo, iba en contra de mi religión, le amaba y yo también lo quería todo con él.

—¡Oh, *amore!* Te digo sí —Y nos fundimos en un abrazo reparador, de los que ponen todo en su sitio.

—¡Gigi, gracias! La cazadora, la nota..., hacía tiempo que no lloraba, me he sentido tan pequeño. No he sabido reaccionar y lo he hecho de la peor manera. —Se separó de mí y fue en busca de mi boca, para sellar con un húmedo y largo beso, la reconciliación a nuestra primera crisis de pareja—.

En cuanto al trabajo en Italia, te apoyaré al cien por cien. He estado mirando y hay vuelos muy baratos. No conozco Italia y creo que va siendo hora de conocerla. Te vas aburrir de verme todos los fines de semana.

—Noah, aún no he decidido aceptar, tengo dos meses para tomar una decisión. No, quiero decir... para que tomemos una decisión, porque eso es lo que hacen las parejas, ¿no?

—Pues eso haremos. Y ahora vámonos a mi piso a celebrar mi cumpleaños y tu oferta laboral como debimos hacerlo ayer.

—¡Ah, no! —le dije divertida negando con la cabeza—. Primero comemos con *nonna* y Sean que han preparado una lasaña exquisita.

—¡Chica lista! Vamos a reponer fuerzas porque luego no te voy a dar tregua. Se me están ocurriendo unas cosas... ¿te podrás volver a poner la cazadora que me regalaste?

—¡*Mamma mia!* Me estás poniendo a cien. Lo mejor será que después de comer nos vayamos a mi casa porque no quiero escandalizar a tus vecinos con mis jadeos y gritos —le dije mirándolo sugerentemente—. Y no te olvides de coger una muda y el cepillo de dientes, porque no te pienso soltar hasta la hora de ir a trabajar.

—Prométemelo —suplicó mi chico—. Espero que la lasaña sea de espinaca. Vas a saber tú de lo que es capaz Popeye, el veterinario.

—Vete a buscar a *nonna* y a Sean, mientras voy al baño, y date prisa, que tenemos que hacer mucho el amor estar tarde, y estamos perdiendo el tiempo, ¡venga! —apremié a Noah que muy diligentemente fue en busca de ellos.

La comida transcurrió con tranquilidad. En la mesa pude observar lo feliz que Sean hacía a mi abuela, estaba radiante y era la mismísima cara de la felicidad. Sean me pilló observándolos y me guiñó un ojo. Yo alcé mi copa en modo de agradecimiento. *Nonna* habían sido mi tabla de salvación. Después de todo, había resultado ser un día muy revelador, Noah se me había declarado y ahora éramos novios formales. ¡Viva!

Por fin, nos fuimos a mi casa, donde sellamos la reconciliación a base de hacer el amor, hablar, reír, disfrutar... Notaba que Noah se estaba abriendo totalmente, y aunque aún no estaba preparado para recibir un «te quiero», estábamos progresando adecuadamente. Nuestra pequeña crisis había sido de gran ayuda en este aspecto. Todo tenía siempre su lado positivo.

Por la noche, abrazada a Noah, sintiendo su respiración acompasada, fui

más consciente que nunca de que estaba ante el amor de mi vida, el futuro padre de mis hijos, pero tenía que ser cauta y paciente, llevábamos ritmos diferentes. Y en algún momento se ensamblarían, estaba segurísima.

Esa semana era decisiva. En mi trabajo esperaba convencer a Noah para que aceptase hacer la campaña del champú Dutty dog, y en cuanto a lo de llamar a la agencia de modelos, yo no lo veía tan claro. Era mejor que decidiera él. ¿Italia? Dejaría reposar el tema unos días.

## Capítulo 19

*Noah*

Volvía a estar sentado en la recepción de la empresa de Gigi, frente a aquella chica que parecía salida de un anuncio de una elegante marca de ropa italiana. Probablemente, su ropa costase más que la totalidad del interior de mi armario.

No me entusiasmaba la idea de ser la imagen de la campaña publicitaria de Gigi, pero comencé a verle la parte positiva: el dinero. Llevaba años intentando ahorrar para abrir mi propia clínica veterinaria en el centro de Londres y me vendrían de perlas unos ingresos extra. No me desagradaba trabajar en el zoo, pero el sueldo era pequeño y el horario era malísimo. Una cosa era estar disponible para atender urgencias y otra muy distinta, era trabajar a turnos y tener que hacer horas extras, día sí y día también. Trabajando allí, tardaría lustros en poder ahorrar lo suficiente, así que ¿por qué no acelerar los sueños? Siempre había escuchado que en el mundo de la moda pagaban muy bien, entonces, ¿por qué no sacarle provecho a esta imagen que parecía agradarle a medio mundo aunque no entendiese la razón?

—Me alegro mucho de que hayas decidido aceptar —me dijo mi chica ya en su despacho.

—Bueno, es una buena excusa para pasar juntos más tiempo. —Me encantaba estar con Gigi, aunque habría sido mejor si ese tiempo lo hubiésemos disfrutado en su casa en posición horizontal.

—Me he tomado la libertad de invitar a las dueñas de la agencia que está interesada en ti para presenciar la sesión de fotos.

—Gigi, yo no sé si sabré... —Tal vez sus expectativas eran muy altas e igual yo no daba la talla.

—No te preocupes. Sé tú mismo y ya está. Y no le des más vueltas. Si les gustas y te proponen algo bueno, siempre podrás pensártelo y tomarte tu tiempo para decidir.

—Vale. Y hablando de decisiones... —dejé caer—. No hemos vuelto a hablar sobre tu oferta de empleo y creo que deberíamos hacerlo. No quiero presionarte, de verdad, pero me gustaría saber qué es lo que te gustaría hacer.

—No quiero dejarte. Quiero estar contigo —dijo con ojos de corderito degollado.

—Pero, pelirroja, ahora no estoy hablando de mí, estoy hablando de ti y de ese trabajo. ¿Te gustaría aceptarlo?

—Creo que es una buena oportunidad profesional. —Necesitaba escuchar un sí o un no, pero se resistía a darme una respuesta concreta.

—Aún no me has contestado, ¿te gustaría aceptarlo?

—No...

—A ver, te lo voy a poner más fácil. ¿Si no estuviese yo en tu vida, lo aceptarías?

—Sí —respondió insegura por no saber a dónde le llevaría esa respuesta. No era lo que yo esperaba escuchar, pero le agradecía que me hablase con sinceridad.

—Venga, está bien. —No quería hablar de la posibilidad de que se fuese a vivir a Italia—. Vayamos a esa sesión de fotos en la que tengo que ofrecer mi mejor perfil —dije, divertido.

Me hicieron pasar por peluquería y maquillaje, aunque no sé para qué. Querían que pareciese que no iba peinado ni maquillado, así que me daba la impresión que me habían dejado igual que antes de pasar por chapa y pintura. Luego, me tocó ir a la sección de vestuario y me hicieron ponerme un pantalón desgastado, una camiseta blanca y una sudadera gris. Un vestuario muy similar al que me ponía todos los días. Sí, por surrealista que me pareciese, tenía que ser cierto y mi imagen debía estar de moda. Pero no todo iba a ser tan fácil. Me hicieron ponerme un par de cadenas de plata, unas pulseras y unos anillos y casi me da un patatús. A mí eso del joyerío me resultaba un poquito femenino. Inspiré en profundidad y me repetí una y otra vez: *no te preocupes, Noah, es sólo por dinero. Esto no va a echar por los suelos tu hombría.*

Y en cuestión de minutos, Agnes, la fotógrafa, empezó a disparar su cámara. Me quedé paralizado. Había demasiada gente en esa sala. Demasiada gente pendiente de mis movimientos. Agnes percibió mi incomodidad, bajó su cámara y se acercó.

—Noah, aunque sea difícil, debes intentar abstraerte y centrarte sólo en mí y en la cámara. Podré música, seguro que eso te ayuda.

La fotógrafa se acercó a un equipo de sonido al que conectó un *pendrive* y en décimas de segundo comenzó a sonar *Shape of you* de Ed Sheeran. Adoraba esa canción porque me recordaba a mi pelirroja y a lo enamorado que estaba de ella y de su cuerpo. Y pensando en ella y en sus maravillosas curvas, comencé a relajarme. Gigi me miraba nerviosa, en

compañía de un hombre que parecía ser su millonario y exigente cliente, y vi miedo en su cara. Probablemente, por un instante, dudó y pensó en que tal vez yo no era la persona indicada para ese trabajo. No quería decepcionarla y me dejé llevar por la música.

Agnes parecía estar disfrutando de su trabajo y no paraba de repetirme lo mucho que yo le gustaba a la cámara y lo bien que lo estaba haciendo.

—Por un hombre como tú, volvería a ser heterosexual —pronunció mi fotografía de un modo muy sugerente y yo me reí a carcajadas.

Y sí, había conseguido divertirme sonriéndole a una cámara. Aquella mujer tenía una magia especial.

Al finalizar la sesión. Agnes me felicitó, el cliente de Gigi también me dio la enhorabuena por mi trabajo y Gigi me presentó a las dos mujeres que habían venido de la agencia de modelos más importante de Londres sólo porque Agnes y ella les dijeron que lo que verían en aquella sesión merecía mucho la pena.

—Te dejo a solas con ellas para que podáis charlar tranquilos. —Nos dijo Gigi justo antes de acercarse a su cliente para cerrar algún aspecto de la campaña.

Aquellas mujeres no dejaban de halagarme de todos los modos posibles y su cercanía tanto física como verbal me resultó un poco violenta. Ellas me trataban como si fuese uno de los hombres más atractivos que habían visto jamás y yo sólo podía ver cómo Gigi me observaba de reojo con un gesto más serio de lo esperado. La sesión de fotos había sido un éxito pero mi chica no parecía estar contenta.

Aquellas mujeres y yo acordamos una reunión en su agencia y cuando, por fin, me dejaron libre, Gigi me dijo que nos veríamos en su casa porque tenía una reunión muy importante.

Me sentí decepcionado. Me hubiese gustado mucho haber podido comentar con ella todo lo que acababa de suceder, pero era una mujer muy ocupada y no tenía tiempo para dedicarle a su novio.

Me fui para su casa e hice lo que me dijo, esperarla. Me sentía raro pero quise animarme pensando que mi sueño estaba mucho más cerca de lo que esperaba y mientras me esforzaba por ilusionarme con mi nuevo y cercano proyecto, recibí un mensaje. Era de mi primo Archie. Me decía que había conocido a la mujer de su vida, que se había enamorado, que la noche de mi cumpleaños había sido la mejor noche de su existencia y que necesitaba mi

ayuda para intentar localizarla. Pero, ¿por qué yo? ¿Tenía cara de Celestina? Su siguiente mensaje me hizo salir de dudas. La chica de la que se había enamorado era Melanie, Miss Veterinaria 2015. A punto estuvo de darme un síncope, pero me conformé con un ataque de risa. ¿Necesitaba mi ayuda? Por supuesto que se la daría. Quién era yo para ir en contra de amor y del destino.

Un par de horas después, llegó Gigi. Parecía triste y agotada y no estaba en absoluto comunicativa.

—¿Te encuentras bien? —le pregunté cariñoso.

—Sí, pero me duele un poco la cabeza. —Ya parecíamos una de esas parejas que llevan décadas juntos y no se soportan.

—¿Quieres que te prepare algo de cena? —Me ofrecí a prepararle de comer aunque odiaba la cocina.

—No, voy a darme una ducha y me iré a la cama.

—¿Prefieres que me vaya?

—No, puedes quedarte —respondió con desánimo como si fuese un globo que se estaba deshinchando.

Y aquel fue uno de los momentos más incómodos en nuestra relación. Quería estar con ella, pero era evidente que, en aquel instante, a ella no le hacía muy feliz mi presencia. Sabía que lo mejor era salir de allí, pero estaba seguro de que si lo hacía, ella no me lo perdonaría.

Así que decidí quedarme aun sabiendo que me trataría como elapestado que dormía al otro lado de su cama. Tuve la tentación de gritarle: ¿pero no me necesitabas tanto y querías tenerlo todo conmigo?, ¿por qué me tratas como si fuera invisible? Sin embargo, me contuve. Aquel no era momento para reproches porque si algo tenía claro, era que Gigi no estaba nada receptiva.

Sabía que estaba enamorada de mí, igual que yo lo estaba de ella, pero algo no iba bien y no era la falta de atracción, de deseo o de amor, sino todo lo contrario. Era como si los dos supiésemos que nuestros caminos viajaban paralelos pero por separado. Queríamos estar juntos, pero teníamos sueños que nos alejaban. Ella quería triunfar en el mundo del marketing y la publicidad y lo conseguiría aunque fuese a miles de kilómetros de distancia. Y yo... yo acabaría abriendo mi clínica y... la esperaría. Sí, esperaría a que con el tiempo su camino se cruzase con el mío. Y ese pensamiento me estremeció y me asustó porque la única razón por la que estaba dispuesto a esperarla era porque la quería. Aunque me costase creerlo y no fuese capaz de reconocerlo abiertamente, no sólo estaba enamorado de Gigi sino que la amaba

profundamente. Estaba perdido.

Sonó el teléfono y me arrancó de mis pensamientos autodestructivos. Me sorprendió ver el nombre de Marcus ya que hacía semanas que no habíamos vuelto a tener noticias suyas. Descolgué aunque no sabía por qué.

—¿Qué ocurre, Marcus?

—Te necesito, amigo —pronunció sumido en el llanto—. Necesito verte o haré una locura.

Y sin pretenderlo, Marcus me había permitido salir huyendo del piso de Gigi y del extraño e irrespirable clima que se había creado entre nosotros. Le pedí a Marcus que me esperase en las escaleras de la entrada de mi edificio porque aunque no creía que Calvin y Nicole estuviesen en casa, no quería que les montase ningún tipo de escenita de melodrama mexicano.

—¿Estás bien? —le pregunté cuando llegué al mismo tiempo que me sentaba a su lado.

—No, quiero morirme. —Sabía que mi ex amigo era un teatrero nato, pero aun así su afirmación y su cara demacrada me asustaron.

—Venga, no seas dramático. Sal, tómate una copa, conoce a un par de chicas y diviértete; ya verás cómo se te pasa la angustia.

—Echo de menos a Nicole —confesó compungido.

—Nicole ha rehecho su vida y es muy feliz.

No pretendía hundirlo en la miseria pero era la verdad.

—No creo que Calvin pueda hacerla feliz, es un niño.

—No te voy a permitir que hables así de Calvin; además, y aunque tu duela, jamás había visto esa sonrisa y esa mirada en la cara de Nicole y te puedo asegurar que el culpable es ese niño.

—Me han echado del trabajo —dijo con la mirada perdida en la oscuridad de la noche.

—Lo siento.

—Y no tardarán en echarme de mi piso si no tengo dinero para pagar el alquiler.

—Lo siento, Marcus, pero yo no puedo ayudarte. Tú solito te has encargado de echar tu vida por la borda y eres tú el que debe recuperarla.

—Pensé que éramos amigos.

—Marcus, tú no quieres amigos. Tú sólo quieres sirvientes que solucionen tus problemas.

—¿Y qué voy a hacer ahora?

—Reflexionar sobre todas esas cosas que has hecho mal, para empezar de nuevo y no volver a cometer los mismos errores.

Sé quedó pensativo.

—¿Y no podrías prestarme algo de dinero? Unos amigos van a... —No tardó en salir el Marcus liante a quien le encantaban los trapicheos y los asuntos turbios.

—Esta conversación se ha terminado aquí —le dije molesto mientras me ponía en pie. No estaba dispuesto a continuar esa conversación ni un segundo más. Todo ese melodrama sólo había sido una estrategia para desplumarme.

—Lo siento —dijo sin gota de arrepentimiento.

—Por favor, aléjate de nosotros, de verdad. Si aún te queda algo de cariño hacia Nicole o si me tienes algo de aprecio, por favor, no vuelvas por aquí.

—Lo siento, no volveré a hacerlo. —Quizás no era cierto, pero preferí creer que, en ese preciso instante, Marcus desaparecería de nuestras vidas para siempre.

Lo vi alejarse en la acera, cabizbajo y abatido por no hablar conseguido su objetivo. Aquella noche no podría apostar en la timba del siglo. Y yo, aunque podía volver al piso de Gigi, decidí quedarme en mi casa porque estaba convencido de que ella necesitaba tener su espacio y estar sola. Estuve a punto de mandarle un mensaje para avisarla de que no volvería a su piso, pero mis dedos se quedaron atascados en medio de las palabras porque no sabía qué decir. O sí lo sabía. Un «simple» te quiero, habría sido el mejor mensaje o por lo menos, el más sincero.

## Capítulo 20

### *Gigi*

Noah se había marchado sin decir nada y lo entendía perfectamente, aquel día había sido la peor de las compañías, ¿qué estaba pasando?, me sentía acobardada y hundida, ver a las dos «velociraptoras» alrededor de Noah, fue brutal, me hizo ser consciente en el mundo en el que se sumergiría de ahora en adelante, mujeres babeando a su alrededor, provocándole, ofreciéndose... Y yo, ¿estaba preparada para todo lo que se nos venía encima? Además, estaba la oferta de trabajo en Italia. La situación me sobrepasaba y no me gustaba nada como lo estaba llevando. Estaba adoptando la táctica del avestruz, me escondía y me negaba a afrontar la realidad. No podía continuar así, *nonna* me había inculcado desde pequeña que los problemas había que enfrentarlos y se buscaban soluciones, pero jamás de los jamases, uno debía esconderse. Así que decidí echarle valor y hacerle frente a nuestra nueva situación y le mandé un mensaje por *whatssap* a mi veterinario.

**GIGI:** Amore, perdóname, esta noche no he sido precisamente la mejor de las novias, ¿Quedamos mañana para cenar en tu restaurante favorito, y hablamos de todo?

Dejé el móvil en mi mesita, en ese momento me sentía mucho mejor. ¡Esa era yo! y no el despojo humano que había sido durante el día. Cuando llegó un mensaje a mi móvil, rauda y veloz me precipite sobre él, para ver si era de mi novio.

**NOAH:** ¿Me vas a llevar al McDonalds?

**GIGI:** ¿Es tú restaurante favorito??? Porque no me sorprende. Te llevaré a donde quieras.

**NOAH:** ¡Genial! Mañana tenemos una cita. No hace falta que te vistas de etiqueta.

**GIGI:** ¿Te paso a recoger por el zoo sobre las siete?

**NOAH:** ¿No puede ser antes? Tengo muchas ganas de estar contigo.

**GIGI:** ¿Mañana no trabajas?

**NOAH:** Sí, pero termino a las dos, tengo la tarde libre.

**GIGI:** ¿Sabes qué?, acabo de decidir que mañana yo también voy a tener la tarde libre.

**NOAH:** Sabia decisión, ¿cambiamos cena por comida?

**GIGI:** No, mejor todavía, comemos y cenamos juntos.

**NOAH:** Esa es mi chica, ¡acepto!

**GIGI:** Te paso a buscar a las dos y media.

**NOAH:** Perfecto.

**GIGI:** Noah... Yo también tengo muchas ganas de estar contigo. Hasta mañana, cariño.

**NOAH:** Se me va hacer eterna la mañana. Hasta mañana, pelirroja de mi corazón.

Ya podía dormir tranquila aunque a mí también se me iban a hacer las horas interminables.

Después de una mañana infernal, gracias a mi estupenda compañera Deborah La Lewinsky. Como andaba muy ocupada con sus trabajitos orales y manuales, se había despistado y no había preparado los bocetos que tenía que presentar ante un cliente y Jake, el Director Creativo y nuestro jefe, nos había pedido a todos que le echásemos una mano para terminarlo. Claro, sus manos habían estado ocupadas en cierta parte de su anatomía y ahora todos a correr para ayudar a esa trepa sin escrúpulos. Suerte que a primera hora de la mañana ya les había dejado caer que por la tarde tenía visita con el médico y me iba al mediodía.

Y por fin salí de allí, cada día tenía más claro que mis días en esa empresa estaban contados, no sé si sería en Italia o en Londres, pero estaba decidida a que mi situación laboral cambiase. Pensando en el futuro, llegué a tiempo al zoo y allí, en la puerta me estaba esperando mi chico, más guapo que nunca y con una sonrisa que deslumbraba.

—¿Subes, macizorro?

—¡Eh! Chica, ¡qué atrevida! —Se acercó a mí y me dio uno de esos besos que cuando acababan no sabías si ibas o venías.

—¡Delicioso!

—Preciosa, ahora nos vamos a comer y vamos hablar de lo que paso ayer, de Italia, de mi nuevo trabajo y cuando lo tengamos todo aclarado, nos vamos a tú casa, que tengo muchas ganas de hacerte el amor y perderme en ti.

Y volvió a besarme.

—Pues, venga, vámonos que tenemos mucho que hacer y no hay tiempo que perder.

Y nos fuimos a comer al McDonalds, ¿quién necesitaba el glamour para tener una comida romántica? Desde luego con la compañía adecuada qué más

daba el lugar. Al principio, me costó abrirme y poco a poco, le expliqué lo que había pasado el día anterior y mis miedos al verlo rodeado de lobas. Reconocí que igual no llevaba tan bien el hecho de tener un novio súper modelo, y tal vez, sólo tal vez, era un poco celosa. Noah me escuchó atentamente, entre sorprendido y comprensivo, al ver que todo había sido producto de lo que sentía por él y no porque él hubiese hecho algo incorrecto. Me aseguró que él tampoco se había sentido cómodo con las chicas de la agencia y que en general, las lobas y las «velociraptoras» nunca le habían atraído y menos ahora que estábamos juntos. Primer tema zanjado, ahora tocaba el que nos pesaba como una losa.

—Gigi, ayer te pregunté que ibas hacer con la oferta de trabajo de Italia. —Intenté decir algo, pero Noah no me dejó continuar—: Déjame terminar por favor y luego hablas tú. Sé que llevamos poco tiempo y nuestra relación no está totalmente consolidada, y para acabar de rematarlo, nos dejamos llevar por nuestras inseguridades que no nos ayudan en nada, pero hemos de ser fuertes y si queremos que esto funcione, nos tenemos de apoyar. La oferta de Italia laboralmente es lo mejor que te podía pasar y yo no quiero ser un impedimento para que vuelas y cumplas tu sueño. ¡No te asustes pelirroja!, lo que te quiero decir es que estaré a tú lado y más que dispuesto a volar en cuanto pueda a la *Bella Italia* para estar contigo y que me hagas de guía.

No pude dejarlo continuar, me eché encima de él y me recibió con los brazos abiertos.

—¡Oh, Noah! De verdad, ¿estás dispuesto a llevar una relación en la distancia?

— Cariño, no quiero perderte, además he aceptado el trabajo de modelo y yo también voy a viajar. ¿Y quién nos dice que además de Italia no nos podremos citar en cualquier otro país y hacer turismo?

—¿En serio? ¿Has aceptado?, y ¿qué pasa con tú trabajo en el zoo?

—De momento intentaré compaginarlo haciendo cambio de turnos. Igual tenía que haber hablado contigo primero antes de aceptar, ¿no?

—Noah, esta oportunidad ha venido de mi mano y serías tonto sino la aceptases.

—Tienes razón y ¿tú aceptarás?

—Está mañana, después de una jornada horrible he tomado una decisión, no puedo continuar allí, la única manera de promocionarme es agachándome..., tú ya me entiendes, y no estoy dispuesta. Así que antes de

aceptar lo de Italia, voy a ver qué ofertas hay aquí en Londres.

—¿Estás segura? —me preguntó Noah.

—Sí, tengo aún dos meses para dar una respuesta a lo de Italia, mientras tanto quiero ver cómo está aquí el mercado, igual tengo suerte y ¡*Voilà!* Aparece el trabajo de mi vida en mi ciudad.

Continuamos hablando y abriéndonos, estableciendo las bases de nuestra relación, teniendo en cuenta que nuestras vidas estaban a punto de cambiar. Teníamos que estar preparados y más unidos que nunca para afrontar el futuro. Después de una copiosa comida en el restaurante favorito de mi chico, decidimos acabar la tarde en mi casa, donde dimos rienda suelta a la pasión y entre las sábanas de mi cama, firmamos entre caricias, abrazos, besos y jadeos todos los acuerdos a los que habíamos llegado por la tarde.

Las semanas iban pasando y aunque nuestra relación se había fortalecido, el trabajo de modelo de Noah lo mantenía muy ocupado y escasos eran los días que podíamos vernos. En mi interior sentía que poco a poco nos estábamos distanciando, pero acallaba estas sensaciones centrándome en buscar trabajo. De momento, la búsqueda no estaba dando sus frutos, pero yo no cesaba en mi empeño, hasta que todo se precipitó y ¡de qué manera!

Era un lunes y como cualquier inicio de semana, me dirigí a mi puesto de trabajo a *lo walking dead*, después de un fin de semana en el que, por fin, pude tener a Noah sólo para mí. La vuelta a la rutina fue horrible.

Llegué a la oficina y Matilda me estaba esperando.

—Gigi, acaba de llamar el señor Pietro Di Angelo. Dice que lo llames, que es urgente —me informó mi asistente.

—Buenos días, Matilda. ¿Y no te ha dicho nada más?

—Sí, con esa voz tan varonil, me ha dado el número de su habitación del hotel y me ha pedido que vaya esta tarde cuando termine de trabajar.

—¿Qué? —estaba alucinando

—¡Te lo has creído! Ahora ya estás despierta del todo. Es que Gigi, hija, traías una cara de zombi, que no lo he podido resistir. Y no me ha dicho nada más, vete a llamarlo y así salimos de dudas.

—Voy por un café y lo llamo. Necesito cafeína en vena.

Antes de entrar en mi despacho, fui a por un café, tenía que estar preparada, intuía que esta llamada, iba a ser muy importante. Me senté en mi silla, acabé de tomar el café, cogí aire y el teléfono y me dispuse a llamar al Sr. Di Angelo. Después de tres tonos...

—¡*Buongiorno*, Gigi!

—¡*Buongiorno*, señor Di Angelo!

—Gigi, por favor, Pietro.

—De acuerdo Pietro, ¿qué tal? ¿Qué es tan urgente?

—Siempre tan directa. Iré al grano. Las cosas se han precipitado y necesito que me des una respuesta a finales de esta semana. Sé que te di dos meses pero la situación ha cambiado.

—¡*Oh, Santa Madonna!* —Menudo jarro de agua fría a primera hora de la mañana.

—¿Gigi, estás ahí?

—Sí, sí, estoy aquí. De acuerdo, este viernes te digo algo.

—Lo siento, de verdad, pero ya sabes, los negocios son los negocios. Te llamo el viernes por la mañana y quedamos para comer. *Ciao*, Gigi.

—*Ciao*, Pietro, nos vemos el viernes.

Desde luego no podía empezar peor la semana, el tiempo se agotaba, ¿qué hacía ahora? Después de pensar un buen rato, decidí enviar un mensaje por *whatsapp* a Noah para ver si podíamos quedar por la noche y hablarlo. Intenté centrarme en mi trabajo y finalmente, lo conseguí hasta que a la hora de comer recibí una llamada de Noah.

—¿Podemos vernos esta noche?

—Lo veo difícil cariño, la sesión termina tarde.

—Puf, es verdad; me lo dijiste ayer, es que tengo que hablar contigo. Es importante.

—¿No puede esperar a mañana? —Mientras el preguntaba mi cabeza no dejaba de dar vueltas. Si él no podía, tenía que pasar al Plan B, llamar a mis chicas, y hablarlo con ellas.

—Sabes qué voy hacer, llamaré a las chicas y quedaré con ellas para cenar, ¿qué te parece si cuando terminemos te llamo a ver si ya estás libre?

No podía esperar al día siguiente.

—¡Perfecto, preciosa! Puedes llamar a Nicole, esta semana Calvin está de viaje y le hará ilusión quedar con vosotras.

—Ya lo había pensado, *jamore!*

—Gigi, te dejo que tengo que pasar por chapa y pintura, hablamos esta noche. Adiós cariño —se despidió Noah.

—¡*Ciao, amore!*

Y pasé al plan B. Llamé a Ralphy para que convocase a las *Lovely Grrr*

y a Nicole, para una reunión de urgencia. Hacía días que no hablaba con ninguna de ellas. Desde el cumpleaños de Noah no habíamos vuelto a coincidir, nos enviamos algún que otro mensaje para que supusiésemos que estábamos vivas y poco más. Después de hablar con Ralphy, quedamos en juntarnos en el restaurante al lado del salón de belleza de las gemelas. Ellas cerraban tarde y tampoco se trataba de trasnochar mucho ya que al día siguiente había que trabajar.

Salí de la oficina directa a casa, para una ducha rápida y cambiarme de ropa. Me decidí por unos jeans, mi camiseta de Metallica, una americana y por supuesto unos taconazos. Estaba deseando verlas a todas y que me ayudasen a decidir qué hacer con la oferta de Italia. Era consciente de que la decisión era únicamente mía pero necesitaba varios puntos de vista, seguro que alguna de mis chicas me iluminaba con su valiosa sabiduría. Primero pasé a recoger a Ralphy, así podría hablar primero con ella. Llegue a su casa y ¡OMG! Me estaba esperando en la calle. Era la primera vez que quedaba con ella y no la tenía que esperar. Ese Lurve era una buena influencia.

—¡Hola, cari! —me saludó Ralphy entrando en el coche. Siempre me sorprendía verla entrar y como encajaba su metro noventa dentro de mi mini.

—Hola, Ralphy, ¿estás preciosa? —Y era verdad, lucía radiante. El estar locamente enamorada le había aportado luz.

—Pues, neni, siento decirte que tú no. Ya me estás contando qué ocurre.

—¡Oh, Ralphy! Esto es un desastre —empecé a sollozar.

—Ay, no me digas que el ex veterinario ahora modelo se ha portado mal con mi chica.

—No, no es eso, tengo que dar una respuesta este viernes a lo de Italia.

—¡Por Chanel! ¿A qué vienen tantas prisas?, ¿no tenías hasta finales del mes que viene?

—Esta mañana me ha llamado Pietro y me ha comunicado el cambio de fecha, ¿qué voy hacer Ralphy? Estoy hecha un lío, siento que si digo sí, voy a perder a Noah. Es la primera vez que lo digo en voz alta y suena peor que cuando lo pienso. Cari, a ti no te puedo mentir, estoy *off* total —terminé de explicarle a Ralphy.

—Gigi, una pregunta y quiero que me contestes con el corazón, deja la cabeza a un lado. ¿Qué sientes aquí? —dijo, tocándome el corazón—. Por favor, sé sincera.

—No quiero separarme de Noah.

—Pelirroja, creo que ya has tomado una decisión.

Que peso me acababa de sacar de encima, sabía que hablar con Ralphy iba a ser esclarecedor, ahora ya lo tenía claro, me dejaría llevar por el corazón, el trabajo era importante, pero mi relación con Noah más. Llegamos al restaurante y allí estaban las *twins* y Nicole, esperándonos. Como ya lo tenía claro, me dispuse a disfrutar de una cena de chicas.

Tras saludarnos, besarnos y abrazarnos, entramos al restaurante donde teníamos la mesa reservada.

—Gracias chicas por invitarme, me hace una ilusión tremenda estar aquí con vosotras —nos dijo Nicole y se la veía feliz.

—¡Ahora eres una de nosotras! Por cierto, Ralphy, tienes que meterla en el grupo de *whatsapp* de las *Lovely GRRR* —le dije yo a Ralphy.

—¡Ok, *darling*! Brindemos por la nueva incorporación a las *Lovely Grrr*, que pasarán a ser las *Lovely Five* —dijo alzando su copa—. Pero antes unas palabras de la nueva *Lovely*.

—Uy, chicas, la emoción me embarga, intentaré ser breve. Desde que dejé al energúmeno de mi ex, sólo me han pasado cosas buenas. Por fin tengo un novio que me quiere y me es fiel y ahora tengo un grupo de amigas maravillosas, que se quieren, se cuidan y para mí, es todo un honor poder formar parte de las *Lovely Five*. Así que chicas, alcemos las copas y brindemos por una larga y fructífera relación de amistad. —Y alzando las copas, brindamos por la nueva incorporación—. Y ahora por favor, quiero que cada una me haga un breve resumen de su situación sentimental para ponerme al día —dijo Nicole que se estaba dejando llevar y estaba disfrutando como nunca.

—Empezaré yo, porque además os tengo que hacer un anuncio —nos dijo muy seria Ralphy—. Estoy súper *in love* de un Lord, bueno, eso ya lo sabíais. —Nos miró a todas, mientras asentíamos al mismo tiempo—. Continúo: Hemos decidido dar un paso más en nuestra relación y el sábado de la semana que viene, apuntaros la fecha a fuego, vamos a dar una recepción, en términos de la nobleza, para las mundanas como nosotras, una *fiestuqui*, para presentarnos formalmente ante la sociedad como pareja.

—¿Cómo? —gritamos todas, igual de sincronizadas que un equipo de natación.

—¡Oh, chicas! Muero de amor. Mi Lorve ha decidido que no quiere esperar más y está decidido a que todo el mundo se entere de que estamos

juntos y muy enamorados.

—Ralphy, eso es maravilloso, cuenta con nosotros para apoyaros ese día —dije yo. Tenía claro que Noah y yo la apoyaríamos hasta el infinito y más allá—. Y vosotras ¿qué tal que estáis muy calladas? —les pregunté a las hermanas.

—Uy, yo como siempre soltera y por mucho tiempo —dijo Rina sonriendo—. Pero aquí mi hermanita se ha llevado un chasco.

—¿Os acordáis de que había quedado con un chico que era del mismo pueblo que nuestros padres? Pues resulta que el muy desgraciado, está casado y con cuatro niños. Os podéis imaginar cómo me quedé cuando me enteré.

—¿Cómo lo descubristeis? —preguntó Ralphy. Su cara ya estaba cambiando de color.

—Rina habló con nuestros padres y por cosas de la vida, salió el tema del panadero y nos enteramos de todo. Lo mejor fue cuando me presenté en su casa, para hablar con su mujer, pero tranquilas, no le dije nada a ella, bastante tiene con tener más cuernos que la madre de Bambi, sólo quería que cuando llegase a casa el muy desgraciado, me encontrase allí y se temiese lo peor. No sabéis lo que disfruté, aún noto el tufillo a caquita que dejó en su casa —nos explicó Rona—. Aunque le dejamos otro regalito. Aquí mi fotocopia, le pinchó las cuatro ruedas del coche.

Y empezamos todas nos empezamos a reír con la cara de sádica que puso Rina.

—¿Qué se pensaba el mamarracho ese? ¿Qué se iba a ir de rositas? Espero que le haya servido de lección y durante un tiempo mantenga al pajarito en su jaula —continuó la gemela sanguinaria.

—Señoras, la semana que viene vendrán a mi fiesta dos mellizos, amigos de mi Lorve, monísimos. Y porque estoy *in love*, que si no me lanzaba hacer tríos como una loca, y no precisamente de póker.

Y continuamos cenando y poniéndonos al día. ¡Qué bien sentaba una cena entre amigas! Les expliqué cómo me iba con Noah y la decisión de quedarme y no aceptar el trabajo en Italia. No todas se mostraron de acuerdo con mi decisión, pero como dijo Ralphy estaba haciendo lo que me dictaba el corazón. Terminada la cena, decidimos ir a tomar una última copa al pub que había en la esquina, y tal y como había quedado con Noah, lo llamé por si podía venir.

—¡Hola, cariño!

—Hola preciosa, ¿qué tal la cena con las chicas?

—Genial, por eso te llamaba, nos vamos ahora a tomar una última copa, ¿te apuntas?

—Cariño, estoy saliendo hacia mi casa. No puedo con mi cuerpo, mañana te llamo y quedamos, ¿vale?

—Oh, qué penita, pero bueno, mañana hablamos. *Ciao*.

¡Qué desilusión! Me moría de ganas de comunicarle mi decisión, pero eso tendría que esperar. Al día siguiente, le prepararía una cena especial y se lo comunicaría.

Llegamos al pub y nos dirigimos a una mesa que estaba vacía. Para ser lunes había bastante ambiente. Se podía distinguir varios grupos, entre ellos, uno muy ruidoso. Ralphy nos comentó que le pidiésemos lo de siempre que iba un momento al baño. No habían pasado ni cinco minutos cuando Ralphy se acercó a mí.

—Gigi, cari, ¿no me habías dicho que Noah se iba para su casa?

—Sí, acabo de hablar por teléfono con él y eso me ha dicho, ¿por? — noté que Ralphy se estaba empezando a poner nerviosa

—Lo siento, *darling*, te ha mentado, está en aquella mesa tan ruidosa y en muy buena compañía.

—Pero.... no puede ser, igual es alguien que se le parece. Acompáñame, por favor, así salimos de dudas. —Me levanté como pude y agarrándome a Ralphy nos dirigimos hacia la bulliciosa mesa.

Estaba convencida de que Ralphy se había equivocado y era alguien parecido a Noah, seguro que después nos echaríamos unas risas por la confusión. Nos dirigimos hacia la mesa cuando mi mundo se paralizó. No estaba preparada para lo que me encontré. Mi supuesto novio que estaba llegando a su casa porque estaba muy cansado, estaba allí mismo, de fiesta y no sólo eso, sino que además, tenía encima una chica guapísima que lo miraba como si se lo fuese a comer enterito. Agarrándome fuerte a Ralphy, nos acercamos poniéndonos en el campo de visión de Noah. La situación no podía ser peor, ¿qué le dices a tu pareja cuándo lo has pillado en una mentira?, ¿cuándo todas tus ilusiones se ven pisoteadas?

—Buenas noches, Noah.

—¡Madre mía, Noah! ¿Y este bomboncito quién es? —preguntó un chico que estaba en la mesa.

—Esto, ella es... una... es...

—¿Quién soy, Noah? —le pregunté, consiguiendo que mi voz sonase neutra.

—¿Es tu novia? —preguntó el mismo chico que había hablado anteriormente y dirigiéndose a mí —Porque si vas montar una escena, espero que sea porno—. Y todos rompieron a reír, entre ellos Noah.

—Puedes estar tranquilo, no mereces la pena —dije mirando a Noah—. Esto termina aquí y ahora.

Y sin más, me di la vuelta.

—Ralphy, no me sueltes y por favor acompáñame a casa —le dije, intentando aguantar las ganas de llorar.

—Cariño, déjame que vuelva y le parta la cara.

—No merece la pena, te necesito ahora. Vámonos.

—Pero las chicas están allí dentro y ¿el coche?

—Envíales un mensaje. Mañana ya hablaré con ellas y el coche ya vendré a buscarlo.

—Ok, *darling*, vamos que por allí viene un taxi.

Estaba en medio de una pesadilla. Noah me había engañado. Saqué fuerzas de mi flaqueza, cogí el móvil y empecé a teclear.

*Acepto el empleo, ¿cuándo me voy para Florencia?*

La suerte estaba echada y mi futuro estaba en Italia.



## Capítulo 21

### *Noah*

Cuando vi a Gigi dirigirse a nuestra mesa en el pub, no pude reaccionar, me quedé paralizado. No había hecho nada malo. Mi intención era irme a descansar a casa porque me sentía agotado, pero de camino a mi remanso de paz, me crucé con unos nuevos compañeros de trabajo y me dejé llevar. Quería encajar con toda esa gente y no me gustaba la idea de que me tomasen como un cenizo que no sabía divertirse, y una pinta llevó a la otra. Pensaba contarle a Gigi lo que había ocurrido, pero cuando vi su cara de enfado elevado a la enésima potencia, me sentí terriblemente culpable porque de un modo no intencionado y para nada premeditado, le había mentido.

Cuando por fin reaccioné, salí corriendo tras ella pero ya era demasiado tarde, había desaparecido. La llamé al teléfono móvil decenas de veces, pero estaba apagado. Gigi no quería hablar conmigo. De vuelta al pub, las fotocopias y Nicole me increparon y yo me esforcé por hacerles entender que no había hecho nada malo. Tal vez fui un poco débil y por querer impresionar a mis nuevos compañeros, me dejé llevar. Quería demostrar que era el tío enrollado que no era, pero la jugada me había salido muy cara y estaba seguro de que Gigi se había hecho una opinión totalmente equivocada.

Intenté ponerme en su lugar y si ella me hubiese dado plantón alegando cansancio y luego, me la hubiese encontrado de copas rodeada de un montón de chicos atractivos, probablemente me habrían dado los siete males y me habría pillado el cabreo del siglo por semejante traición.

Y aunque sus amigas y Nicole, me dijeron que no lo hiciese, me fui directo a su casa en busca de su perdón. Ellas me dijeron que le diese tiempo, que a Gigi le suelen durar mucho los enfados y que no iba a atender a razones. Sin embargo, decidí hacer frente a mi gran metedura de pata. Lo que no esperaba era que se negase a abrirme la puerta y a que diese la callada como respuesta.

Minutos después, frente al portal de su casa, cuando mi desesperación ya era máxima, Ralphy me envió un mensaje de texto: *Noah, por favor, vete. Mañana será otro día.* Y con un gran sentimiento de angustia y de culpabilidad, volví a casa para reflexionar sobre mi existencia y preguntarme qué tipo de despojo humano era. La había liado y la había liado muy gorda.

Fueron unas horas horribles, no soportaba que Gigi estuviese enfadada conmigo y como no podía aguantarlo, regresé a su casa, dispuesto a esperar lo que hiciese falta a que ella se dignase en hablar conmigo. Más tarde o más temprano, tendría que salir a trabajar. Y a los ocho de la mañana, salió con ojos hinchados y con Ralphy como escolta.

—No deberías estar aquí —declaró con frialdad.

—He venido porque necesito que me escuches. —Mi voz desesperada parecía no tener ningún impacto en ella.

—Pero yo no quiero escucharte, ya me ha llegado con lo que he visto.

—Lo que has visto no significa nada, sólo ha sido un malentendido — intenté explicarme.

—¿Me vas a negar que ayer no estabas en el mismo pub que yo rodeado de modelos? —Su frialdad iba en aumento. Nunca había visto esa cara de Gigi, ni siquiera en nuestros primeros encuentros.

—Pero yo pretendía irme a casa, sólo me liaron y yo me dejé llevar. — Parecía un perro apaleado buscando el perdón de su dueño.

—¿Qué tipo de excusa patéticas es esa? ¿Qué pasa, no sabes decir «no»? Espera que te enseñe, N-O, NO.

—Tienes razón, Gigi, pero yo no quería que tomaran por un aburrido que se pasa todo su tiempo libre encerrado en su casa.

—Ay, Noah, ¡qué poca personalidad tienes!

—Tienes razón, soy un imbécil.

—Yo no voy a ser quién te diga lo contrario.

—Por favor, Gigi, perdóname.

—Noah, te perdono, pero creo que ha llegado el momento de ponerle punto y final a esto. Estoy convencida de que no tenemos futuro y pienso que lo mejor es que me vaya a Italia y pongamos tierra de por medio. —¿Final? ¿El final de qué? Había cometido una equivocación y ella ya quería dejarme.

—¿Estás aprovechando mi metedura de pata para justificar tus ganas de irte a Florencia y hacer tu vida sin mí? —Todo aquello me parecía surrealista.

—No seas ridículo, yo no estoy aprovechando nada, pero es lo mejor.

—¿Es lo mejor para quién? —En aquel instante yo sí que estaba enfadado.

—Para los dos.

—Eres muy generosa por pensar también en mí y en mi bienestar. No sé cómo compensártelo —le dije con ironía.

—Pónmelo fácil y no hagas esta situación más complicada.

—Vale, es eso lo que quieres, pues adiós. —Me fui en plena ebullición.

—Adiós, Noah —dijo impasible.

Podía entender su enfado, en su lugar, yo también me habría cabreado y mucho, pero le había explicado lo que había sucedido y le había pedido perdón, ¿por qué no era capaz de comprenderme? Fui un torpe, un cenutrio, un imbécil pero yo la quería, por el amor de Dios.

Lo que estaba claro era que ella no me quería tanto como decía y sólo estaba esperando a que yo cometiese un error, para aceptar el trabajo en Italia y alejarse de mí. Y aun así, no podía guardarle rencor.

Me fui al zoo hecho polvo y con el corazón destrozado. Sin embargo, aquel día, no era yo el más desesperado ni desamparado.

—¿Qué ocurre, Melanie? —me encontré a mi ayudante deshecha en llanto.

Estaba tan angustiada que aunque parecía querer desahogarse conmigo, las lágrimas impedían que saliesen las palabras de su boca.

—A ver, relájate e intenta respirar hondo. Hazlo conmigo, inspira, expira, inspira, expira... —le sujeté las manos y la obligué a seguir mi ritmo para que pudiese tranquilizarse.

Minutos después, aunque no dejó de llorar, lo hacía con menos intensidad.

—Venga, cuéntame que te tiene así de acongojada.

—Estoy... estoy... estoy... —le costaba encontrar el valor para decirme lo que le ocurría—. Estoy embarazada —dijo al fin.

—Pero es una noticia fantástica, me parece maravilloso que vayas a traer un niño al mundo. —No era verdad, pobre niño que iba a tener como madre a la reina de la belleza, pero mentí para intentar animarla.

—¿Tú crees que sería una buena madre?

—La mejor —volví a mentir. Sólo esperaba que el padre compensase todos sus «desequilibrios».

—Nunca pensé que sería madre soltera —dijo decepcionada.

—¿Le has dicho al padre que estás embarazada?, ¿igual el padre también quiere hacerse cargo del niño?

Y si su llanto había cesado en intensidad, volvió a salir a borbotones como una fuente rota y descontrolada.

—Es que... es que... es que... —Las lágrimas se le juntaban con los

mocos y su maquillaje había emborronado su cara de un modo muy curioso. Melanie parecía un retrato abstracto de una reina de la belleza—. Es Archie.

¡Que Dios nos pille confesados, el desastre humano de mi primo Archie iba a ser padre! No sabía si reír o llorar.

—Habla con él, Melanie. Seguro que la idea de ser padre le hace muy feliz. —Menudo consejero estaba yo hecho.

Mi ayudante siguió llorando desconsolada. Yo en su situación también lo haría. Seguro que ella había soñado toda su vida con encontrar un príncipe azul y en cambio, se había quedado embarazada de un sapo.

Y viendo a Melanie sumida en un mar de lágrimas, lo vi claro, había llegado el momento de tomar una decisión. Mis días en el zoo habían acabado. Quizás fuese un poco precipitado pero me resultaba más rentable trabajar como modelo y no estaba psicológicamente preparado para vivir la paternidad de Melanie y Archie de primera mano. Había llegado la hora de presentar mi carta de dimisión. Y así, con gran seguridad, me dirigí al despacho del director.

Horas después, llegué a casa y lo único que me apetecía era contarle a Gigi lo que había ocurrido; lo de Melanie y Archie, mi renuncia en el zoo y lo cerca que estaba de abrir mi propia clínica veterinaria. Ese era mi gran sueño y ni siquiera ella lo sabía.

Me había dejado esa misma mañana y ya la echaba de menos. Necesitaba hablar con ella y pedirle una nueva oportunidad. Entendía que quisiese aceptar en el empleo en Florencia y yo la apoyaría y la esperaría. Lo podíamos solucionar. La quería demasiado como para dejarla escapar. Y con una sobredosis de valor, decidí ir a buscarla. Llamé a su empresa y después de mucho insistir su secretaria me dijo que estaba en E. Pellici, uno de los mejores restaurantes italianos de Londres y sin pensármelo, allí fui.

No tardé en verla, tan guapa, tan risueña, tan ella. Pero el mundo se resquebrajo bajo mis pies cuando vi al hombre con el que compartía su mesa. Era tan atractivo que hasta yo me sentí intimidado por su belleza. Moreno, alto, fuerte, ojos claros, sonrisa de anuncio y una mirada que brillaba por tener a Gigi frente a él.

Él se dio cuenta de mi cara de estupefacción y avisó a mi chica de que un hombre con cara de lelo no podía dejar de mirarles. Tal vez, no había dicho eso, pero podía imaginármelo.

Ella giró su rostro y cruzó su mirada con la mía, y segundos después se

levantó y vino hacia mí. Yo no podía moverme, si lo hacía, el mundo me tragaría y me haría desaparecer para siempre.

—Hola Noah, ven, te presentaré a mi nuevo jefe —pronunció con un tono más cordial de lo que me esperaba y yo la seguí como un cordero degollado—. Noah, te presento a Pietro Di Angelo.

—*Piacere*. ¿Eres el novio de Gigi?

Me sentía en un mundo paralelo y fui incapaz de contestar. Gigi no sólo se iba a Italia, sino que iba hacerlo en compañía de ese HOMBRE. Estaba acabado.

—Ahora mismo sólo somos amigos. Hemos decidido darnos un tiempo —contestó ella por mí.

¿Hemos?, ¿cuándo formé parte yo de esa decisión? Me pregunté en el silencio de mis pensamientos.

—Oooh, *me dispiace moltissimo!!*

¿Te *dispiace*? Sí, seguro, pero yo de despedazaría ahora mismo, *maledetto*, me dije lleno de ira.

—¿Te gustaría acompañarnos a la mesa? Ya hemos aclarado todos los puntos de su traslado a Florencia y ahora sólo íbamos a disfrutar de un buen plato de pasta.

Miré a Gigi y ella esquivó mi mirada.

—Lo siento, no puedo, tengo un compromiso, tal vez en otra ocasión —dije antes de levantarme como un robot y salir de allí de manera automática. A lo lejos escuché las voces de Gigi y del adonis italiano, despidiéndose de mí, pero ya no pude mirar atrás.

Por si me tenía alguna duda o si me quedaba alguna esperanza, acababa de descubrir que nuestra relación había llegado a su fin.

## Capítulo 22

### Gigi

—De verdad, Gigi, no te entiendo, ¡estás *off* total! Noah no ha parado de insistir para arreglar lo nuestro y tú ¿qué haces? Llorar por las esquinas. Este maldito carácter tuyo —Ralphy ya no sabía qué hacer.

—Lo sé, Ralphy, pero no puedo olvidar el daño que me ha hecho. Sé que no lo hizo queriendo, pero cuando le preguntaron si yo era su novia y no supo que contestar... —No pude continuar, las lágrimas volvieron—. Ya he tomado una decisión y este domingo me voy a Florencia.

—¡Ay, cari! Pero estás súper *in love* del veterinario. Lo he invitado mañana a la fiesta. Si viene habla con él, intenta arreglarlo. Te precipitaste en aceptar lo de Florencia, tú y yo sabemos que te ibas a quedar.

—*Darling*, sé que en el fondo tienes razón, pero la decisión está tomada.

—¡Eres tu peor enemiga! Te propongo una cosa. Si mañana viene Noah, hablas con él y si no aparece, no te volveré a molestar más. ¿Aceptas el trato? —Ralphy alargó su mano para sellar nuestro trato, menos mal que no le dio por escupir y juntar nuestras babas.

—¡Trato hecho!

No me podía engañar a mí misma, mi trato con Ralphy me había subido la moral, una luz de esperanza se cernía sobre mí, y me hacía sentir mucho mejor. Esos días habían sido como una pesadilla y empezaba a ver la luz al final del túnel. No me enorgullecía de mi comportamiento, mi maldito carácter había hecho de las suyas, seguía amando a Noah, pero ¿por qué mi cabecita no dejaba de enviarme imágenes de la fatídica noche? Lo había perdonado, sin embargo, olvidar era otro cantar. Deseaba con toda mi alma que mi friki gruñón apareciese en la fiesta, haría todo lo posible por hablar con él e intentar arreglarlo.

La mañana del sábado amaneció gris y lluviosa, lo que no auguraba nada bueno. Debía acabar de preparar las maletas, mi avión salía el domingo a primera hora. Tenía suerte de que en Florencia mi *nonna* tuviese un piso cerca de *Il Duomo*, ¡a diez minutos de mi nuevo trabajo! Si llegaba a solucionar lo mío con Noah, me iría igualmente, era una oportunidad que no podía dejar pasar. Gracias a Pietro, mi nuevo jefe, todo habían sido facilidades, incluso

antes de enterarse de mi ruptura con Noah, me había ofrecido la posibilidad de darme cada dos semanas, cuatro días libres para poder volver a Londres.

A media mañana, se acercaron Sean y mi abuela a despedirse, estaban contentos por mí y por mi nueva oportunidad laboral. Intenté hacerme la fuerte, sabían de mi distanciamiento con Noah, pero con la discreción que los caracterizaba no hicieron ningún comentario. Me ayudaron a terminar de recoger mis cosas e hicimos planes para la semana siguiente ya que vendrían los dos a pasar unos días conmigo. De esa manera, mi *nonna* se quedaba más tranquila y Sean podría conocer Florencia de la mano de su amada, así que nuestra despedida fue un simple hasta luego.

Llegó la hora de ir a la fiesta de presentación de Ralphy y su Lorve, en la que aprovecharía para despedirme de mis amigos. Me decidí por un vestido negro ajustado hasta la rodilla, con algo de pedrería en el cuello y mis Manolos de color burdeos que iban a conjunto con un *clutch* precioso. En el pelo opté por hacerme un recogido que dejase al descubierto mi cuello, ese que tanto le gustaba a Noah. Tenía que ir a por todas si tenía la oportunidad. En el fondo, albergaba la posibilidad de acabar la noche en brazos de mi amor.

Nada más salir de casa, empezó a llover, suerte que el taxi me esperaba en la puerta y casi no me mojé. Una vez dentro, dejé volar mi mente hasta el día en que conocí a Noah, ¡cómo llovía aquel día! y ¡vaya encuentro tuvimos! Quizá fuese una señal y nunca debimos iniciar nada ¿o sí? Divagando entre mis recuerdos, llegué al hotel en el que tenía lugar la recepción. ¡OMG! Ralphy había conseguido mezclar a la perfección el día del Orgullo Gay con la Conmemoración del 90 cumpleaños de la Reina Elisabeth. Los novios estaban en la entrada recibiendo a los invitados. Sus caras eran el fiel reflejo de la felicidad, aunque a su lado estuviese Cruella de Vil. Deduje que debía ser la futura suegra de Ralphy. ¡Qué mujer más desagradable! Ralphy enseguida me vio.

—¡Gigi, cari! Estás preciosa, espero que quien tú y yo sabemos, venga.

—Ralphy, hoy es vuestro día y aún no me has presentado a tú novio —la regañé.

—¡Oh, que despiste! Jimmy, cari, ven que te presento a mi amiga, hermana, confidente... —no la dejó terminar Lord James Arthur Sinclair III

—Con esa descripción debes de ser, Gigi. —Cogiendo mi mano se acercó y me plantó dos sonoros besos en mis mejillas—. ¡Qué ganas tenía de

conocerle! He oído hablar tanto de ti.

—Espero que lo que hayas oído sea bueno —le dije mirando a Ralphy, que sonreía como una boba, mirando a su chico. ¡Qué envidia! Destilaban amor por los cuatro costados y yo era feliz por ellos. —Me voy para adentro que hay cola, ¿las chicas han llegado? —le pregunté a Ralphy, sin pararme a saludar a Cruella de Vil. Tampoco la vi muy interesada.

—Sí, hace unos minutos. Entra que Nicole tiene un notición.

Dentro del hotel, vi a las *twins* que conversaban con Nicole y Calvin. Noah aún no había llegado, si es que iba venir. Me acerqué decidida pero esperanzada y deseosa de conocer el notición que tenía Nicole.

—¡Hola, chicos! —saludé a todos.

—¿Qué tal estás, preciosa? —dijo Calvin, acercándose—. Siento que mi amigo no haya estado a la altura.

—No te preocupes Calvin, estás cosas pasan.

—Sinceramente, a veces Noah... —Nicole parecía disgustada por nuestra ruptura.

—Déjalo estar, hoy es el día de Ralphy y su Lorve. ¡Estamos de celebración! Y por cierto, nuestra amiga me ha comentado que tenías un notición.

¡Miss Veterinaria 2015 estaba embarazada y por encima, de Archie!, el primo *loser* de Noah. ¡*Santa Madonna!* ¿Qué clase de híbrido podría salir de la Barbie veterinaria con Rumpelstinski? Puf, era demasiado para mí imaginármelos juntos.

La fiesta continuó y con mis amigos al lado intenté pasarlo bien, pero a medida que el reloj avanzaba, era más consciente de que Noah no iba a venir y la oportunidad de poder arreglarlo se difuminaba. Cerca de las doce de la noche decidí marcharme, no quería alargar más mi sufrimiento y aguarles la fiesta a mis amigos, además, al día siguiente tenía que madrugar. Decidida a irme, busqué a Ralphy para despedirme y la vi con las *twins*, y dos hermanos gemelos ¡impresionantes!, bueno..., impresionantes eran sus rastas hasta la cintura, pero guapos a rabiar. Y allí que me dirigí yo, para ver que se traía entre manos mi amiga.

—¿Te marchas ya, Gigi? —oí que me preguntaban.

—Sí, Jimmy, pero antes quiero saber que está tramando tu novia.

—No quieras saberlo. Desde que decidimos hacer esta fiesta, Ralphy tenía muy claro que tenía que emparejar a Rina y Rona, con mis primos —

comentó Jimmy mirando hacia su novia—. Es tremenda cuando se le mete una cosa en la cabeza. Os quiere un montón y está deseando que vosotras seáis tan felices como nosotros.

—Creo que con ellas lo está consiguiendo. Noto a mis amigas muy receptivas, y eso que son muy pijas y el tema rastas... ¡Puf!

—No te dejes engañar por las apariencias, Chip y Chop son unos chicos estupendos.

—¿Chip y Chop? ¿Cómo las ardillas de los dibujos? No me lo puedo creer —Estos de la realeza eran raros hasta con los nombres.

—Sus nombres son John y Phil, pero como de pequeños parecían dos ardillas, los empezamos a llamar así y así se han quedado.

—¿Y no les importa?

—¡Qué va!, están encantados, así son ellos... peculiares.

—Me da la sensación de que aquí se está iniciando algo. —Y de verdad lo sentía, veía a las *twins* muy interesada, y notaba a Rona especialmente fascinada.

—Y ¿qué me dices de ti, Gigi?, ¿Cómo estás?

—No voy a engañarte, no estoy en mi mejor momento —No entendía por qué, pero Jimmy me inspiraba confianza y sin darme cuenta le estaba explicando cómo me sentía en este momento—. Pero con quien más enfadada estoy es conmigo misma, por este carácter que tengo. Sé que Noah no se portó bien pero yo tampoco he sabido cómo actuar. Creo me a venir bien la distancia para centrarme en mí e intentar entenderme. Cuando lo logré, si sigo enamorada de Noah, volveré a por él.

—Pero ¿y si es tarde?

—Tendré que aprender a vivir con ello —le dije, pensativa.

Y era lo que sentía. Estaba triste porque Noah no había venido, pero debía tirar para adelante y recomponerme. Sinceramente, creía que el poner tierra de por medio me iba ayudar a perdonarme a mí misma, lo primero, y luego, a Noah. Una vez pasada esta fase, si mis sentimientos por Noah no habían cambiado, haría lo imposible por recuperarlo. Me despedí de todos mis amigos triste pero feliz por ver que sus vidas iban por el camino correcto. Yo debía buscar el mío y este estaba en Florencia.

Por suerte, la mañana del domingo amaneció con un sol radiante y era lo que necesitaba en este momento, un poco de luz ante el cambio que estaba a punto de iniciar en mi vida. Revisé todo antes de marchar, paseé por todas las

habitaciones y fui cerrando puertas, ventanas, asegurándome de que todo estaba en orden. Me dirigí hacia la puerta de entrada, cogí mi bolso y la maleta y me marché de mi apartamento hacia una nueva aventura con el corazón roto pero esperanzado.

En la calle ya estaba Pietro esperándome con su chófer. Al verme, salió del coche para abrirme el mismo la puerta.

—*Buongiorno*, Gigi! ¿Preparada? —me preguntó mientras el chofer cogía mi maleta y la guardaba en el maletero.

—¡Preparadísima! —le contesté con ilusiones renovadas.

—*Andiamo*.

Nos fuimos hacia el aeropuerto. Durante el camino no hablamos, cada uno iba sumido en sus pensamientos y sin darnos cuenta, llegamos. Al ser tan temprano y domingo, no había mucho ajeteo. Nos dirigimos hacia la puerta de embarque, y mientras sacaba los billetes y la documentación, sentí un escalofrío y tuve la sensación de que alguien me llamaba. Instintivamente me giré para ver si mis sentidos me estaban engañando o no.

—Señorita, ¿quiere hacer el favor de ir pasando? Está entorpeciendo el pasaje —me dijo una azafata con cara de necesitar un All Bran.

—¡Lo siento! —le dije, cabizbaja

—Vamos, Gigi. —Esta vez fue Pietro que poniendo su mano en mi espalda me indicaba que avanzase

Una vez dentro, me giré para comprobar si había alguien conocido que me hubiese llamado, esperanzada de que fuese mi veterinario favorito, pero allí no había nadie, mi subconsciente me había gastado una broma pesada.

## Capítulo 23

*Noah.*

Ralphy acababa de llamarme. Iban a celebrar una fiesta para presentar a su novio en sociedad y de paso, iban a despedir por todo lo alto a Gigi para desearle suerte en su nueva aventura italiana.

—Noah, *cuore*, sé que tú no tienes nada que celebrar, pero yo, que conozco a Gigi mejor que a mí misma, sé que ha tomado esa decisión sólo porque te vio con aquellas chicas en el pub. Hazme caso, ella no quería alejarse de ti; pero es muy insegura y se dejó vencer por sus miedos —intentó convencerme Raphaela.

—Ralphy, puede que tengas razón, pero no era inseguridad lo que vi en ella cuando estaba en compañía de su flamante jefe italiano. —Llevaba unos días totalmente abatido y ya me había hecho a la idea de que mi historia con Gigi se había terminado—.

Pichón —dijo con ternura como si le estuviese hablando a un tierno polluelo—, Gigi tiene muchos defectos. Es tozuda, orgullosa y a veces, no se los digas, por favor —dijo en voz baja—, un poquito caprichosa; pero te quiere mucho y estoy segura de que ya se está arrepintiendo de haber aceptado ese empleo.

—Pues si lo hace, dile que no se arrepienta. Es una gran oportunidad profesional para ella y debe aprovecharla.

—Que tú digas eso es muy generoso por tu parte, cari.

—Ralphy, yo habría estado dispuesto a esperar por ella, estaba dispuesto a apoyarla e iba a hacer todo lo posible e imposible para que nuestra relación funcionase a pesar de la distancia; pero Gigi se ha aprovechado de un malentendido para echarme de su lado, y no sé, ahora mismo ya no tengo fuerzas para luchar por ella.

—Lo entiendo, Noecito de mi vida, pero por favor, piénsalo. Si habláis y tratáis este asunto con madurez, seguro que lo solucionáis.

—Me encantaría conocer a tu Lord. Es un chico afortunado. —No mentía, pero estaba deseando cambiar de tema.

—Espero verte, Noah.

—Hasta pronto, Ralphy. —Ansiaba poder aceptar su invitación, pero no quería hacerlo, no quería ver a Gigi. ¿Para qué? Entre nosotros ya no había nada de qué hablar. Ella estaría bien. Se iría a una ciudad que adoraba y a la

que estaba unida emocionalmente, comenzaría en un trabajo que le apasionaba y que con toda probabilidad, lanzaría su carrera al estrellato; y probablemente, se acabaría enamorando de su jefe italiano de diseño. Ese era su destino y estaba escrito.

Yo iba a estar bien. Había vivido toda mi vida sin Gigi y podría seguir haciéndolo sin ella. De hecho, tenía la sensación de que estaba comenzando a soportar su ausencia.

Sin embargo, el sábado parecía que todos se habían confabulado para que volviese a pensar en mi pelirroja y comenzase a sufrir de nuevo; aunque realmente, ¿a quién quiero engañar? Nunca había dejado de hacerlo.

¡Ding!, ¡dong!, sonó el timbre. Mi casero había tenido a bien venir a alegrarme el día.

—¿Qué sucede?, ¿está todo bien? —le pregunté más arisco de lo habitual.

—Sí, querido Noah. Acabo de dejar el coche en el taller y me preguntaba si podías llevarnos a mí y a Gia a la fiesta de Ralphy.

—Sean, no voy a ir a la fiesta.

—¿No estás invitado? —fingió sorpresa.

—Yo no... —No quería darle explicaciones a mi casero aunque hubiese empezado a sentir por él algo muy parecido al cariño—. Si quiere puede ir en mi coche, se lo presto.

—Oh, no, eso es demasiado. Cogeremos un taxi.

—Puedo llamar a Calvin y que él venga a recogerle.

—No te preocupes, de verdad. No queremos ser una molestia, pero deberías pensarte el asistir a la fiesta. Sé que la señorita Gigi está muy triste.

—Sean, agradezco su preocupación, de verdad, pero la decisión la ha tomado ella, no yo.

—Estoy convencido de que ha sido una decisión impulsiva y nada razonada.

—Pero lo hecho, hecho está —dije cabizbajo.

Minutos después, cuando bajé al garaje para salir a hacer la compra, comprobé que Sean me había mentido. Su coche estaba allí aparcado y seguramente, sólo había sido una excusa para convencerme de ir a la fiesta.

Y en el supermercado, mientras paseaba desolado en el frío pasillo de los congelados, recibí la llamada de Calvin. Su gran amiga Raphaela le había pedido que intercediera y que consiguiese que yo, su amigo del alma, hiciese

acto de presencia en la fiesta. Pero ni siquiera él tenía argumentos lo suficientemente potentes para convencerme. Utilizó frases grandilocuentes como: si no vas, te arrepentirás toda la vida o no desperdicies tú última oportunidad para recuperarla; sin embargo, yo ya había tomado una decisión.

Esa noche me preparé un gran bol de palomitas, un pack de cervezas y una maratón de películas de acción. Los tiros, los puñetazos y el alcohol me ayudarían a anestesiarse el dolor. Y aunque parezca increíble, en ningún momento pensé en la posibilidad de aparecer en aquella fiesta. Mi orgullo me lo impedía.

Pero a la mañana siguiente, con la resaca y la luz del sol, vi todo de otro color. Uno muy oscuro en el que mi vida se volvía lúgubre y tenebrosa sin Gigi. Llevaba días haciéndome el fuerte, pero sabía que no podría vivir sin ella, como mucho, sobreviviría. Mi arrogancia y mi chulería se habían quedado en el bol de palomitas.

Llamé a Ralphy y con el teléfono en la mano, me di cuenta de que no podía dejar de temblar.

—¿A qué hora sale el avión de Gigi? —pregunté con la voz ahogada por la histeria.

—¿Eh?, ¿quién eres?, ¿qué Gigi? —preguntó, desorientado. Con seguridad, su resaca era peor que la mía. «Qué ocurre, amor», escuché a una voz masculina al otro lado del teléfono.

—Ralphy, soy Noah, necesito ver a Gigi, tu Gigi, mi pelirroja y quiero que me digas a qué hora sale su avión.

—¿Qué hora es? —Raphaela seguía sin coger el ritmo de la conversación

—Son las once.

—¿Las once ya? ¡Pero qué coño...! ¡Me cago en el cuello de las camisas de Karl Lagerfeld! —comenzó a soltar improperios—. Cariño..., mi suegra..., tu madre..., habíamos quedado para desayunar con ella a las nueve. —Raphaela estaba atacada.

—¿Has visto la media docena de whiskys que se bebió ayer? Te aseguro que cuando te dije de quedar con ella a las nueve, se refería a las nueve de la noche. Como buen miembro de la nobleza, es una bebedora profesional, pero sus resacas duran más de veinte horas —dijo la voz que acompañaba a Ralphy.

—Está bien, está bien... —dijo mientras intentaba calmarse

controlando su respiración.

—Ralphy, por favor, sigo aquí. ¿A qué hora sale el avión? —intenté captar su atención.

—Sí, Noah, perdona. Pero no creo que llegues a tiempo, embarcaban a las doce.

—Gracias, muchas gracias, Ralphy —dije apresuradamente y le colgué. No había tiempo que perder.

Conduje como un loco con el corazón latiendo a mil por hora. Tenía que verla por última vez y decirle que la quería. No quería impedir que su fuese, deseaba que ella viviese esa oportunidad y no miento, lo deseaba de verdad. Pero necesitaba que ella me diese esperanzas, que me dijese que me dejaba la puerta abierta y que existía la posibilidad de que hubiese un futuro para nosotros.

Dejé mi coche prácticamente tirado frente a la entrada principal del aeropuerto, aún a sabiendas de que me multarían y se lo llevaría la grúa, pero el amor era lo primero. Corrí como un poseso intentado encontrar a Gigi, pero nada, no la vi. Llegué agotado y desesperado al control de pasajeros y no vi a ninguna pequeña y hermosa cabeza pelirroja entre la multitud. Llevé mis manos a las rodillas y mirando al suelo, intenté recuperar el aliento. La había perdido y no había marcha atrás. Ir al aeropuerto había sido una insensatez.

Me incorporé para volver a casa y allí estaba, a lo lejos, acompañada de un hombre que era ideal para ella, un hombre que no se parecía en nada a mí.

Quise gritar su nombre pero las palabras se quedaron silenciadas en mi garganta al ver como él la acariciaba con cualquier excusa y como ella le sonreía receptiva.

Por mucho que me doliese, debía aceptar que para nosotros ya no había esperanza.

## Capítulo 24

### *Gigi*

Llevaba dos semanas instalada en Florencia. Era maravilloso poder ir a trabajar caminando, disfrutando de las viejas calles, con sus colores, olores, cruzar la Piazza Duomo, donde se concentraban cada día turistas embelesados por la majestuosidad de la Catedral. Había estado muchas veces con mi *nonna*, de paso, de vacaciones, pero ahora que vivía aquí, tenía la oportunidad de volver recorrer todos los rincones, cruzar el Ponte Vecchio, pasear por el Giardino di Boboli, perderme por los pasillos de la Galería Uffizi. ¿Pero a quién pretendía engañar? me faltaba Noah. ¡Lo que hubiese disfrutado haciéndole de guía! Era tan ilusa que había tenido la esperanza de que al iniciar una nueva vida en un lugar donde no tuviese recuerdos con mi veterinario me iba ayudar, *¡porca miseria!*

Durante el día, era más llevadero, pero las noches eran un auténtico calvario. Mi cuerpo, mi alma, mi corazón sentían la ausencia de Noah, habían sido pocos meses pero muy intensos. ¿Cuánto tiempo necesitaba mi corazón para dejar de doler?, ¿algún día dejaría de amarlo? Y por si fuese poco, echaba de menos a las *Lovely five*. Hablábamos casi todos los días por whatsapp y con Ralphie todos los días por teléfono, pero no era lo mismo. ¡Santa Madonna! ¡No todo iba a ser malo! Mi nuevo trabajo era el motor que tiraba de mi cada día. Pietro se había encargado de rodearme de gente muy creativa y competente que me estaban ayudando a ponerme al día a marchas forzadas. El ambiente era realmente agradable, se respiraba cordialidad y ganas de trabajar, aunque yo lideraba el grupo me sentía una más. Sin ninguna duda, lo mejor de todo era mi nueva ayudante, Maggie, escocesa de nacimiento y florentina de corazón, habíamos conectado desde el minuto uno, cada día comíamos juntas y era lo más parecido a una amiga.

Aquella mañana estaba especialmente nerviosa. Era viernes y estaba a las puertas de mi primer fin de semana sola en Florencia. En el anterior había estado acompañada de mi abuela y de Sean. No podía dejar de pensar en todas las horas libres que iba a tener, estaba aterrorizada, mi mente no paraba de hacer planes: ir de compras, cine, teatro, museos, paseo... y pensando, pensando, llegué al trabajo, coincidiendo en la puerta con Maggie.

—*¡Buongiorno, Gigi!* ¿Estás bien? —me preguntó Maggie.

—Uy, Maggie, estoy bien. Lo único... —y no me dejó terminar.

—*¡Amore!* Se nota que estás feliz de estar aquí, pero tus ojos están tristes y tú corazón más, no quiero parecer cotilla, bueno, un poquito sí, para que lo vamos a negar. Como es viernes y esta tarde no trabajamos...

—¿Cómo? ¿Los viernes por la tarde no se trabaja? —pregunté horrorizada, a punto de hiperventilar. Esto era peor aún, el fin de semana empezaba en cuestión de horas. En mi anterior trabajo esto hubiese sido la bomba, pero en ese momento...

—*¡Non ti preoccupare!* Hoy iremos a comer al restaurante de un amigo, que hace unas lasañas de chuparse los dedos y tú me vas a explicar porque tu corazón y tus ojos están tristes, luego ya pensaremos que hacer el fin de semana —me dijo, haciéndose cargo de la situación y erigiéndose mi salvadora.

Y así, entramos en la oficina y como todos los días, las horas trabajando pasaron volando y sin darme cuenta, mis compañeros empezaron a salir hacia sus casas, sus vidas.

—*¡Signorina Giovana!* ¿Cuándo piensa terminar su jornada laboral?

—*¡Ciao, Pietro!* ¿Ya es la Hora? —le pregunté a mi jefe que acaba de entrar en mi despacho.

—Pietro, esta chica es una mina. —Esta vez fue Maggie que también entraba. No parecían jefe y empleada. La confianza y el trato eran muy de colegas pero siempre con respeto.

—Simplemente no estoy acostumbrada a que los fines de semana empiecen los viernes por la tarde.

—*¡Amore,* te acostumbrarás! Te espero fuera, para irnos a comer —comentó Maggie, que al ver a Pietro en mi oficina dedujo que tendría algo que comentarme.

—*¡Ragazzas!* ¿Tenéis planes para esta noche? —nos dijo Pietro mirándonos a las dos.

—Yo que planes voy a tener, si soy nueva en la ciudad.

—Yo tampoco tengo planes.

—Tengo un amigo que esta noche inaugura un Club, en las afueras de la ciudad y me ha invitado, con la condición de que lleve a dos chicas preciosas y he pensado en vosotras.

—*¡Prego!* —nos rogó Pietro juntando las manos—. Me tenéis que hacer este enorme favor. No puedo llegar allí solo.

Cada día conocía una nueva faceta de mi jefe, pero esta vena gamberra y simpática era la que más me gustaba.

—¿Qué dices, Gigi? ¿Vamos? No podemos dejar a este pobre hombre solo ante el peligro, mi conciencia no me dejaría dormir tranquila y yo sino duermo, me convierto en una bestia. Nesy, a mi lado, es un angelito.

—*Mio Dio!* Vamos, vamos, no quiero ser responsable de tanto drama en vuestras vidas —pronuncié divertida.

—*Grazie mille!* Y como agradecimiento os invito a cenar, os paso a recoger sobre las siete y media. —Y sin esperar respuesta, Pietro se marchó.

—Ciao! —se despidió Maggie.

Y sin quererlo, ya tenía planes para ese viernes que en un principio, se me había antojado horrible. La comida con Maggie fue fantástica, ¡la lasaña sublime!, entre copa y copa de Chianti mi lengua se fue soltando y conseguí explicarle a Maggie toda mi historia con Noah sin derramar una lágrima ¡Todo un logro! Ella me escuchaba atenta y de vez en cuando, negaba con la cabeza.

—Creo que te precipitaste —me dijo Maggie, al terminar de contarle mi historia — Parece mentira que no sepas que con lo básicos que son hombres es muy fácil liarlos para tomar una cerveza.

—Lo sé y ahora que lo veo desde la distancia, lo veo más claro, pero...

—¿Pero qué? Vale, él no te dijo que iba a tomar algo con sus nuevos amigos y que dos modeluchas se tomaban demasiadas confianzas pero, ¿cuándo te los encontraste qué hacían?

—Estaban sentadas encima, ¡pero ellas se lo comían con los ojos!

—Yo quiero saber lo que hacía Noah. Y la verdad, Gigi.

—¡Uy, déjame que piense! me sentía presionada por Maggie, menudo tercer grado, esa chica en otra vida tuvo que ser de Scotland Yard —Creo que él no estaba muy cómodo. Pero, cuando le preguntaron quién era yo, no supo que contestar y ¡eso duele!!

—Yo no estuve allí pero me imagino el momento y te veo en plan Elsa de Frozen, a punto de congelar cualquier cosa. ¡Vamos! Estoy segura que el muchacho hasta se olvidó de quien era.

—¡Eso no es excusa!, no dijo que era su novia ni amiga con derecho a roce, nada —seguí insistiendo:

—¡Gigi, *per favore!* Noah se merecía que lo escuchases.

—Quizás tengas razón, pero ahora ya es tarde.

—Gigi, nunca es tarde para pedir perdón. Tú aún le sigues amando y

esto no es un resfriado que en unos cuantos días se pasa.

—Lo sé, Maggie y me siento fatal, pero necesito tiempo.

—Tú verás lo que haces, igual después es tarde.

—Esta misma conversación la tuve con el novio de Ralphy y te contestaré lo mismo. Si llego tarde, aprenderé a vivir con ello.

—¡En fin! Si lo tienes tan claro, no hay nada más decir, aunque déjame decirte que vayas con cuidado no vaya a ser que aparezca un tercero.

—¡Lo que me hacía falta!

—Pues yo que tú, no bajaría la guardia —comentó Maggie muy misteriosa, al mismo tiempo que me guiñaba un ojo.

Después de sincerarme con Maggie, decidimos irnos, teníamos que prepararnos para la salida nocturna con Pietro. Sobre las cinco de la tarde me envió un mensaje de whatsapp, para recordarme que me pasaría a buscar sobre las siete y media. Como aún era pronto, decidí relajarme viendo una película en la televisión. Después de hablar con Maggie me sentía más relajada y tranquila. Lo tenía claro, había metido la pata con Noah y ahora no sabía cómo arreglarlo, además, estar a miles de kilómetros no ayudaba. Enviarle un mensaje no me parecía correcto, ¿llamarlo por teléfono? Era una cobarde y el hecho de pensar que no me lo iba a coger me daba pánico, así que llegué a la conclusión, de que me enfrentaría a él cara a cara.

A final de mes había un fin de semana largo, iría a Londres y me tiraría a la piscina sin flotador, ni manguitos, ni nada de nada y sumida en mis pensamientos, me llegó otro mensaje de whatsapp. Esta vez era Maggie.

Maggie: *Amore*, esta noche me resulta imposible ir.

Yo: ¡No!

Maggie: Olvidé que hoy tengo que cuidar la hija de una amiga.

Yo: ¿Me dejas sola ante el peligro?

Maggie: Yo sé de uno que se ha puesto muy contento.

Yo: ¿Cómo?

Maggie: Mañana te llamo y me cuentas. *Buona notte, amore*.

Yo: *Ciao, bella*.

¡Pues vaya faena! Me dejaba sola con Pietro, aunque pensándolo bien tampoco era para tanto. Esa semana habíamos cenado muchos días juntos, sabía que estaba sola y así me hacía compañía. Supongo que las insinuaciones de Maggie, habían hecho su efecto porque no podía dejar de pensar en él. Pietro se estaba comportando más como un amigo que como jefe y yo me

estaba apoyando bastante en él, conocía más o menos mi historia, me animaba, me hacía reír, me facilitaba la vida, tras el aspecto de «rompebragas empotrador» había un hombre maravilloso, dulce, cariñoso, pendiente de los demás, divertido y me estaba ayudando tanto en mi nueva vida, que se había adjudicado el puesto de *best friend*. Pero siendo realista, estaba segura de que si Noah no hubiese estado en mi vida cuando lo conocí, hubiese surgido algo entre nosotros.

Sería muy fácil enamorarse de Pietro. ¡*Santa Madonna!* Tenía que empezar a prepararme que mi cabecita empezaba a desvariar y no me gustaban los derroteros que estaba tomando. Me dirigí a mi habitación pensando en que ropa ponerme, algo que no diese que pensar ni confundir, éramos dos amigos que salían a cenar y luego de copas, ¡nada más! Me decidí por unos pantalones negros y anchos, un top blanco y rojo, americana en rojo, taconazos y maquillaje muy sutil, nada de ahumados, como decía mi amiga Rina, era la pintura de guerra de las mujeres cuándo iban de caza.

A las siete y media en punto, Pietro me envió un mensaje para decirme que ya había llegado y me esperaba en el portal de mi casa. Por suerte, ya estaba preparada y sin más, salí de casa dispuesta a pasar una noche en compañía de mi «amigo». Nada más salir del portal allí estaba, con ese porte, tan atractivo, tan varonil, que todas las mujeres que pasaban se giraban para mirarlo, era una obra de arte hecha hombre, pero de la que yo era inmune y ¡gracias! Eso me facilitaba mucho las cosas, me podía relacionar con él, con total libertad y normalidad.

—¡*Santa Madonna*, Pietro!, esta noche voy a ser la envidia de todas las mujeres —éramos «colegas» y podía hacer ese tipo de comentario sin dobles intenciones, ¿o no?

—*Prego!* Yo sí que causaré envidia con la acompañante *piu bella* de la noche.

—¡Vaya par que estamos hechos! —le dije yo, y sin más Pietro se acercó y enlazó su mano con la mía. ¡Esto no estaba bien! Debió de notar mi incomodidad.

—¡*Calma, piccolina!*, es para que lo demás italianos, sepan que no estás libre y no te incomoden. Ya sabes la fama que tenemos.

—¿Tú también?

—Eso lo tendrás que juzgar tú esta noche —me dijo en ese tono de voz mojabragas. ¡Uy! Suerte que era inmune. Porque era inmune, ¿verdad?

Sonriendo solté mi mano de la suya, no quise que notase mi incomodidad y entramos en su coche. Al principio se instaló un silencio, el cual se podía cortar con un cuchillo, ¡no, por favor! Tenía que ser algo divertido. ¿Cuándo había cambiado?, teníamos que volver a recuperar nuestro trato de amigos y dejar atrás esta situación tan, tan...

—¿Por qué no pones algo de música? —le pregunté algo nerviosa.

—Tú misma —dijo Pietro, señalando la radio del coche.

—¿Alguna preferencia?

—Lo que sea, menos reggeaton. —Menos mal, parecía que se instauraba el colegueo otra vez podía respirar tranquila. Empezó a sonar la canción de Bruno Mars: *24k Magic*, y mi mente evocó el día en el que Noah descubrió lo malísimamente que cantaba, pero sonriendo, me dejó hacer, aún a riesgo de que se le reventara un tímpano. Giré mi rostro hacia la ventanilla, no quería que Pietro se diese cuenta de que estaba a punto de llorar e intentando recuperar la compostura, cambié de emisora y alejé a los recuerdos.

—¿No te gusta Bruno Mars?

—No mucho —mentí para no tener que explicar nada.

—¿Estás bien, Gigi?, *¿tutto bene?* —Como siempre, Pietro tan directo —. ¿Echas de menos tu vida en Londres?

—Echo de menos a mis amigos y mi familia, lo normal.

—¿Y a nadie más?

—No, a nadie más. —Segunda mentira en menos de diez minutos—. Por lo demás estoy genial, me encanta mi trabajo, mis compañeros, mi jefe, la ciudad, ¿qué más puedo pedir?

—¡Ya hemos llegado! —dijo señalando un restaurante que tenía un aspecto increíble—. Durante la cena, espero que me expliques, eso de que te encanta tú jefe.

Yo que pensaba que me iba a librar, ¡si es que a veces me metía en cada jardín! Una vez fuera del coche, nos dirigimos al restaurante y él se tomó el atrevimiento de pasar su brazo alrededor de mi cintura, acercando mi cuerpo al suyo.

—¡Recuerda! No queremos problemas con los demás italianos. —Hice amago de una sonrisa, ¡me estaba empezando a preocupar!, no creía que fuese a tener problemas con los demás italianos, pero en especial con este, no lo tenía tan claro.

Una vez dentro, esperamos a que el maître, nos acompañase a la mesa.

En dos minutos hizo presencia y nos saludó muy educadamente. Se notaba que no era la primera vez que venía Pietro.

—*Prego!*—nos indicó el maître para que le acompañásemos y nos llevó a una mesa preciosa, colocada estratégicamente en un rincón, donde no podías ser visto por el resto de comensales. *OMG!* ¿Una mesa para enamorados que buscaban intimidad?, estaba empezando a sudar. «Gigi, respira hondo, no pasa nada, seguro que es la mesa que pide siempre que viene con sus amigas» pensé para mí.

Nos sentamos y el maître nos acercó la carta para decidir los platos.

—¿Qué buena pinta tiene todo!, ¿tú vienes mucho Pietro?

—Sí, es mi restaurante preferido —me contestó. Mi intuición no me había fallado, había venido más veces y esta era su mesa.

—¿Qué me sugieres?

—¿Quieres que pida para los dos? ¿Me gustaría sorprenderte?

—¡Ok!

Pietro se giró hacia el maître y le comentó:

—*Come sempre per i due.*

Ya más relajada, empecé a disfrutar del lugar. Era realmente maravilloso, cuidado hasta el mínimo detalle.

—*Bella!* ¿Ahora me explicarás eso de que te encanta tú jefe?

—¡Obvio! Más que un jefe está resultando un amigo. Cambiar de trabajo y de país de residencia, no sería lo mismo sin él. Gracias, Pietro, por hacerme fáciles las cosas, por allanarme el camino y sentirme... —no me dejó continuar.

—Gigi, yo... —empezó a mesarse el cabello y noté su nerviosismo—. Necesito ser sincero contigo. Sabes que soy un hombre directo, no me gusta andar por las ramas. Sé que no es el mejor momento, que acabas de salir de una relación... —intenté decir algo, pero Pietro me impidió—. Déjame terminar, *prego*. Estoy empezando a enamorarme de ti. Lo sé, es una locura, pero es lo que siento y antes de ir a más, ¿quisiera saber si tengo alguna oportunidad? —«¡Oh, Dios mío! Esto no estaba pasando». ¿Y ahora qué?

—¿Dime qué es una broma? —le pregunté y negó con la cabeza—. Hace un año me llegan a decir que un rompebragas, se me iba a declarar... ¡*Santa Madonna!* ¿He dicho en voz alta rompebragas? —volví a preguntarle, y esta vez sonriendo afirmó con la cabeza—: ¡Por Dior, por Chanel y el espíritu de Versace! ¡lo siento! —le dije mientras escondía mi cara entre mis manos. El

parecía divertido con la situación—. Pietro, verás, me siento muy halagada, pero sigo profundamente enamorada de Noah, y en un futuro espero poder arreglarlo con él.

La situación era muy tensa, Pietro enterró su cara en sus manos, intenté acercar mi mano a modo de consuelo, pero en el último momento desistí, no creí que fuese buena idea. Sin más, se levantó y se dirigió hacia la salida. ¡Ay, Dios mío! ¡Me temía lo peor! ¿Qué iba a pasar?, Después de unos minutos de incertidumbre y con el semblante más relajado, Pietro volvió a la mesa.

—*Scusa*, Gigi!, necesitaba tomar un poco el aire, siento haber reaccionado así. Aunque me temía la respuesta, la esperanza nunca se pierde y es más difícil de lo que pensaba encajarlo —respiró hondo y continuó—: *Prego!* no quiero que por este momento, la relación que teníamos cambie —me dijo, mirándome directamente a los ojos. Era totalmente sincero, y en ese instante, acerqué mi mano, la puse encima de la suya y con un apretón le di a entender que estaba de acuerdo.

—¡Eres un hombre maravilloso!, estoy segura que ahí fuera hay una mujer fantástica esperándote y el día que os encontréis, vais a ser muy felices.

—¡Así da gusto que te den calabazas! Pero entiendes que te lo tenía que decir ¿Verdad?

—Sí, Pietro.

—Ahora que sabemos que no vamos a pasar de la zona de amistad ¿Qué te detiene para arreglarlo con Noah? —Vaya cambio. Pietro iba directo a la yugular.

—Soy una cobarde —fui totalmente sincera.

—Pues no lo parece, ¿qué necesidad tienes de estar pasándolo mal? Coge el teléfono y llámalo, sal de dudas, estás perdiendo un tiempo precioso

—¿Qué crees, que no lo sé? Necesito tiempo, quiero estar preparada...

—¿Preparada para qué? Cada día que pasa te alejas más de él.

—Lo sé, pero necesito tiempo. Y si llego tarde...

Madre mía, ¡qué momento! Suerte que Pietro era un hombre que se vestía por los pies y supo aceptar, con la caballerosidad que lo caracterizaba, que mi corazón pertenecía a otro. Después de todo sentía había ganado un amigo para siempre.

## Capítulo 25

### Noah

En el aeropuerto había llegado a una conclusión: seguiría esperando a Gigi.

Sí, lo haría, aunque pecase de iluso y de soñador. Quizá nuestra relación había terminado, pero tenía la sensación de que teníamos una conversación pendiente. No podía permitir que nuestro amor se rompiera por un simple malentendido.

Aceptaría todos los trabajos como modelo que me ofreciesen (trabajos decentes, por supuesto) y ahorraría para abrir mi propia clínica. Cuando volviese Gigi le daría la gran sorpresa, ella se sentiría súper orgullosa de mí y se tiraría a los brazos del veterinario más molón de todo Londres.

Pero aunque el día de su partida, me sentí fuerte y esperanzado, el día a día era muy duro, demasiado. No podía dejar de pensar en ella y en su vida en Florencia al lado del jefe que protagonizaba todas las fantasías de las treintañeras. Y no podía evitarlo: odiaba el mundo de la moda, tan frío, tan superficial, tan plastificado, tan sombrío y tan falso.

Cada noche, cuando llegaba agotado a casa, lo único que conseguía animarme era poder tachar un día más del calendario. Gigi no tardaría en volver y una de las primeras personas a las que vendría a ver sería a su abuela Gia, mi vecina.

Sin embargo, cuando sonaba el despertador, regresaba la desesperación. Un nuevo día empezaba, un día en el que no podría ver a Gigi, ni abrazarla, ni besarla. Un día perdido.

Afortunadamente, hay días en los que parece que la vida te sonrío y el destino se pone a tu favor.

—Buenos días, querido Noah. —Me crucé con mi casero en el rellano.

—Buenos días, Sean. ¿Hoy ha madrugado?

—A mi princesa se le han antojado *croissants*, y un caballero siempre cumple los caprichos de su amada. —Me mostró la bolsa de papel que desprendía un delicioso aroma a hojaldre recién horneado—. De paso y ya que salía, le he comprado un anillo de compromiso —dijo como quien no quiere la cosa.

—¿Cómo? —¿Iban a casarse? Pero si acababan de conocerse.

—Querido Noah, Gia es la mujer de mi vida y quiero que sea mi esposa.

Me resultaron tan tiernas sus palabras que no pude decir nada. Yo también había encontrado a la mujer de mi vida y sabía qué era estar enamorado.

—Sólo espero que me diga que sí —pronunció nervioso y emocionado.

—¿Ya sabe que le gusta escuchar música clásica desnudo? —le pregunté divertido recordando uno de nuestros primeros encontronazos.

—Sí y es una afición compartida, pero no se lo digas a nadie —me pidió que guardase el secreto. ¡Vaya par de dos!

Yo juré que mantendría la boca cerrada.

—¿Y usted cómo está?

—Sobrellevándolo y... —dudé si abrirle mi corazón o no—. Y... echándola mucho de menos.

—Querido Noah, mi sexto sentido me dice que ella también le extraña.

—¡Ojalá sea cierto! —No quería que Gigi lo estuviese pasando mal por mi culpa, ni mucho menos, pero deseaba seguir formando parte de su corazón.

—Sí, mi sexto sentido se llama Gia, y nunca me falla —me guiñó un ojo y siguió su camino. —Deséeme suerte —me gritó desde la escalera cuando ya no podía verle.

—Lo haré. —¿Gigi me echaría de menos? Las palabras de mi casero, aunque no fuesen verdad, habían conseguido animarme.

Y de pronto, sonó el teléfono.

—¿Noah?

—Sí, soy yo. —¿Quién era el hombre que pronunciaba mi nombre con tanta seriedad?, ¿qué mala noticia me iría a contar?, ¿le habría pasado algo a mis padres?, ¿un accidente tal vez? Mi cabeza iba a mil por hora.

—Soy Pietro.

—¿Perdona? —Ese nombre me resultaba muy familiar y no me evocaba nada bueno.

—Soy el jefe de Gigi.

—Sí, sé quién eres —dije molesto—. ¿En qué puede ayudarte?, ¿Gigi está bien?

—Sí, bueno... no. Quiero decir que está bien, pero te echa mucho en falta.

El corazón se me hizo un nudo. El hombre al que ya consideraba mi rival

me llamaba para decirme que mi ex novia me extrañaba, ¿dónde estaba la cámara oculta?

—Te quería pedir un favor.

No supe qué decir. ¿En qué mundo paralelo me encontraba?, ¿estaría soñando? Ya me parecía a mí que la escena con Sean había sido un poco surrealista.

—Creo que tú y Gigi debéis hablar y solucionar vuestros problemas. El día que te conocí en el restaurante pude ver lo enamorado que estás de ella y ella también lo está de ti. —Hizo una pausa. —Mucho.

—Perdóname, Pietro, pero no entiendo nada. ¿Tú por qué haces todo esto?

—Porque en este poco tiempo le he cogido mucho cariño a Gigi y sé que está sufriendo por estar lejos de ti y además... —se quedó en silencio.

—Además, ¿qué?

—Me siento culpable de vuestra separación. A mí me entusiasmaba la idea de poder trabajar con ella y si no hubiese sido por mi oferta laboral, vosotros seguiríais juntos —dijo triste y sincero.

—Pietro, tú no eres el culpable de nuestra ruptura, sino nuestros miedos e inseguridades.

—Puede ser... no lo sé, pero me quedaría más tranquilo si me hicieses un favor.

—¿Cuál? —le pregunté, intrigado.

*Gigi*

Cada día al despertar, acudía rauda y veloz para tachar otro día en el calendario. En quince días iría a Londres y me reencontraría con Noah. Tenía que preparar mi plan concienzudamente. Por Ralphy sabía que esos días Noah estaría en la ciudad, le pregunté directamente y le comenté que necesitaba saberlo para no ir por casa de mi *nonna* y si cabía la posibilidad de coincidir. ¡Madre mía! Como había despotricado mi amiga, desde que estaba emparejada con la nobleza, su lenguaje se había vuelto más vulgar, ¡no lo entendía!, tendría que ser más refinada, algo me decía que detrás estaba Cruella de Vil. Por lo que comentaba Ralphy, últimamente se dejaba caer mucho por su casa, y eso les ponía muy nerviosos, tanto que le estaba afectando como pareja. En la próxima llamada le propondría que viniesen a

pasar un fin de semana conmigo, para que desconectasen un poco de semejante mujer. Continuando con mi plan, el primer paso ya estaba controlado y ya había empezado a preparar la lista:

#### OPERACIÓN, GIGI CONTRAATACA

- Asegurarse de que Noah está en Londres.
- Billetes de avión.
- Lencería de Victoria secret's.
- Centenares de cajas de preservativos.
- Pack *50 sombras*.
- Peluquería y depilación total.
- Gabardina.

Ya lo tenía todo pensado. Me presentaría en su casa, sólo con la ropa interior y la gabardina. En cuanto entrase en su apartamento y sin mediar palabra, me despojaría de la gabardina y me lanzaría sobre él. Tantos días sin sexo, me estaban empezando a afectar. Debía ser más sutil, pero lo que sí tenía claro es que acabaríamos haciéndolo en todas las superficies planas de su casa y en esos cuatro días no saldríamos. Estaríamos todo el día dale que te pego, sólo pararíamos para comer y reponer fuerzas para seguir dándolo todo, ¡Santa Madonna! Esto no podía continuar. ¡Abortar misión! Tenía que cambiar de plan ya que ese me estaba poniendo malísima. Lo primero, una ducha con agua fría para bajar mi temperatura. Tenía que ir a trabajar y con ese calentón era peligrosa.

Una vez duchada, vestida, arreglada y con el calentón a raya, me encaminé hacia mi trabajo. Desde que había tomado la determinación de ir a Londres, mi estado de ánimo había mejorado, ya no era una walking dead. Y después de la mini-declaración de mi jefe, nuestra amistad se había afianzado. Parecía que la vida empezaba a sonreír.

—¡*Buon Giorno!* Gigi. —Me giré y allí estaba mi amiga Maggie—. Estás guapísima. Dime, ¿qué has desayunado?

—Un triste café descafeinado, con leche desnatada y sacarina.

—¡Recórcholis! Y con muy buen humor.

—¿Recórcholis? ¿De verdad has dicho *recórcholis*? ¿Aún se utiliza esa palabra?

—Últimamente paso muchas horas con la hija de mi amiga. Tiene problemas con su pareja y están intentando arreglarlo. Van a terapia y yo me quedo con la peque.

—¿Cuántos años tiene?

—Francesca, acaba de cumplir siete años.

—Igual que mi hermano Neil

—¿Le echas de menos?

—Sí, ayer estuve hablando con él, ahora tenemos muy buena relación. ¿Te conté que gracias a él conocí a Noah?

—¡Cuéntamelo! Aún nos queda un poco para llegar y esto promete.

—La cosa va de una visita al zoo, cerdos, partos, un friki gruñón y un maldito diluvio...

Y contando mi primer encuentro con Noah, llegamos a la oficina. Como todos los días, las dos nos dirigimos a nuestro despacho, pero antes pasamos por la zona de cafés, para saludar a todos nuestros compañeros. Era nuestro pequeño ritual mañanero.

—¡*Buon giorno*, Gigi! Cuando puedas pásate por mi despacho que te tengo que comentar una cosa.

—¡*Buon giorno*, Pietro! Dame diez minutos y voy para allá.

Sin más, Pietro se dio media vuelta y se fue para su despacho. No tenía ni idea de lo que quería pero seguro que sería importante ya que no era habitual que tuviese que ir a su despacho. En fin, no le quería hacer esperar mucho, así que primero pase por mi mesa para dejar el bolso, y cogí una libreta y boli por si tenía que apuntar algo.

—Maggie, me voy al despacho de Pietro, cualquier cosa, me envías un mensaje al móvil.

—¡Claro, *bambina*! —me dijo guiñándome un ojo.

El despacho de Pietro estaba en el piso de arriba, junto con la sala de reuniones. Decidí subir andando, total era un piso y así estiraba un poco las piernas. Al entrar en la segunda planta me encontré con la secretaria de Pietro, Antonella, alias La Frígida. Que conste que el apodo no se lo puse yo; cuando llegué ya estaba bautizada. Era una mujer de unos cuarenta y cinco años. La típica secretaria eficiente, que vestía siempre con traje chaqueta de color oscuro, zapato mocasín plano, moño súper estirado que al mismo tiempo le servía de lifting facial y para rematar el *look* unas gafas horrosas con una cadena. Mirándola detenidamente despedía un halo de tristeza, igual el causante era lo poco satisfecha que estaba sexualmente, aunque mi intuición me decía que no.

—*¡Buon giorno, Signorina Antonella!*

—*¡Buon giorno Signorina Giovanna! Avanti il Signor Pietro attesa*

—*Grazie.*

Y me acerqué a la puerta del despacho de Pietro, pero antes hice dos toques con los nudillos para anunciar que ya estaba allí.

—*¡Avanti!*

—*¡Ciao!* —le salude mientras me sentaba en silla enfrente de su mesa. —¿Tú dirás?

—Siempre tan directa —me halagó con una gran sonrisa.

—¡Ya lo sabes!

—Esta noche he quedado con el representante de la empresa Battiatto Pelli viene a Florencia única y exclusivamente para esta reunión. Después de unas duras negociaciones ha aceptado venir, pero resulta que hoy es el cumpleaños de mi *nonno*. Hace noventa años, soy su único nieto y no puedo faltar.

—¡Claro! Pero no entiendo que tiene que ver esto conmigo.

—Necesito que vayas tú a esa reunión.

—¿Cómo? Mejor será si va alguno de nuestros comerciales.

—En este caso no, es un proveedor que si nos acepta puede cambiar nuestras vidas.

—Ya, pero sigo sin entender, ¿por qué yo?

—Hoy estás un poquito lenta, ¿eh? Estás preparando la campaña para los futuros clientes, intentando vender nuestro producto, quiero que le enseñes al señor Franco Battiatto, el potencial y lo novedoso que es lo que nosotros ofrecemos. Creo que aparte de mí, no hay nadie mejor preparado y con más información que tú.

—¡Ok! Ahora lo pillo, necesitas que prepare una pequeña presentación, estadísticas, ideas...

—No, para nada, este señor hace tratos a la vieja usanza.

—¡No me digas! ¿Habrá que sellar el trato lanzando un escupitajo en la mano y luego juntarlos? —le pregunté, divertida.

—*¡Sei molto divertente!* Hay que convencerlo, explicando, razonando y escuchando.

—¡Vale! Explico, razono y luego, escucho. ¿Dónde y a qué hora?

—He reservado mesa en Il giardino dell'Eden.

—¿Tú preferido? Al que fuimos el día que...

—Sí, ese mismo. La reserva es para las ocho, pero intenta estar antes para recibir al señor Battiatto.

—Ningún problema, a las siete y media estaré allí, por si el Señor Battiatto es de los extremadamente puntuales.

—Muy bien. Eso era todo.

—Pues me voy a ver si trabajo un poquito. Hoy saldré antes para ir a casa a cambiarme y llegar súper puntual.

—Mejor que no vuelvas después de comer. Vete para casa y prepárate con tiempo.

—¡Genial, jefe!

Una vez todo aclarado y con la tarde libre, me levanté para dirigirme hacia mi oficina. Pero antes de salir...

—¡Gigi! Ponte *molto bella* y mucha suerte —dijo Pietro antes de marcharme. No entendía que pretendía con lo de «ponte muy guapa», pero tenía tanto trabajo pendiente, que en otra ocasión se lo preguntaría.

La mañana transcurrió rápidamente, sin apenas darme cuenta estaba recogiendo mis cosas para salir. Después de la reunión con Pietro, estuve hablando con Maggie para que me recomendase una peluquería de confianza. Necesitaba con urgencia que me mimasen un poquito mi pelo. También aprovecharía para poder depilarme, era uno de los puntos de mi lista en la Operación Gigi Contraataca. En una hora tenía que estar en Gino's studio, donde me peinarían y me depilarían completamente.

Después de dos horas en la peluquería, donde me habían dejado igual que un bebe sin bello en ninguna parte de mi cuerpo y con un pelo radiante y sedoso, tenía el tiempo justo para ir a casa, vestirme y coger un taxi para llegar con tiempo al restaurante. Estaba nerviosa y no sabía por qué. Era una reunión con un posible proveedor, ¡era trabajo!, pero los nervios estaban ahí, incontrolables. Mientras caminaba hacia mi casa, iba pensando que ponerme y después de una lucha interna, me decidí por un vestido azul klein, ajustado, sugerente, con escote palabra de honor y por la rodilla. Era el tipo de vestido que necesitaba para esta noche, uno que me diese seguridad y carácter, además, con mis ojos quedaba ideal. Para terminar el *look*, unos Louboutin negros con un tacón interminable y mi *clutch* también negro de Versace, regalo de Ralphy.

Por fin, ya estaba arreglada y preparada. Bajé a la calle donde me

esperaba el taxi que previamente había solicitado y en menos de dos semanas, volvía a ir al restaurante preferido de Pietro. Por suerte, el taxista no era de los que daban mucha conversación y pude relajarme. Noté mi móvil vibrar y lo cogí para ver quién era.

Pietro: Suerte, *bella*.

Yo: *Grazie*

¡Suerte! ¡Otra vez! Tenía una reunión con un posible proveedor, si salía bien, genial, sino tampoco me iba a rasgar las vestiduras, no dependía mi felicidad de esa reunión. Y llegamos a nuestro destino, pagué al taxista y pasé adentro del restaurante, donde estaba el maître, que al verme entrar, se acercó y con la misma amabilidad que la vez anterior, me acompañó a la misma mesa. Necesitaba algo para calmar los nervios, así que le solicité un gin-tonic para hacer más amena la espera. Pasados unos quince minutos y con media copa en mi cuerpo, decidí poner al día mis redes sociales, últimamente las tenía muy abandonadas. Cuando...

—*Buona notte!* —¡Esa voz! ¡No podía ser! Sólo había tomado media copa y no me notaba achispada—. *¡Signorina Giovana!*

¡Santa Madonna! Sonaba igual, sin darme cuenta empecé a temblar, tenía que girarme para saber si mis oídos no me estaban gastando una broma pesada, ¡uy! no podía ser, el Sr. Franco Battiato no podía tener el mismo tono de voz, de la persona que tanto anhelaba. Pese a que las piernas me temblaban y temí caerme, conseguí ponerme de pie. Lentamente, y apretando mis manos, me fui girando para poder ver a la persona que tenía detrás y...

—¡Gigi!

¡Oh! ¡Era él! ¡No me lo podía creer!, ¿estaba soñando? No, de verdad era Noah, mi Noah, mi amor, mi veterinario favorito, mi friki gruñón, mi amor, MI TODO. Estaba parado delante, sonriendo y con lágrimas en los ojos, yo no pude ser menos y queriendo emular a la Fontana di Trevi abrí la fuente, como si no hubiese un mañana.

—¡Pelirroja! Me estás asustando. ¿Quieres que me vaya? —me preguntó mi chico asustado.

—No —conseguí decir y sin pensármelo dos veces, me lancé a sus brazos.

¡Por fin, en los brazos que tanto ansiaba! Y que me acogieron gustosamente, sin rencores, sin miedos, sin inseguridades. Noah me agarró como si no quisiese que nos volviésemos a separar. Notaba su corazón latir

rápidamente y temblaba. Después de unos minutos que me supieron a gloria, las lágrimas comenzaron a cesar. Me separé un poco para poder mirarle a la cara, ver el rostro que tanto había soñado en estas últimas semanas, y allí estaba mi chico más guapo que nunca, sonriendo, con esa sonrisa que me paralizaba el corazón y me hacía perder el sentido. No pude esperar más y cogiendo su hermoso rostro con las dos manos, me fui acercando a aquellos labios que tanto había deseado y que en ese momento, necesitaba como el aire que respiraba. Y nos fundimos en un beso con el que nos lo dijimos todo. Su lengua buscaba la mía y no le daba tregua, se necesitaban, se buscaban y estaban sellando una nueva oportunidad llena de esperanza. Después del beso y ya un poco más tranquilos, nos fuimos hacia la mesa sin soltarnos las manos. Noah cogió la silla que estaba en frente de la mía.

—Necesito tenerte cerca y tocarte para asegurarme de que estoy aquí contigo.

—Pero, ¿cómo?, ¿cuándo?, ¿dónde?, ¿quién?

Quería que me explicara qué hacía allí.

—¡Mi amor, respira!, ¿pero de verdad qué no has sospechado nada?

—¿Sospechar de qué? —le pregunté sin entender nada.

—¡No me lo puedo creer! Casi mato a tú jefe, cuando me ha dicho que hoy sería el señor Franco Battiatto. ¿No sabes quién es?

—¿Quién?, ¿mi jefe?

—¡No! ¿Franco Battiatto? —seguía mi veterinario insistiendo y yo sin entender.

—Noah, ¡no entiendo nada! Explícate *¡Prego!*

—Veo que te hemos sorprendido, la semana pasada me llamó Pietro, tú jefe...

—¿Pietro? —le interrumpí

—Sí, cariño, pero no vuelvas a interrumpirme, que si no, no te lo puedo contar —y asentí con la cabeza—. Como iba diciéndote, la semana pasada me llamó Pietro, para explicarme lo que había sucedido entre vosotros, en un primer momento como te podrás imaginar estuve a punto de cometer el primer asesinato vía telefónica. Me contó que tú le habías rechazado por que aún me seguías amando y que tenías pensado, en un futuro no muy lejano, intentar arreglar lo nuestro, así que él como se sentía un poco culpable por nuestro distanciamiento quiso ayudarnos, y entre él y Maggie lo han arreglado todo para yo hoy estuviese aquí.

Estaba sin palabras, mis dos nuevos amigos habían hecho todo lo posible para que yo recuperase a mi amor, mi alegría de vivir. ¡Santa Madonna! ¡No me merecía unos amigos así! Noah y yo seguimos hablando, sobretodo de la ruptura tan tonta que habíamos tenido y volvimos a poner otra vez las bases de nuestra relación, sin miedos e inseguridades.

Nos pusimos al día de lo que habían sido nuestras vidas en esas semanas que habíamos estado separados y de vez en cuando, aprovechábamos para tocarnos, besarnos y ser conscientes de que todo aquello era real.

Conseguimos cenar algo. En mi caso los nervios no me dejaron tragar casi nada o eso pensaba yo, estaba empezando a notar un calentamiento que ¡ríete tú del calentamiento global! Sin darme cuenta, mi mano se fue desplazando por la pierna de Noah, hasta llegar a su miembro y ¡Oh, Dios mío! Estaba más que preparado para presentar batalla, alcé la vista y miré a Noah que estaba un pelín incómodo.

—Pero ¿qué haces? —preguntó, gratamente sorprendido.

—Creo que a estas alturas no hace falta que te lo explique —le dije, melosa.

—¡Estás loca! Nos pueden ver —me recriminó mientras disfrutaba de la situación.

—¿Y?

—¿Cómo qué y...?

—Está muy claro, Noah. ¿Te necesito?

—¡Pero aquí no! —dijo un Noah placentemente asustado.

—¿Uno rápido en el baño?

—¡Ay, Dios mío! ¿Quién eres tú y qué has hecho con mi pelirroja? ¿Te encuentras bien?

—Pues no mucho, la verdad, tengo un calentón, por aquí, por aquí... —le decía mientras iba pasando mis manos por mis pechos y señalando la parte más sensible de mi cuerpo que hacía aguas por todos lados.

Noah no daba crédito. Entre divertido y excitado, llamó al maître, pago la cuenta y en menos de media hora, estábamos en la puerta de mi casa.

—¡Venga, pelirroja! Abre de una vez o te juro que te hago el amor aquí mismo

Por fin conseguí abrir, y sin darme tiempo a cerrar la puerta, ya estaba empotrada contra la pared. Las manos de Noah ya estaban haciendo de las suyas. En dos segundos consiguió sacarme el vestido y la ropa interior y yo

que no quise ser menos, le desnudé también. Una vez desnudos y uno enfrente del otro, me cogió en volandas.

—¿Tu habitación?

—Al fondo, a la derecha.

Y para allí que fuimos sin dejarnos de besar, tocar... Una vez dentro, Noah me dejó caer sobre la cama y con la ayuda de sus piernas, separó las mías.

—¡Amor mío! Necesito estar dentro de ti, ¡ya!, tenemos toda la noche...

Y sin más, se clavó dentro de mí y fue como llegar a casa, dónde yo lo esperaba y recibía. Estaba siendo brutal, pero era lo que necesitábamos. Ya habría momentos para las caricias y los preliminares. Era algo carnal y básico, nuestros cuerpos se acoplaban a la perfección, se recordaban, se necesitaban y era hora de saciarlos.

—Cariño me voy a correr, córrete conmigo —suplicó Noah

Y llegamos a la meta, los dos a la vez, sudorosos, satisfechos, enamorados. Noah salió dentro de mí, dándome un beso increíble y se recostó a mi lado, me giré para que nuestras miradas no se perdiesen.

—Y ¿ahora qué Noah? —era la gran pregunta. Mi veterinario se acercó, me dio un beso húmedo en los labios y sonrió.

—Pues yo voy a seguir con mi trabajo de modelo durante un tiempo, bueno exactamente el tiempo necesario para poder ahorrar para montar una clínica veterinaria. Cariño, ese ha sido mi sueño desde pequeño.

—¡No lo sabía! Y ¿nosotros?

—Según mi «colega» Pietro, tu trabajo aquí probablemente no dure más de seis meses. Resulta que mi chica es muy aplicada y en poco tiempo ha avanzado mucho. Quiere abrir ya su sucursal en Londres y te puedes imaginar el resto. Pero que te quede muy clarito, pelirroja de mi corazón, en estos seis meses que se avecinan tú y yo vamos hacer todo lo posible por vernos todas las semanas. ¡Lo siento! pero yo más de cinco días sin verte no voy a ser capaz de soportarlo, *capicce*. Y por último y ya te aviso, esto no es una petición, es una orden, cuando vuelvas a Londres, me da igual si es en tú piso o en el mío, nos vamos a vivir juntos.

—¡Uy! Está usted muy mandón y como hoy me ha pillado de buenas, acataré la orden sin rechistar. ¡Señor, sí, Señor!

Y de repente y sin mediar palabra, Noah se puso de pie y haciendo un

baile muy gracioso, se puso a celebrar que yo había aceptado su petición, ¡qué digo! Su orden de irnos a vivir juntos, era lo más bonito que había visto en mi vida, mi chico celebrando con un baile nuestra reconciliación, que se vio interrumpida por una serie de truenos, relámpagos y mucha lluvia.

—¡Maldito Diluvio! Cierra el balcón que entra agua, Noah.

—¡No! —dijo mi veterinario—, no te das cuenta de que en todos los momentos importantes entre tú y yo siempre ha aparecido la lluvia.

Y tenía razón, así que desnudos y abrazados, nos pusimos debajo de la lluvia, para que mojándonos, fuese testigo de nuestro amor y de aquel «felices para siempre».

—¡Te quiero, pelirroja!

—¡Te quiero, mi friki gruñón!

## Epílogo

*Seis meses después.*

*Noah*

Antes odiaba las tormentas, los días de lluvia interminables y los cielos grises y tristes; sin embargo, he comenzado a adorarlos y me resultan, incluso, más hermosos que los días en los que luce un sol radiante.

Maldito diluvio, maldita lluvia, maldita tormenta... ¿Por qué malditos y no benditos? Es romántico y trágico ver cómo las nubes tienen que desprenderse del agua que no necesitan de ese modo tan doloroso. La lluvia es poesía en estado puro.

Y en aquel día tan especial, no podían faltar esas maravillosas gotas de vida que el cielo nos regalaba para hacernos aún más dichosos.

Miré por la ventana mientras Sean acababa de vestirse.

—¡Este dichoso nudo! Con los miles de corbatas que he anudado y esta hija de... —chilló al borde de un ataque de nervios.

—A ver, deja que te ayude. —Me giré y me acerqué a mi casero. Sus manos temblaban más que la gelatina—. ¿Te encuentras bien?

—No se arrepentirá, ¿verdad? —me preguntó con cara de angustia mientras echaba ligeramente su cuello hacia atrás para darme más espacio para hacer el nudo de su corbata negra.

—¿Crees que la *nonna* es tan inmadura como para arrepentirse de sus decisiones?

—No, por supuesto que no.

—Pues tú lo has dicho. —Acabé de hacer el nudo y a punto de echarle un sermón, coloqué mis manos sobre sus hombros—. Sean, tienes que tranquilizarte, hoy es un día muy especial y debes disfrutarlo al máximo. Eres muy afortunado por tener a una mujer como Gia a tu lado, pero ella también tiene mucha suerte de tenerte a ti.

—¿Tú crees?

—Por supuesto, en caso contrario, ella no se casaría contigo.

—¿Y tú cómo estás?, ¿estás preparado? —me preguntó echando una visual rápida a su alrededor.

Mi casa estaba llena de cajas por todos lados y estaba comenzando a tener un toque más femenino.

Los fines de semana que Gigi venía a Londres, aprovechábamos para ir haciendo la mudanza poco a poco y así no tener que pegarnos un atracón cuando se volviese definitivamente.

—Sí, estoy deseando empezar una nueva vida con ella en esta casa. Sé que seremos muy felices.

—¿Y no te animas a dar el gran paso?

—Quién sabe... —dejé caer con una sonrisa de lo más intrigante.

Después de nuestra reconciliación en Florencia, nuestra relación cambió. Se hizo mucho más fuerte y sólida. Los dos pudimos comprobar que no podíamos ser felices por separado y dejamos de lado nuestros miedos e inseguridades para poder vivir nuestro amor en plenitud.

Creo que al principio, lo que sentimos el uno por el otro se nos hizo demasiado grande y no supimos cómo gestionarlo. Ninguno de los dos se esperaba encontrar el amor y menos, en una persona que, para nada, era el prototipo de su pareja ideal.

En condiciones normales, yo nunca me habría fijado en una chica que aparentemente era la reina de las pijas engreídas y ella, nunca habría prestado su atención a un desastre humano como yo. Pero así era la vida y el destino, tan imprevisible como los fenómenos meteorológicos, y tan irónico como que después de una gran tormenta, luzca el sol.

Y Pietro resultó ser un buen hombre y adelantó todo lo que pudo la apertura de su filial en Inglaterra para que Gigi pudiese regresar a Londres lo antes posible.

En una de mis escapadas a Florencia, me sentí en la obligación de agradecerle a Pietro su ayuda para que nuestra relación saliese a flote. Es cierto que el amor que nos teníamos era muy grande y que tarde o temprano, Gigi y yo acabaríamos juntos, pero él había acelerado el proceso y había acortado nuestro dolor. Además, quería valorar hasta qué punto aquel hombre que rozaba la perfección suponía una amenaza.

En un principio, él estaba muy esquivo y parecía no querer darme un hueco en su agenda, pero en cuanto le dije que no serían más que un par de minutos, accedió aunque no creo que de muy buena gana.

Cuando llegué a sus oficinas, sabía que Gigi estaba reunida con Maggie, así que me fui directamente al despacho de Pietro.

—Gracias por recibirme —le dije con una sonrisa amable al mismo tiempo que le ofrecía mi mano.

—*E 'un piacere. Siéntate, per favore.*

—No quería robarte mucho tiempo. Sé que eres un hombre muy ocupado.

—No te preocupes, me gusta mi trabajo, pero siempre tengo tiempo para los amigos.

Aquello iba bien, parecía incómodo y quizás era un poco exagerado que me tratase de amigo, pero le agradecí su esfuerzo por mostrarse cercano.

—Pietro, quería agradecerte lo que has hecho por nosotros.

—Sentí que debí hacerlo.

—Muchas gracias.

—Noah, Gigi no solo es una gran profesional, sino que además es una mujer maravillosa *e molto bella* y no te voy a mentir, me hubiesen gustado que las cosas fuesen de otra manera, pero sé aceptar cuando no tengo cabida en el corazón de una mujer.

¿Cómo? ¿Pietro estaba reconociendo abiertamente que Gigi le gustaba? No me entusiasmaban los derroteros que estaba tomando aquella conversación.

—Te agradezco tu sinceridad, pero ahora mismo me siento un poco... ¿Cómo decirlo?... violento.

—Perdona, quizá no me he expresado bien. Lo único que quiero es que no me veas como un problema, sé que Gigi es una mujer comprometida y jamás voy a meterme en vuestra relación. Sin embargo, como jefe sólo voy a velar por su bienestar.

¿Pero qué tipo de hombre era ese?, ¿dónde estaba el italiano mujeriego que su único objetivo era seducir a mujeres que poder llevar a su cama? Me alegraba que la idea preconcebida que tenía de él, distase mucho de la realidad.

—Reconozco que la primera vez que te vi con Gigi tuve mucho miedo. Sentí que jamás podría competir con un hombre como tú. —Si él era tan sincero yo también lo iba a ser.

—Las mujeres son muy sabias y su corazón siempre sabe a quién debe escoger.

—Soy muy afortunado porque su corazón me haya elegido a mí.

—Sí, lo eres, y como, en cierto modo, siento que debo protegerla, como le hagas daño, tendrás que vértelas conmigo —dijo fingiendo ser como «El Padrino».

—Eso no pasará —le aseguré con una gran sonrisa.

—Lo sé. Sé que estáis hechos *uno per l'altro*.

—Eres muy amable.

—La próxima vez que vengas a Florencia, podía llevaros a hacer un poco de turismo. Conozco un restaurante espectacular en Riomaggiore que estoy seguro de que os encantará.

Era muy curioso, semanas atrás sentía un odio visceral por el jefe de Gigi y en ese momento, sentí que podíamos ser buenos colegas.

—Y cuando vengas a Londres podías venir a cenar a casa. —No sabía si acabaríamos siendo amigos o no, pero ya se sabe: al enemigo es mejor tenerlo cerca.

—Será un placer.

Y de este modo, comenzó una amistad que además de ser sincera, aportaba una gran tranquilidad a nuestra relación. Yo no temía a Pietro y ella se sentía más a gusto cuando pasaba tiempo con él porque sabía que a mí no iba a molestarme.

Sonó el teléfono.

—Hola *amore*, ¿cómo vais?

—Bien, pelirroja, ya estamos listos. ¿Y vosotras? —Gia había ido a vestirse y a peinarse al piso de Gigi, para hacerlo en compañía de su nieta y de las Lovely Five.

—Casi estamos, pero ya sabes que la novia tiene que hacerse de rogar.

—Vale, pero no tardéis mucho, no olvides que Sean ya tiene una edad —dije divertido en presencia de mi casero y este me miró con cara de malas pulgas. ¡Con lo que odiaba él envejecer!

Gia y Sean habían decidido celebrar su boda en el Museo de Ciencias Naturales bajo la atenta mirada del diplodocus. Sabían que muchos pensaban que a esa edad, no eran más que un par de dinosaurios contrayendo matrimonio, así que pensaron que aquel era el lugar adecuado.

—Venga, Sean, llegó la hora.

—Sí, vamos, me espera una hermosa mujer.

Y aunque suene ridículo, me hacía muy feliz y me llenaba de orgullo ser yo el que llevase a Sean hacia uno de los instantes más emocionantes de su vida.

—Muchas gracias por ser mi padrino.

—Deberías bajarme el alquiler —le dije divertido para romper la tensión del momento.

—Te prometo que si te casas con Gigi, será vuestro regalo de bodas.

—Deberías tener cuidado con tus promesas.

—Mis promesas jamás son palabras vacías —dijo con la voz temblorosa porque acabábamos de llegar al Museo.

Me dio mucha pena verle tan nervioso, pero no era de esos nervios fruto de las dudas o por estar planteándose si aquella boda era una equivocación, sino que era nervios de emoción. Sean parecía estar a punto de ponerse a llorar. Llorar de felicidad.

Y no pude evitarlo, antes de abrir la puerta del Museo, lo frené y le di un gran abrazo. Necesitaba hacerlo, quería transmitirle toda mi fuerza.

En el salón, todo el mundo esperaba al novio: el juez de paz, Ralphy y su lord, Calvin, los novios rastafaris con nombre de ardilla de Rina y Rona, el padre y la madrastra de Gigi, su hermanito Neil... Sólo faltaban las chicas.

Sólo llevábamos un par de minutos allí cuando Sean se comenzó a impacientar. Parecía que el cuello de la camisa le ahogaba y varias gotas de sudor le resbalaban por la frente. Me acerqué a él y le aflojé un poco la corbata, lo suficiente para él tuviese la sensación de que le entraba el aire.

Por suerte, la música nos indicó que la novia estaba a punto de hacer su gran entrada. Y una a una, las chicas comenzaron a entrar.

Gia estaba más hermosa que nunca... y Gigi, y Nicole, al igual que Rona y Rina. Era hasta doloroso ver tanta belleza junta y satisfecho, observé con detenimiento a mí alrededor. Ralphy y su Lord se regalaban caricias cada segundo, las parejas de *gemeliers* se comían con la mirada, Calvin y Nicole estaban tan compenetrados que ya parecían un matrimonio que llevaba compartiendo sus noches más de una decena de años y los novios era la viva imagen del amor. Del amor puro, perfecto y eterno. No podía creerme que el universo de mi vida, formado por mis familiares y amigos, estuviese tan lleno de felicidad. Incluso mi primo Archie había conseguido que Melanie, Miss Veterinaria 2015, cayese rendida a sus pies.

Y yo... yo tenía a Gigi. Sentí ganas de llorar, de reír y de bailar. Era inmensamente feliz.

Sin embargo, comenzó la ceremonia y los nervios de Sean, se convirtieron en mis propios nervios. Iba a llegar mi gran momento, el momento

que llevaba semanas planificando. Sabía que todo iba a salir bien, pero ¿y si?... Alejé de mi mente las dudas. En aquel instante, la negatividad y el pesimismo no estaban permitidos.

Los novios tenían que darse el «sí quiero» y yo no podía apartar mis ojos de Gigi. ¡Ojalá su respuesta también fuese «sí»!

Cerraron la ceremonia con un beso apasionado y de pronto, la música comenzó a sonar. Ralph y su novio, Calvin, los rastafaris y Neil, se quitaron las corbatas y las chaquetas de sus trajes, abrieron varios botones de su camisa dejando a la vista unos pechos llenos de cadenas de oro, se pusieron unas pelucas de pelo a lo afro que tenían camufladas bajo sus asientos y en cuestión de segundos, se pusieron a bailar y a cantar *Celebration* de Kool&The Gang. Los Jackson Five a su lado parecían unos aficionados. Aquello era una gran celebración y había que demostrarlo.

Sean y Gia al principio se mostraron sorprendidos, pero no tardaron en ponerse a bailar con el resto de invitados. Gigi me miraba extrañada, probablemente, preguntándose por qué ella no se había enterado de que iban a cantar y bailar, y por qué yo no bailaba con el resto. Yo levanté mis hombros como si no supiese que contestar.

Acabó la canción, pero mis Jackson Six aún no habían terminado su actuación. Capitaneados, por Chip, el integrante del grupo con mejor voz, se transformaron en Jason Derulo y comenzaron a entonar «Marry me»: *Ciento cinco, es el número que me viene a la cabeza cuando pienso en el número de años que quiero estar contigo...*

Gigi y los invitados no tardaron en entender que estaba ocurriendo porque mis Jackson Six cantaban y bailaban para ella. Ella no fue capaz de mirarme y no paraba de echarse las manos a los ojos, seguramente, para frenar las lágrimas.

Caminé varios pasos, me coloqué frente a ella y llevé una de mis rodillas al suelo, para ser yo el que cantase el estribillo de la canción y repetí una y otra vez, acompañado de la música, la pregunta que llevaba días deseando pronunciar: ¿Quieres casarte conmigo?

Mi pelirroja dejó que las lágrimas inundasen su cara y se llevó las manos al pecho. Parecía feliz y yo sólo necesitaba escuchar que sí.

Los nervios debilitaron mi voz y apenas podía cantar, ¿por qué tardaba en responderme? De repente, se arrodilló frente a mí y se lanzó sobre mí rodeándome el cuello con sus manos. Sí, me dijo al oído para a continuación,

gritar un «sí» a los cuatro vientos. Todos comenzaron a aplaudir emocionados entre risas y lágrimas de alegría, y cuando cesaron los aplausos, escuché el sonido de la lluvia cayendo a mares fuera del Museo. Mi dulce diluvio también me había acompañado en aquel gran día.

FIN

## Agradecimientos.

A veces las cosas ocurren porque sí, alguien maravilloso aparece en tu vida y ya no concibes tus días sin su presencia. Te escucha, te hace reír, te da consuelo, te aconseja... y juntas, comenzáis a soñar.

Sí, así surgió *Miss Smile* y nuestro suelo es escribir historias que sean capaces de arrancarte una sonrisa y que durante unas horas, te hagan feliz. ¡Ojalá lo hayamos conseguido! Y sólo por leernos, a quien debemos darle las gracias es a ti.

No podemos olvidarnos de nuestras familias y amigos, infinitos, y a los que no es imposible nombrar, pero sin ellos, no seríamos las mujeres que somos ahora.

A Julia Ortega por dedicarle su tiempo a esta locura y pulirla para darle un brillo especial, y a todas esa compañeras del mundo *escrituril* que nos apoyan incondicionalmente.

¡Os queremos mucho!

Síguenos en las redes sociales. Tu opinión es muy importante porque este proyecto surge sólo por y para ti.

***Blog:*** [lashistoriasdemissmile.wordpress.com](http://lashistoriasdemissmile.wordpress.com)

***Facebook:*** *Miss Smile Blog*

***Twitter:*** *@storiesmissmile*

***Instagram:*** *@lashistoriasdemissmile*